



PABLO BAZÁN

OBRAS
COMPLETAS

9

DE
Mi Tierra

PC6629

.A7

D4

1660a



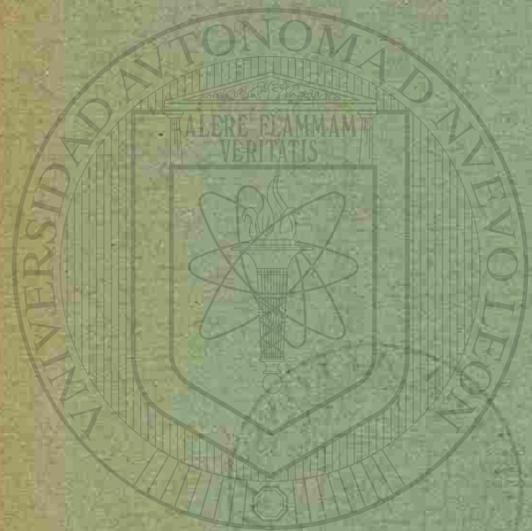
1020027908



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO IX

DE MI TIERRA

Núm. Clas. 860.9

Núm. Autor 10236d

Núm. Adg. 33689

Procedencia -8-

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

863
P.B.



P06629
A7
D4

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ALERE FLAMMA
VERITATIS



ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.074.

PRÓLOGO



Compónese este libro de elementos diversos, unificados por la nota común de referirse á autores, libros, monumentos y paisajes de mi tierra: en las páginas que hoy salen á luz resuena el acento apasionado y asoma el tierno interés que inspiran las cosas familiares, no el riguroso análisis crítico. Que me arroje la primera piedra el escritor ajeno á flaquezas tan disculpables, exento de piedad y amor por el pedazo de España donde haya nacido.

Parte del texto que ofrezco al público tiene su historia, y la referiré en breves palabras. Al morir el insigne poeta regional que se llamó Rosalía Castro, la Sociedad Liceo de Artesanos de la Coruña, con la oportunidad y el instinto civilizador que tanto la enaltecen, dispuso consagrarle una velada, y no de esas que se encuentran por ahí á la vuelta de cada Circulo, sino llamando

nada menos que á Castelar, para que con los esmaltes y bordados riquísimos de su arrebatadora palabra ciñese la corona de laurel al busto de la Musa. Castelar, que profesa íntimo afecto á Galicia, acudió al llamamiento y cumplió como él sabe y puede; á mí me cupo la honra de presidir el acto y abrirlo con un discurso, mi primer lectura pública. Manifestó la Sociedad su propósito de imprimirlo, juntamente con la oración del gran tribuno, otra del Sr. Carracido, y las poesías premiadas en el Certamen; dió los pasos conducentes al efecto; mas tuvo la mala suerte de que el impresor elegido en Madrid extraviase bastantes cuartillas del original de Castelar, y después quebrase, sin siquiera haber principiado la edición. Resultando de todo ello largas dilaciones y pequeñas pero reiteradas dificultades, me determiné á recoger mi discurso para editarlo yo misma, sin otro fin que el de ganar tiempo, satisfacer la benévola curiosidad de mis amigos y evitar que la publicación pareciese excesivamente trasnochada. Rota la unidad moral del libro de la velada por la falta del texto de Castelar, comprendí que ya estaba fuera de sazón el imprimir colectivamente; sin que de estas circunstancias fortuitas resulte nada que pueda amenguar el mérito contraído por la Sociedad de Artesanos, cuyo decoro quiero dejar en su punto, ya que en cierta manera es el mío propio, pues he

sido investida á perpetuidad con el cargo de Presidente honoraria de tan ilustrado é importante Centro.

Me disponía á realizar la tirada del discurso en la Corte, añadiéndole otros originales que concordasen bien con él y formasen cuerpo de libro (pues aborrezco los folletitos semejantes á obleas, que no hay forma de encuadernar y en todas las bibliotecas estorban) cuando, con ocasión de mis lecturas en el Ateneo de Madrid, la Diputación provincial de mi pueblo acordó por unanimidad tributarme una muestra de simpatía imprimiendo el discurso. Aceptado con gratitud el espontáneo y cariñoso obsequio, la edición se demoró más, naturalmente, porque el volumen había de imprimirse en la misma Coruña, donde no sobran recursos tipográficos, y era necesario allegarlos y aguardar á que viniesen de fuera. Por estas razones ha tardado tanto el discurso sobre la POESÍA REGIONAL GALLEGA en hacer gemir los tórculos—pues burla burlando, van corridos dos años y me dio desde que lo leí.

Apesar del tiempo transcurrido, que nunca pasa sin enseñar noticias, ensanchar conocimientos, rectificar juicios y mitigar condenas, no juzgo lícito variar ni una sola palabra de la lectura, pues el discurso representa mi sentir en el punto y hora en que lo pronuncié, y los que lo escucharon tienen derecho á leerlo intacto y sin arreglos

póstumos. La noche de la lectura quedó el original depositado en la Secretaría del Liceo, y copia conforme de aquél original son las cuartillas que ahora reproducirán las prensas.

Lo mismo advierto del discurso sobre FEIJÓO Y SU SIGLO, leído en el Certamen de Orense. Va tal cual resonó allí, sin más diferencia que incluir los pasajes por brevedad suprimidos. Y á guisa de viñeta é ilustración de ambos discursos, he agregado unos juguetes sobre los poetas del dialecto, unos bocetos rápidos de la hermosa tierra donde radica el solar del sabio benedictino.

Merced á la curiosidad que hoy inspiran las literaturas regionales, el florecimiento de los dialectos y la vida provincial; por este impulso de descentralización que, contenido en sus justos límites, es recto y sano, quizás posean algún atractivo para el lector español los folios de esta obrilla.

Ojalá sirvan tambien para difundir más y más la opinión equitativa que de Galicia se va formando, y para infundir á Galicia mayor conciencia de sus peculiares aptitudes y del sentido de su vida intelectual y literaria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

La Coruña, Febrero 15 de 1888.

LA POESÍA REGIONAL GALLEGA

Discurso presidencial leído en la velada que para honrar la memoria de Rosalía Castro ha celebrado el Liceo de Artesanos de la Coruña, el día 2 de Setiembre de 1885.

No es posible dudar que la literatura gallega, á no ahogarla en su adolescencia acontecimientos y vicisitudes políticas, hubiera sido lo que fué la de Portugal, en la cual hay que ver el cumplido desarrollo de un germen galáico; y esta gloria que Galicia reclama, no la funda en que el mayor y más excelso poeta lusitano,—el tuerto ilustre colocado por los portugueses á la cabeza de su literatura, allí donde los españoles ponemos al manco inmortal,—haya sido de origen y solar gallego (13); sino que la basa en razones más serias y científicas; en la evidente prioridad demostrada, aparte de otros documentos más añejos, por la existencia de las *Cantigas* alfonsinas, libro de versos gallegos escrito antes que Portugal poseyese monumento alguno de su literatura arcáica.

Fueron el idioma portugués y el gallego, según todas las probabilidades, una misma cosa hasta el siglo xv; y por lo tanto, el desarrollo actual de aquél revela lo que pudo éste dar de sí. Fuerza es reconocer que al portugués le falta la amplitud, nobleza, entereza, valiente musculatura y sana complexión del castellano, ofreciendo solamente en recompensa una mimosa molicie, una modulación variada y expresiva, y cierto humorismo irónico que distingue también al gallego. Es el portugués menos opaco, más resonante y metálico que nuestro dialecto;

diríase que el oxígeno de la vibradora atmósfera indiana, el salitre de las olas, las emanaciones de la flora brasileña, han prestado á la lengua de Portugal color y sonido. Salva esta diferencia, fruto de elementos históricos, en el idioma de Almeida Garrett puede Galicia ver reflejada la evolución probable del suyo.

Cuando después de cuatro siglos de absoluto silencio se oyó de nuevo en Galicia la voz de la poesía regional, debió de resonar extrañamente, como en un recinto vacío (14). Si algún pueblo vivió sin letras, ese fué Galicia desde el siglo xv al xix: aparte honrosas cuanto escasas excepciones, el suelo gallego se mostró estéril para la literatura nacional, cuya historia, en su edad de oro, casi puede escribirse sin nombrar á estas comarcas. Durante la decadencia del siglo xviii, Galicia produjo al atleta Feijóo, figura importantísima que representa al pensamiento regional en lo que tiene de reflexivo, de sensatamente crítico, de firme y sosegado en la investigación; pero Feijóo vale y se cuenta como pensador, no como artista. Por mucho que nos duela reconocerlo, no brotaron en nuestro territorio ni los desbordados torrentes y las irisadas cataratas del teatro nacional, ni las ondas de oro de la novela, ni los arroyos de floridas márgenes de la poesía, ni el vasto río de leche y miel que mana la boca de los místicos hispanos: como si la len-

gua castellana, aceptada, nunca asimilada, no pudiese producir aquí sazonados frutos, cual en otras regiones. ¡Quién sabe si de esta infecundidad literaria se habrá engendrado la injusta preocupación contra la raza gallega, preocupación que va disipándose, pero que fué general en España y extensiva á Portugal y á las Américas todas, donde el nombre de *gallego* á secas es todavía una injuria!

La pléyade de poetas gallegos que casi á la vez empezó á cantar á mediados del siglo, había sido precedida por el cura de Fruime, musa un tanto ramplona y prosáica, aunque no exenta de gracejo, que abrió el camino de la vindicación del suelo gallego hecha por sus vates, defendiendo calurosamente al país de acusaciones desdeñosas y extendiéndose en alabar su desconocida fertilidad y hermosura. De la primera generación, que floreció allá por los años de 1850 á 1860, sólo quedan composiciones sueltas, que no se han coleccionado sino en algún folletín de periódico ó en alguna miscelánea, como la titulada *Album de la Caridad* (15). Añon, los tres Caminos, Pondal, Pintos, Turnes, los dos hermanos Iglesia, Marcial Valladares, José Pérez Ballesteros, Juan Gómez del Ferrol, y otros varios que alargarían con exceso la lista, se cuentan entre los adalides de esa época primera. Á Añon suele llamársele el *pa-*

triarca, y es sin duda el más conocido y celebrado. Su vena fluye muy desigual, y quedan de él versos de calidad infima; más cuando acierta, es imposible no deleitarse con su gracia humorística, su destreza en remedar el candor aldeano, su intuición del carácter del país, la divertidísima fanfarronería de los dos guapos de su *Magosto*, la cómica superstición del héroe de su *Pantasma*. En sus *Recordos da infancia* es encantador el cuadro de los dos inocentes amantes, Pablo y Virginia de nuestras montañas, y parece que vemos la viñeta idílica, el rapaz pasando en brazos á la rapaza para que no moje en el arroyo sus delicados pies blancos como la nieve (16). Alberto Camino, señalado entre los tres poetas que llevan su apellido, ganó más aplauso por sus dos elegías *O desconsolo* y *Nay chorosa*, que por composiciones en mi entender superiores, populares y francas como el romance descriptivo *A foliada de San Joan*, *A Beldrica* y *Repique* (17).

En cuanto á Pondal, una sola poesía, pero no muy inferior á las más hermosas baladas germánicas y digna de competir victoriosamente con el famoso romance de Góngora en que parece inspirada, *A campana d' Anllons*, ha perpetuado su nombre en los fastos de la literatura regional; y cierto que difícilmente podrá el dialecto, con sus naturales recursos, producir cosa más bella

que aquel hondo lamento, donde rebosa toda la tristeza septentrional, ni evocar más rápidamente y con mayor intensidad el paisaje que en las breves estrofas donde la luna se pone detrás del pinar, fría como la ausencia y melancólica como el destierro (18).

En género bien distinto, oigamos á Túrnes, á Pintos, á Juan Gómez del Ferrol, que nos referirán, sin la menor pretensión académica, copiando fidelísimamente el lenguaje y el pensar de los aldeanos, los pequeños infortunios del país, los sufrimientos del labriego abrumado de contribuciones y *trabucos*, los amaños electorales, los trueques de papeletas en las votaciones, la odisea del infeliz pleiteante, asendereado y exprimido por curiales, escribanos y procuradores, la desdicha de las mujeres á quienes la marcha de los varones á Cádiz y Montevideo deja solas labrando el campo; miserias mezquinas, dolores que no comprende el rico y que oprimen el corazón del pobre como podría hacerlo la mayor tragedia, al par que basta la humilde cosecha de los *birbirichos*, desparramados por Dios á manos llenas en los largos arenales, para devolver al desheredado de la tierra su alegría y para que bendiga á la Providencia que le previene tan sencillo alimento. Lo que hace atractivos á poetas de bajo vuelo como Pintos, es cabalmente la simpatía por las penas y felicidades oscuras que

son, sin embargo, felicidades y penas humanas. Y Pintos no lo ignora, y lo declara al comenzar el poema de los *birbirichos*: «algunos»—viene á decir en fácil y llano romance gallego—«cantan á cosas altas y remotas, y á mil antiguallas, desdñando lo que tenemos cerca.... Por eso á mí me ha dado la gana de consagrar esta poesía á unos bichos metidos en unas conchitas, sembrados por la arena, y despreciados de mucha gente» (19).

Ya contaba el renacimiento con estos poetas de tan variado estro cuando apareció el primer volumen completo de poesías gallegas; los *Cantares* de Rosalía, que la autora declaraba inspirados por los de Antonio de Trueba. En el libro de Rosalía Castro, cada copla de las más conocidas en el país venía parafraseada, dando asunto á una larga composición donde se desarrollaba el pensamiento del *cantar*: paráfrasis tan llena de naturalidad, que á veces no se percibe la soldadura entre el pensamiento del pueblo y el del poeta, sucediendo ya en el día, poco más de veinte años después de publicada la obra, que la copla popular corre atribuida á Rosalía, mientras los versos de ésta suelen tomarse por populares. Mediante tan raro mérito, es el libro de los *Cantares* lo mejor que Rosalía ha producido, y lo más sincero de la poesía gallega; lo que más copia la fisonomía tradicional y pinto-

resca de nuestro país (20); pues si en los *Cantares* no existe ninguna composición que pueda eclipsar, por ejemplo, á la *Campana d' Anllons*, late en el conjunto tanta vida regional, está el tomo entero tan embalsamado de sauco y menta, tan oreado por el libre y sano aire campestre, que no cabe pedir más en su género. La lengua alcanza en él lo que considero límite extremo de su perfección actual, y aparece dulce, palpitante, cariñosa, de cera para la rima, purificada de las asperezas y vulgarismos que solían afearla en otros poetas, y al mismo tiempo francamente aldeana, salpicada de giros y locuciones rústicas, cuyo sabor de fresa silvestre no habíamos apreciado hasta que el poeta nos las brindó servidas en fuente de plata. El metro, en los *Cantares*, está manejado con soltura y vigor; y tanto en esto como en lo que se refiere al elemento léxico, podrán las innovaciones de *Follas novas* revelar más ciencia, pero no mayor tino.

—Así vino á confirmarse, cuando menos se pensaba, la aseveración inmemorial de los historiadores y geógrafos romanos respecto al país gallico, donde, según ellos, las hembras se llevan la palma en improvisar, cantar y tañer.

Observan los aficionados á recoger tradiciones, coplas y cuentos populares, que los hombres, por inteligentes y cultos que sean, no son aptos para trasmitírselos, mientras las mujeres

se los comunican con singular exactitud. Y es que el alma de la mujer, acaso por su contacto con la niñez, está más cerca del alma ingenua del pueblo; que es más capaz de comprenderle, de entrar en su orden de ideas, de interesarse por las pequeñeces que le preocupan. Ese es el principal encanto de Rosalía: haber expresado como poeta lo que entendió como mujer: y no creáis que es cosa tan fácil, después de penetrar en el cerebro de la moza que va á la *foliada* ó lleva la vaca al pasto, interpretar su pensamiento en forma poética, que no parezca al lector artificiosa y falsa. Cuando Rosalía habla por cuenta propia, como sucede en la mayor parte de los poemitas de *Follas novas*, pidiendo al dialecto solamente la envoltura de su sentir, es sin duda un poeta digno de estima, pero que repite quejas muy prodigadas en la enfermiza poesía lírica de medio siglo acá; cuando nos cautiva es al objetivar su inspiración, al impregnarse del sentimiento del pueblo, al reproducirlo con sin igual donaire, al aceptar el carácter verdadero de este renacimiento regionalista, donde forzosamente ha de dominar el elemento idílico y rústico, por virtud de la lengua que, desde tanto tiempo hace, sólo vive entre silvanos y ninfas agrarias. Pues en Galicia no tiene el renacimiento ni el carácter romántico y trovadoresco que en Provenza, ni el general y comprensivo que en Cataluña; y

por eso aquí las poesías gallegas que gustan y se aprenden de memoria, no son las que alardean de hondas y cultas, ó en que el poeta trata de tender el vuelo por los anchos espacios donde se ciernen los Píndaros, Herreras y Quintanas, sino las que brotan, sin estudiado aliño, del vivo manantial popular. Así nos paramos embebecidos á escuchar la pastoril avena de Rosalía, á contemplar como entreteje manzanilla y amapolas en torno del viejo roble druídico.

Lo que ha de conservar en Rosalía eterno frescor—como esas yerbas que todos los años, la víspera de San Juan, echamos á serenar en agua y nos producen la ilusión de que no existe el invierno y sólo remanece la primavera germinal y amorosa—son las églogas sencillas y robustas á la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida; la página de amor del Romeo y Julieta campesinos, que no acaban de despedirse por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera á San Antonio bendito, pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana que ve al fatídico *moucho* al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas; la desterrada que pide á los aires de su país que la

lleven allá, porque se va quedando descolorida y morena como una mora, como si chuponas brujas le bebiesen la sangre; la pobre madre de familia rodeada de su pollada de criaturas, lavándolas, diciéndoles los requiebros sublimes que sólo las madres saben discurrir, pero lamentándose al mismo tiempo de que los higos están duros, de que el gato y el perro le roban la comida, de que las gallinas del vecino se cuelan en su corral á vivir de prestado; la socarrona vieja mendiga, sorda de conveniencia, que fingiendo humildad sabe coger el mejor sitio y apartar la mayor tajada en la fiesta nocturna de los ricos montañeses. Esto, las romerías con tan gayo colorido pintadas, la alborada cuyas notas breves y regocijadísimas parecen gorjeos con que las aves saludan á la aurora, la cómica silueta del gaitero, Tenorio engañador de *nenas*, y otras mil cosas no menos genuinas y gallegas, son, lo repito, la sal sabrosa, la miel de panal nuevo que los versos de Rosalía destilan.

Porque, si no puede negarse que nuestra región es melancólica en general, como es nublado muchos días del año nuestro cielo, también importa reconocer que la tristeza del pueblo galáico es resignada, sin tocar en sombría ni tétrica, cual la de ciertos países del Norte. Es verdad que sentaría mal á nuestros poetas repetir la canción de sus hermanos de Provenza, que ex-

claman brindando: «El niño ama á su madre y el pájaro á su nido: nuestro cielo azul y nuestra tierra son el paraíso para nosotros: amigos todos, paisanos y libres, nos place el país, y somos los alegres felibres provenzales.» ¡No! El canto de júbilo y triunfo, que se comprende donde los azahares embalsaman el aire y la granada abre su boca de rubí, no armoniza bien con esta tierra de maizales y castaños; si los felibres tienen por emblema la cigarra de oro, cantora del estío, á los poetas gallegos les convendría mejor por divisa alguna pálida flor de otoño; no obstante, aun careciendo de la expansiva alegría propia de las comarcas del sol, no le faltan al aldeano gallego, en medio de sus escaseces y dolores, al encorvarse sobre el duro terrón, ó al calentarse junto al miserable lar, frases de una filosofía irónica y risueña con que templá las amarguras y divierte los trabajos. Galicia es madre pobre, pero no inclemente; el clima, benigno como pocos, no tiene inviernos de nieve, ni veranos de asoladora langosta; la pesada lluvia que inunda sus campiñas, se trueca, á la primer *rayola*, en red de diamantes brillando sobre la yerba; todo aquí propende, más que á desesperaciones, á tiernas melancolías; y para que un poeta gallego pueda exhalar gemido tan desgarrador como *A campaña d' Anllons*, es preciso que esté en los calabozos de Orán, arrastrando una cadena de hierro.

Por eso Rosalía traduce á maravilla el alma del país cuando se mantiene en el tono apacible de los *Cantares*.

De los *Cantares* procede la segunda época del renacimiento gallego, la segunda generación de poetas. Nadie ignora aquí sus nombres. Curros Enríquez es el más alabado, y aun descartando del extraordinario éxito de sus *Aires da miña terra* los elementos extraños á la literatura, los aplausos tributados exclusivamente al demócrata revolucionario, queda en el único libro de versos gallegos de Curros mucho que elogiar, sobre todo la incomparable leyenda *A Virxe d' Cristal*, modeló en su género, las primorosas descripciones de *Unha boda en Einibó* y *O gueiteiro*, la patética queja de su ¡Ay! y la dramática creación de sus *Cartas* (21). Valentin Lamas Carbajal domina otra cuerda: *poeta-hembra* en el buen sentido de la frase, menos correcto, pero más dulce y conmovedor, más regional, la grata tristeza que respiran sus versos sólo puede definirse con una encantadora palabra luso-galáica, diciendo que están llenos de *saudade* (22). Otros muchos cantores merecen expresa mención, ya por colecciones de versos, ya por composiciones sueltas; y es curiosa la diversidad que en ellos se nota, aun cuando á primera vista parezcan semejantes. Distínguense las poesías de Benito Losada por su color picaresco que á veces raya

en erótico y ovidiano; los romances de Andrés Muruais copian la rudeza y simplicidad de la gente aldeana, sin atenuar en nada la pintura, sin velar la grosería del instinto; Pondal, en esta segunda época, introduce un elemento de celticismo prehistórico, soñado en aquella tierra primitiva de los *brigantes*, Bergantiños, con algunos matices que recuerdan la escuela del falso Osían; Ballesteros y Francisco María de la Iglesia atienden ante todo á los intereses de la filología, prestando servicios al idioma con la búsqueda y desentierre de palabras ignoradas ó escondidas ya entre el *humus* del campo; Mosquera realiza la empresa de traducir con fortuna al dialecto una de las mejores odas del más clásico poeta latino, Horacio; Saco y Arce cultiva la poesía religiosa; Barcia presenta un lindo ensayo de poesía descriptiva en *O arco da vella*; y sería cuento de nunca acabar si estudiásemos la fisonomía característica, aunque en breve espacio revelada, de tantos como en el día riman en gallego (23). No de otra suerte, de un instrumento mismo, arranca el artista infinitas melodías diferentes todas.

Mas si cada poeta, ayudado por la virginidad que ha recobrado el idioma con tan largo período de inacción literaria, va conquistando su terreno propio, hay entre todos ellos un lazo común, poderoso en extremo, que constituye el fondo,

el espíritu informante por decirlo así de la poesía regional. Para desentrañarlo, es preciso tocar una cuestión delicada: no la rehuyamos, porque entonces no conoceríamos sino la parte externa y formal del renacimiento poético gallego, desatendiendo lo que en él late, lo más íntimo, lo que da su verdadera explicación.

Cuando un país tiene contra sí la fortuna y, como Galicia, se ve primero relegado á puesto secundario, casi anulado después, al paso que aumenta su desdicha, suele crecer también en apasionada intensidad, hasta rayar en fanatismo, el amor que á sus hijos infunde. Hungría, Grecia, Polonia son ejemplo de naciones desventuradas y doblemente queridas por lo mismo, pues la ternura va al dolor como los ríos al mar. Este sentimiento de exaltado cariño hacia el suelo natal,—complicado con la enfermedad afectiva que se conoce por *nostalgia*, privación de aire que acaba por asfixiarnos cuando no respiramos la atmósfera de los lugares donde vive nuestro corazón—es más profundo en los pueblos de raza céltica, esa rama del nobilísimo tronco ariano, cuya condición parece tan sedentaria, como son inmóviles y permanentes sus colosales dólmenes de piedra. En los celtas de origen, el natural apego al país presenta caracteres morbosos, es un mal físico del cual se muere; la misma *morriña* que en los quintos gallegos disipa como

por magia el sonido de la gaita y del tamboril, los reclutas bretones la curan con su otra gaita, la *cornemuse*, que en sus notas les trae ráfagas de brisas del Océano y olor de retamas florecidas. Y cuanto más pobre es el suelo natal y más dura la vida en él, más difícil el trasplante del arbusto humano, mayor la languidez que le consume al no posar sus raíces en la peña donde nació. El italiano deja sin gran esfuerzo su región paradisiaca, pero el lapón y el finlandés no abandonan jamás impunemente su lóbrega cabaña y su clima de hielo. Preguntad al gallego enriquecido en América cual es su sueño dorado, y os responderá que volver á la *terra*, comprar á peso de oro un trozo de ella para poseerla mejor, y morir en su seno, como la amante fiel de la leyenda sobre el cuerpo de su amador difunto.

A este sentimiento incontrastable de apego al rincón natal, se mezcla, en las provincias maltratadas por la suerte, un germen de rencor, á modo de agria levadura que fermenta contra las provincias dominadoras y puestas á la cabeza del Estado. Los agravios regionales se exhalan en amargas invectivas, en palabras de odio contra las demás provincias primero, finalmente contra la nación que de ellas se compone. Hay más todavía: la noción de *patria* llega á subvertirse, y los regionalistas de buena fe la

reducen á las fronteras de su región, y aun hay quien la circunscribe á una localidad determinada.

Si esta tendencia existía ya antes del renacimiento de las literaturas regionales, al menos no había sido formulada explícitamente, no había encontrado voz para expresarse; desde que ellas resurgieron, oyóse el grito de protesta, más ó ménos vibrante, en varios puntos, y especialmente en Cataluña. Recordando ésta antiguos combates, y sintiendo resonar aun en el alma los cañonazos con que Felipe V enterró sus privilegios bajo las humeantes murallas de Barcelona, no faltó quien, en el lenguaje de la *mortaviva*, arrojase á Castilla reto terrible. Quizás ningún poeta catalán lo ha pronunciado con tanta energía como Francesch Pelay Briz, en aquella su célebre canción de los *Cuatro pals de sancl* (Las cuatro barras de sangre). «¡Ah Castilla castellana!» dice el estribillo de la poesía, «¡por qué te habremos conocido!» Y la última estrofa añade en son de amenaza: «Si no nos resta ya más que una de nuestras cuatro barras de sangre, á tí lo debemos, reino de los castillos y de los hambrientos leones: pero ¡ah Castilla castellana! ¡ay de tí, si rompes la cuarta barra de sangre!» (24)

Pues bien: si no me engaño en las fechas, poco antes de que Pelay Briz invectivase así á

Castilla, hacíalo en términos parecidos Rosalía Castro: sólo que cada poeta conserva, aunque impulsado por el mismo sentimiento, el distinto carácter de sus literaturas: lo que lamenta Pelay Briz es la mengua del pendón de las barras, blason heróico de su país; lo que gime la cantora gallega es el espectáculo de los aldeanos regresando exhaustos y moribundos de la dura labor de la siega en las áridas llanuras castellanas, donde en vez de pan les dieron jaramagos y en vez de bebida hiel. Quien no recuerda aquellos apóstrofes:

Castellanos de Castilla,
tendes corazón de ferro.....

¡Solo hai para min, Castilla,
a mala ley que che teño!

Por eso en otra composición, respondiendo á la *Gaita gallega* de Ruiz Aguilera, exclamaba:

Probe Galicia, non debes
chamarte nunca española.....

Galicia, ti non tes patria,
ti vives no mundo sóya.

No sería difícil multiplicar ejemplos del mismo modo de sentir, ya descubierto, ya latente, en muchos poetas, y aun en los escritores de asuntos regionales que han empleado la lengua castellana; y claro está que si estas quejas no son mero juego retórico; si, como es de creer,

expresan una aspiración sincera, contenida en el movimiento intelectual de Galicia, tenemos que reconocer que el renacimiento lleva en sí un germen de separatismo, germen poco desarrollado todavía, pero cuya presencia es imposible negar, y que acaso sea el único fruto político y social de este florecimiento poético. ¡Qué otra cosa significa la frecuente confusión del concepto de *patria* con el de *tierra* ó región nativa, confusión que aquí se repite tan á menudo en el lenguaje hablado y escrito!

Galicia no es sino la *tierra*, algo íntimo y dulce, algo quizás más caro al corazón, más necesario para la vida que la misma patria: pero la patria representa una idea más alta aun, y la patria, para los españoles todos, donde quiera que hayan nacido, desde la zona tropical hasta el apartado cabo de Finisterre, es España, inviolable en su unidad, santa en sus derechos.

Conviene decir que el mal del separatismo es por ahora bien leve en Galicia; que este pueblo, práctico y serio en medio de su misma postración, no ha dado la menor señal de que le cruce por las mientes tan peligrosa utopía, la cual, por hoy, sólo se ha manifestado tímidamente en la serena esfera del arte, siendo recogida por algún político de sistema, como el sabio Pi y Margall, que reconoce en las literaturas regionales el signo de una idea preconizada por él,—idea que

ya originó á la patria graves daños y aun puede ocasionárselos mayores.—Y justo es añadir también, en descargo de los poetas gallegos, que si el crimen de concebir ni aun remotamente la división de la patria pudiese alguna vez tener disculpa, la tendría en Galicia. Quejaránse Cataluña, las Vascongadas y Aragón de la pérdida de sus privilegios, fueros, exenciones é inmunidades; mas su misma queja prueba que alguna vez las poseyeron, mientras nuestras provincias han sentido, desde tiempo inmemorial, pesar sobre sus hombros la ley común, sin un solo momento de alivio, ni la protección que requería su pobreza y las calamidades que alguna vez las desolaron.

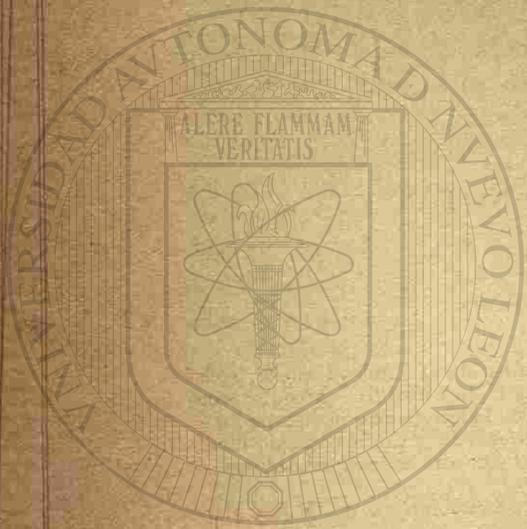
Ellas, siempre sufridas, siempre apacibles, siempre fuertes para llevar la carga, han contribuido sin murmurar con hombres y dinero, han tenido á disposición de la madre común esfuerzo, hierro y brazo; por los ríos amarillos y rojos de la bandera española corre en abundancia oro y sangre gallega; si la nobleza de Galicia cumplió como buena en las guerras de la reconquista, el paisanaje hizo cara al francés en Puente San Payo, con *mocas* y hoces; y á pesar de esta limpia hoja de servicios, Galicia no ha sido atendida ni respetada en sus justas pretensiones como lo fueron provincias más revoltosas y malas de contentar. No nos extrañe, pues, la

vehemencia con que la poesía se exalta á veces, llorando la emigración que diezma, los tributos onerosos que desangran, la mala administración que esquilma, la falta de progreso industrial que enerva, las calamidades todas que abruma al pueblo más valeroso en sufrir de cuantos España contiene. Y esperemos que jamás llegará á tomar cuerpo tangible ninguna idea contraria á la unidad de la patria, lo cual sería para las literaturas regionales cargo más grave que el de romper la del idioma y del pensamiento artístico nacional (25).

Aun quedaría mucho que añadir para esclarecer puntos tan compendiosamente reseñados; mas ya he fatigado bastante vuestra atención y retrasado la hora de que resuenen aquí voces más elocuentes. Vais á escucharlas, y, sobre todo, á oír brotar de unos labios universalmente célebres, cascadas de resplandeciente oratoria, frases que revestirán de dorada gasa cuanto yo no he sabido expresar en mi discurso (26). Preparaos á aplaudir el himno armonioso en cuyas estrofas resonarán unidos dos nombres que amais mucho: el de Rosalía y el de nuestra tierra.—
HE DICHO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

33689



NOTAS



(1) Alude al discurso de D. Emilio Castelar, reclamando la pensión para D. José Zorrilla, que no se votó hasta mucho después de la lectura de este discurso.

(2) El *Liceo de Artesanos* de la Coruña ha sido fundado en el año de 1847, y cuenta en la actualidad 697 socios.

(3) Prólogo á las obras completas de D. José María de Pereda.

(4) El exponer las razones en que se basan estas dudas, pediría más espacio del que dan unas notas breves y puramente aclaratorias á un discurso que por fuerza hubo de ser compendiosísimo, atendido que se escribió para leerlo en público. Por consiguiente no haré más que indicar las principales, y son, en mi concepto:—1.^a Lo mucho que complica el estudio y conocimiento de una literatura nacional su división en varias lenguas.—2.^a La limitada esfera de acción que corresponde á las obras literarias cuando sólo pueden ser debidamente apreciadas en un territorio circunscrito y dependiente.—3.^a El carácter arqueológico de los renacimientos regionales.—4.^a Su forzoso exclusivismo y condición en cierto modo negativa.—5.^a El impulso inevitable de toda nacionalidad á extinguir los dialectos y á que prevalezca el más perfecto y general de entre ellos, que constituye la lengua patria.

(5) La palabra sajona *Folk-lore* significa *doctrina* ó *saber popular*, y las Asociaciones llamadas de *Folk-lore*, (institución bastante reciente), se dedican á recoger cantos, cuentos, costumbres, tradiciones, leyendas y cuanto se relaciona con el pasado de las diversas comarcas. En España existen ya Asociaciones de *Folk-lore*, en Extremadura, Castilla, Galicia, Andalucía, Vizcaya, Cataluña y Puerto-Rico. Sin embargo, hoy por hoy, no prosperan visiblemente, ni ejercen el influjo que sería de desear.

(6) El gallego pretende, con muy sólido fundamento, ser anterior en su formación y desarrollo á los demás romances ó lenguas neo-latinas de la Península. Digo en su formación y desarrollo, no en su origen, porque considero probable que la descomposición del latín empezase casi á un tiempo mismo en toda la España romanizada, en la cual, sin exceptuar la misma región Bética—cuya romanización fué tan admirable y total,—siempre debió la muchedumbre de hablar con poca pureza y con grandes alteraciones fonéticas el idioma del Lacio. Mas entre esos romances que comenzó á balbucir tal vez simultáneamente la gente de las diversas regiones peninsulares, no hay duda que el primero que tomó cuerpo y se amoldó á la cultura literaria fué el gallego. El castellano, rudo y musculoso, necesitó mucho más tiempo para formarse, quizás por la misma causa que influye en que la pubertad sea más pronta en las hembras que en los varones, y más rápido el desarrollo de su osatura. De los interesantes estudios acerca del *idioma gallego*, publicados por don Antonio María de la Iglesia en *El Anunciador*, diario de la Coruña, en 1883, y hoy coleccionados en tres tomos, resulta que en el siglo vi, San Martín, arzobispo de Braga, envió al tercer Concilio Lucense los *Ochenta y cuatro cánones y capítulos eclesiásticos* que había recopilado y traducido de latín en romance: y piensa el mismo Sr. la Iglesia que este *romance* fuese el gallego, que aparece ya completamente formado y bien poco distinto del que hoy se habla, en un *Foro del monasterio de Arnoya*, documento del año 1.016.

(7) En parte importante de la literatura gallega, hasta el día, se ha observado más bien cierta tendencia á imitar á Osían y á los líricos alemanes, que á los modernos poetas franceses. Adviértese aquella dirección en Eduardo Pondal; y aun la imitación de la escuela de Vie-

tor Hugo, en Curros Enríquez, viene al través de poetas portugueses, como Guerra Junqueiro. Con todo, de este elemento erudito de la imitación extranjera están libres muchos de nuestros vates regionales.

(8) El lenguaje empleado por los poetas gallegos difiere según el punto de Galicia en que escriben. También es sumamente variable y fluida la ortografía, donde unos quieren que prevalezca el elemento etimológico y otros el fonético.

(9) Esta doble afirmación relativa á Cataluña y Galicia la siento con carácter de *hecho general*, sin que la invaliden excepciones que puedan aducirse en contra.

(10) Séame permitido nombrar, entre los poetas y novelistas catalanes, á dos que me han sorprendido del modo más grato con sus hermosas producciones: el poeta Francesch Matheu, y el novelista naturalista Narcís Oller.

(11) De Mosén Jascinto Verdaguér, más aun que *La Atlántida*, con ser esta obra de tanto empeño, hay que admirar los *Idilios y cants místichs*, librito delicioso, que traduce los más puros y encendidos afectos del alma.

(12) Apenas puede elegirse, entre la gran cantidad de poesías que nos ha legado la escuela culta de los trovadores, alguna donde se vislumbren rastros de sentimiento verdadero; no hablemos ya del carácter nacional que campea en el Romancero, verbigracia. Los versos de Macías, fuerza es confesarlo, carecen de belleza; algo más importante es la personalidad literaria de Juan Rodríguez de la Cámara ó del Padrón, pero ni las frias alegorías de su prosa, ni las parodias devotas y galantes de sus versos le salvarían del olvido en que yace toda su escuela, á no ser por el interés leyendario de su historia.

(13) Los Camoens proceden de los Caamaños, cuyo solar radica entre Pontevedra y Villagaría, según Vesteiro Torres.

(14) El Sr. la Iglesia cita en su *Idioma gallego* una poesía en dialecto, escrita por Vázquez de Neira en el año 1612. No es imposible que, además de las coplas populares, se encuentren algunas rimas cultas gallegas de los siglos xvi, xvii y principios del xviii; pero constituyen un hecho casual y aislado, que ni aun debe considerarse tentativa literaria.

(15) El *Album de la Caridad* fué impreso en la Co-

ruña en 1862, á expensas de D. Pascual López Cortón, que también costeó los primeros Juegos florales. Es libro importante porque contiene una especie de Antología de los poetas gallegos que hasta entonces habían escrito, y merced á él se salvaron de olvido y pérdida segura bastantes poesías que andaban diseminadas por la prensa ó que tal vez estaban destinadas á morir inéditas.

(16) Las poesías de Añón no han sido coleccionadas, que yo sepa, más que en el folletín de un periódico llamado *El Tambré*; pero tan mal impresas y con tales erratas que apenas se podía formar idea de su valor.

(17) Las poesías de los hermanos Camino no han sido coleccionadas.

(18) Las poesías de Pondal tardaron mucho en coleccionarse. Pocos años há publicado un tomito, *Rumores de los pinos*, y más tarde otro, *Queixumes d'os pinos*. Ahora prepara y corrige minuciosamente un ensayo épico, *Os Eoas*.

(19) De Pintos se ha publicado en 1853 *La gaita gallega*, colección de poesías hoy muy difícil de encontrar. De Túrnes y demás poetas que cito en este párrafo, no se ha publicado colección de versos.

(20) Además de los *Cantares*, Rosalía Castro ha dado á luz otra colección de poesías gallegas, *Follas novas*, con un prólogo de Emilio Castelar; una de poesías castellanas, *Á orillas del Sar*, varios artículos, y ensayos, en el género novelesco.

(21) Curros Enriquez ha publicado un solo volumen de versos gallegos: titúlase *Aires da miña terra*, y fué prohibido por el Obispo de Orense, y denunciado ante los tribunales el autor, saliendo absuelto en segunda instancia.

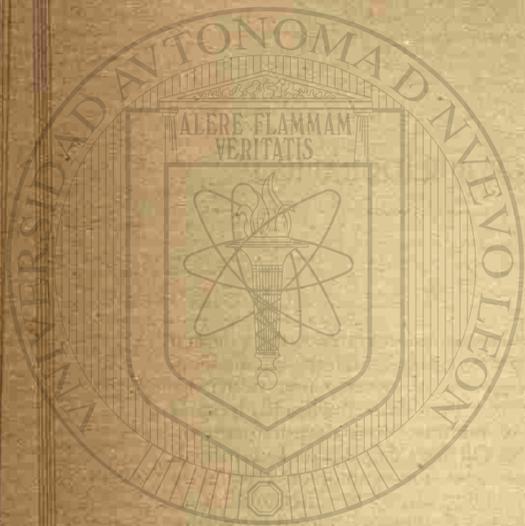
(22) Valentín Lamas Carvajal ha dado á la estampa diversas colecciones de versos en dialecto: véase el *Apéndice bibliográfico*. Además redacta hace tiempo un periódico, en dialecto también, *O tío Marcos d'a Portela*.

(23) Después de leído mi discurso, la poesía regional se ha enriquecido con nuevas producciones y nuevos nombres, entre los cuales el de Alberto García Ferreiro merece mención especial y honorífica, por su lindo volumen *Vokoretas*, que (aparte del valor literario) es una señal evidente del progreso de nuestra tierra como libro, pues honra á la tipografía orensana.

(24) Atendido el objeto y proporciones de este discurso, sería hasta enfadoso nombrar á otros poetas catalanes, muy numerosos, que manifiestan los mismos sentimientos que Francesch Pelay Briz. No cabe en los límites de una reseña explicar detenidamente las rápidas indicaciones que la índole del asunto obliga á no omitir.

(25) Como mi discurso se imprime dos años y medio después de leído, la cuestión del separatismo que toqué cautelosa y delicadamente ha sido agitada, en este intervalo, de un modo más explícito y terminante, en sitios tan públicos como el Ateneo de Madrid, y ha dado lugar á acaloradas discusiones. La postdata resultaría más larga que la carta si intentase hacerme cargo de ellas; y prefero declarar en cifra que hoy, como ayer, creo que el mal no es aún muy profundo, que merece atención sin embargo, y que requiere medicina de bálsamo de justicia, porque toda reclamación entraña algo que no desoye jamás el repúblico honrado y prudente. Esto del separatismo regionalista es uno de los varios síntomas del sordo y latente pero inmenso malestar actual de la patria española. Con tres años de buen gobierno (que nunca tendremos probablemente) se acabaría.

(26) Alude al discurso de D. Emilio Castelar, que puso fin á la velada.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cda. 1625 MONTERREY, MEXICO

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

~~~~~

Para uso de las personas que fuera de Galicia deseen conocer nuestra literatura regional moderna en sus fuentes, juzgo oportuno agregar al discurso una noticia bibliográfica de los libros y periódicos publicados hasta la fecha en que éste se imprime; noticia seguramente incompleta, pero aun así útil para dar idea de lo principal.

Las obras y publicaciones que apunto, á excepción de las muy recientes ó reimpresas, se han hecho raras en librería y es difícil obtener ejemplares. Suelen ser ediciones escasas, defectuosas, en mal papel, destinadas fatalmente á perderse y desaparecer del todo, y lo mismo sucede con varias hojas sueltas y opúsculos, curiosos y estimables, ya que no por su mérito literario, por la luz que arrojan sobre tiempos y costumbres de la tierra. No es menos arduo procurarse colecciones completas de los periódicos donde se ha reflejado el movimiento literario regional, verbigracia el interesante *Heraldo Gallego*.

De las colecciones de poesías que cito, algunas son casi reimpressiones, como los *Sonares d'un vello*, de Benito Losada, donde aparece de nuevo la parte gallega de la colección bilingüe, aumentada hasta formar tomo; lo mismo ocurre con los *Queixumes d'os pinos*, de Pondal, respecto á sus *Rumores de los pinos*. Este hecho repetido ya, de un libro bilingüe del cual solo sobrevive la parte gallega, mereciendo los honores de la segunda edición, me parece significativo.

No he contado entre las colecciones bilingües de poesías la del ilustre Pastor Díaz, porque aun cuando el autor de la *Sirena del Norte* rimó en gallego algunos versos muy lindos, figuran en tan mínima cantidad (una sola composición) en la colección de sus poesías castellanas, que casi no deben tomarse en cuenta.

Para el conocimiento científico de la moderna poesía regional gallega, deben recomendarse los trabajos de Milá y Fontanals, y los de Teófilo Braga, entre los cuales citaré especialmente algunos contenidos en sus *Questões de litteratura e arte portuguesa* (Lisboa, 1881.)

~~~~~  
 DICCIONARIOS

Diccionario gallego-castellano.—Francisco Javier Rodríguez.—La Coruña, 1863.

Idem.—Juan Cuveiro Piñol.—Barcelona, 1876.

Idem.—Marcial Valladares.—Santiago, 1883.

~~~~~  
 GRAMÁTICAS

*Gramática.*—Francisco Mirás.—Santiago, 1864.

*Gramática gallega.*—Juan Saco y Arce.—Lugo, 1868.

~~~~~  
 ESTUDIOS FILOLÓGICOS

El habla gallega, observaciones y datos sobre su origen y vicisitudes.—Juan Cuveiro Piñol.—1868.

El idioma gallego.—Antonio María de la Iglesia.—La Coruña, 1886 (3 vol.)

~~~~~  
 COLECCIONES DE POESÍAS

*A gaita gallega.*—Juan Manuel Pintos.—Pontevedra, 1853.

*Álbum de la Caridad.*—Varios autores.—La Coruña, 1862.—(Bilingüe.)

*Cantares gallegos.*—Rosalia Castro.—Madrid, 1863-1872.

*Ensayos poéticos en dialecto berciano.*—Antonio Fernández y Morales.

*Espigas, follas e frores.*—Valentín Lamas Carvajal.—Orense, 1875-1876.

*Rumores de los pinos.*—Eduardo Pondal.—Santiago, 1879.—(Bilingüe.)

*Versos en dialecto gallego.*—José Pérez Ballesteros.—Madrid, 1878.

*Desde la reja. (Cantos de un loco.)*—Valentín Lamas Carvajal.—Orense, 1878.—(Bilingüe.)

*Poesías.*—Juan Saco y Arce.—Orense, 1878.—(Bilingüe.)

*Poesías.*—Benito Losada.—La Coruña, 1878.—(Bilingüe.)

*Saudades gallegas.*—Valentín Lamas Carvajal.—Orense, 1880.

*Aires d'a miña terra.*—Manuel Curros Enriquez.—Orense, 1880.—Madrid, 1881.—La Coruña, 1886.

*Follas novas.*—Rosalia Castro.—Madrid, 1880.

*Risas y lágrimas.*—Manuel de Marcos Santos.—Noya, 1881.—(Bilingüe.)

*Colección de poesías gallegas d'alguns autores.*—Francisco Portela Pérez.—Pontevedra, 1882.

*Poemas gallegos.*—Manuel Martínez González.—Pontevedra, 1883.

*Mesa revuelta.*—Juan Barcia Caballero.—Santiago, 1883.—(Verso y prosa.—Bilingüe.)

*Muestras sin valor.*—Lisardo Barreiro.—La Coruña, 1884.—(Bilingüe.)

*Soares d'un vello.*—Benito Losada.—La Coruña, 1886.

*Queixumes d'os pinos.*—Eduardo Pondal.—La Coruña, 1886.

*Cancionero popular gallego.*—José Pérez Ballesteros.—Madrid, 1886 (3 vol.)

*Galicia y sus poetas.*—Leandro Saralegui y Medina.—Ferrol, 1886.—(Bilingüe.)

*Orballeiras.*—F. G. Acuña.—Betanzos, 1887.—(Bilingüe.)

*Vokvoretas.*—Alberto García Ferreiro.—Orense, 1887.

*Contiños.*—Benito Losada.—La Coruña, 1888.

## MISCELÁNEAS EN PROSA

Tomo iv de la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*.—Varios autores.—Madrid, 1884.—(Bilingüe.)  
*Gallegada*.—Valentín Lamas Carvajal.—Orense, 1887.

## TEATRO

*A fonte do xuramento*.—Drama.—Francisco María de la Iglesia.—La Coruña, 1882.  
*Non mais emigración*.—A propósito lírico-dramático.—Ramón Armada Teixeiro.—La Habana, 1886.

## PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*Galicia*.—*Revista*.—La Coruña, 1860-66.—(Bilingüe.)  
*O vello do Pico Sagro*.—La Coruña, 1861.  
*El Heraldo Gallego*.—*Revista*.—Orense.—Varias épocas.—(Bilingüe.)  
*Ilustración gallego-asturiana*.—Madrid, 1879-82.—(Bilingüe.)  
*Revista de Galicia*.—La Coruña, 1880.—(Bilingüe.)  
*O seor Pedro*.—Santiago, 1881-82.  
*O Galiciano*.—Pontevedra, 1884.  
*O tío Marcos d' a Portela*.—Orense.—En publicación.  
*A Gaita gallega*.—La Habana.—Idem.  
*A Fuliada*.—La Coruña.—Idem.  
*El Eco de Galicia*.—La Habana.—Idem.—(Bilingüe.)  
*Galicia Moderna*.—Idem.—Idem.—(Idem.)  
*Galicia*.—*Revista*.—La Coruña.—Idem.—(Idem.)  
*Galicia humorística*.—*Revista*.—Santiago.—Idem.—(Idem.)



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## EL OLOR DE LA TIERRA

(Valentín Lamas Carvajal.)



Yo he soñado una tarde, con los ojos abiertos, un sueño raro. Recostada en el más florido de los *veirales* que rodean á la Granja de Meirás, con las manos hundidas en el balsámico y aterciopelado matorral de mentas y trébol, á dos pasos de mí el castañar rumoroso, me llegaba sin embargo, más enérgico y sano que el de las plantas silvestres, el olor de la negra tierra, no inficionado aun con el horrible abono animal, la capa de crustáceos que envenena el aire puro de la Mariña hacia fines de Septiembre. Entreabierto el te-

## MISCELÁNEAS EN PROSA

Tomo iv de la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*.—Varios autores.—Madrid, 1884.—(Bilingüe.)  
*Gallegada*.—Valentín Lamas Carvajal.—Orense, 1887.

## TEATRO

*A fonte do xuramento*.—Drama.—Francisco María de la Iglesia.—La Coruña, 1882.  
*Non mais emigración*.—A propósito lírico-dramático.—Ramón Armada Teixeiro.—La Habana, 1886.

## PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*Galicia*.—*Revista*.—La Coruña, 1860-66.—(Bilingüe.)  
*O vello do Pico Sagro*.—La Coruña, 1861.  
*El Heraldo Gallego*.—*Revista*.—Orense.—Varias épocas.—(Bilingüe.)  
*Ilustración gallego-asturiana*.—Madrid, 1879-82.—(Bilingüe.)  
*Revista de Galicia*.—La Coruña, 1880.—(Bilingüe.)  
*O seor Pedro*.—Santiago, 1881-82.  
*O Galiciano*.—Pontevedra, 1884.  
*O tío Marcos d' a Portela*.—Orense.—En publicación.  
*A Gaita gallega*.—La Habana.—Idem.  
*A Fuliada*.—La Coruña.—Idem.  
*El Eco de Galicia*.—La Habana.—Idem.—(Bilingüe.)  
*Galicia Moderna*.—Idem.—Idem.—(Idem.)  
*Galicia*.—*Revista*.—La Coruña.—Idem.—(Idem.)  
*Galicia humorística*.—*Revista*.—Santiago.—Idem.—(Idem.)



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## EL OLOR DE LA TIERRA

(Valentín Lamas Carvajal.)



Yo he soñado una tarde, con los ojos abiertos, un sueño raro. Recostada en el más florido de los *veirales* que rodean á la Granja de Meirás, con las manos hundidas en el balsámico y aterciopelado matorral de mentas y trébol, á dos pasos de mí el castañar rumoroso, me llegaba sin embargo, más enérgico y sano que el de las plantas silvestres, el olor de la negra tierra, no inficionado aun con el horrible abono animal, la capa de crustáceos que envenena el aire puro de la Mariña hacia fines de Septiembre. Entreabierto el te-

rrón por el hierro del arado, exhalaba ese vaho imperceptible de almizcle que acaso procede de los devastados hormigueros y las larvas despachurradas, pero á la vez ese otro hálito vital, fresco é imposible de asimilar á ningún perfume,—un aliento de persona robusta, de organismo fuerte, de sangre rica.—Las montañuelas y el mar de Sada se teñían de amatista pálida, en el alejamiento con que se ofrecían á mis pupilas de míope; y sobre su fondo, pasaba lentamente una yunta de bueyes *marelos*, hechos al parecer de barro cocido, y, donde el sol poniente les hería el pelaje, de bruñido cobre. Tirando de la cuerda y cantando uno de sus prolongadísimos ¡leé..... lelo..... lelelo lay! un mozo pelirojo, en camisa y bragas de estopa, de pies descalzos, caminaba con no menor pereza y melancolía que sus bueyes,—como si no le corriese gran prisa vivir.

Entonces me puse á soñar despierta. Era mi sueño que toda la poesía de los horizontes, de las nubes, de la humedad, de la tierra gallega en suma y de los árboles y plantas que nutre, se había subido como denso vapor al brumoso cerebro del adormilado mozo, transformándole en poeta—en un poeta sencillo, rudo, sin galas retóricas ni pulimento de rima,—autor de estrofas que sonasen como el murmurio del agua del *regueiro*, que va á alimentar la represa del mo-

lino, cuyo limo se divierten en apedrear los rapaces.

Este poeta del terruño, para satisfacerme del todo,—á aquella hora en que yo me despojaba de refinamientos y sutilezas literarias y sólo quería oír el cántico de las cosas, la vaga sinfonía del suelo nativo,—había de ser principalmente muy quejumbroso y triste, aunque sin amarguras ni rebeliones: había de exhalar un lamento resignado, murmurándolo sin hinchazones de hipébole, con la paciente lentitud del bucy que avanza amarrado al yugo; había de ser un alma crédula y supersticiosa, atenta á las hondas voces del pasado; y al mismo tiempo no le habían de faltar sus asomos de filosofía pesimista y desconsolada, sus ráfagas de escepticismo instintivo y aun de dolor terco, como el de la bestia herida por el aguijón. En particular le pedía yo á mi poeta soñado, que sus versos no se diferenciassen mucho de la prosa en que hablaría siempre. Transigía con la rima, pero no con la lima; no con esos adornos marchitos, tomados de Antologías y de Autores clásicos, galas que huelen á alcanfor como la ropa guardada en los armarios largo tiempo. No, por amor de Dios. ¡Dénme un cerebro infantil, primitivo, un cerebro labriego, un alma en contacto con aquella tierra que tan fecundas emanaciones lanza de sus entrañas siempre vírgenes!

He recordado este sueño de una tarde de estío, al proponerme decir algo de Valentín Lamas Carvajal, porque en ciertos versos suyos pienso á veces oír á mi fantástico poeta agrario. Y son los mejores—para mi gusto—que ha escrito el ciego de Orense.

Hará cosa de ocho ó diez años, Valentín Lamas era acaso el vate más popular de Galicia. Hoy se le va olvidando mucho. Triste linaje de suplicio éste de ser enterrado en vida, ¡y cuán á menudo lo sufren los artistas, en países como el nuestro! Verdad que las tres colecciones de poesías de Lamas—*Desde la reja, Espiñas, follas é frores* y *Saudades gallegas*,—por lo humilde y pobre de su corteza, de su vestidura tipográfica, se parecen á esos frutos nacidos á destiempo, bajo un cielo inclemente, que nunca maduran, que nadie recoge: me recuerdan—sobre todo *Saudades*, con su cubierta verde—el erizo tempranero, caído en el lodo, destinado á morir al pie del surco que abrió la llanta del carro cuando pasa gimiendo por la vereda solitaria..... Aun sin abrirlos, surge de estos tres modestos volúmenes la melancolía peculiar del *por acá*, de la *terra esquecida*, como el poeta llama á la suya. Y antes de que la *terra* le acabe de *esquecer* á él—á él, á quien frecuentemente nombró *Homero gallego*,—quiero yo acordarme de esa musa en ocasiones tan aldeana, tan simpática, tan genuina.

Empiezo cantando la palinodia: reconozco que cometí un desacierto cuando, mal sentadas aun mis ideas críticas y no atreviéndome á fiarme del instinto, aconsejé á Valentín Lamas que tratase de educar su gusto—consejo tan indiscreto como lo sería empeñarse en que ciñese corsé la gallarda pescadora de Sada que con aire majestuoso y ágiles piernas viene á traernos la cesta de calamares ó de sardinas á la puerta de la Granja de Meirás.—Decíale yo entonces al poeta, con ocasión de haberse publicado *Saudades*: «Me parece ver en *Saudades* la huella del estudio de los buenos modelos castellanos, y á ser esto cierto, de todo corazón lo aplaudiría, porque no basta con leer á nuestros poetas regionales para ser poeta regional también; y el poeta que no pertenece ya por completo al pueblo, el que escribe y rima tratando de que no falten ni sobren sílabas, el que ha leído algo, tiene forzosamente que seguir leyendo, ponerse al tanto de la marcha de la literatura, no ignorar las nuevas direcciones de la poesía lírica, ser en una palabra lo bastante culto para formar su gusto, aunque no necesite llegar á erudito.»—«En poesía, como en fisiología, se observa que los enlaces constantes entre una misma sangre producen esterilidad; no basta pues que el que quiere escribir en gallego lea á Camino, á Pintos, á Añón, á Rosalía Castro, á Pondal; necesi-

ta también no dejar de la mano á los clásicos castellanos, y (me atrevo á indicar esta idea porque cuanto más la considero, más útil me parece,) á los portugueses, á los lemosines, á los escritores en castellano antiguo.» Claro está que cuando escribí lo que copio, se me figuraban consejos muy juiciosos; pero hoy..... la sinceridad me obliga á reconocer que son puros disparates.

Nacían mis advertencias de la falsa idea de que el mejor poeta gallego debe parecerse á un buen poeta castellano. Pretensión imposible y absurda. El poeta gallego ¿qué ve detrás de sí? No un arte floreciente y vario, no un idioma formado, rico, soberbio, consagrado por todos los ejercicios del espíritu, docilitado, cincelado por los primorosos artificios de tanto ingenio como lo trató; perfeccionadísimo en la rima, grandilocuente en la prosa. Lo que ve el vate gallego es una lengua arcaica, detenida y paralizada en mitad de su desarrollo, conservada y usada solamente por gente campesina; y como único dato artístico-tradicional, como único modelo propio, frías canciones de trovadores, que nunca conoció la musa popular, que viven en Cancioneros apolillados, y no pueden servir de patrón ni de tipo á los poetas actuales. Pero á falta de modelos reconocidos en el terreno literario, á falta de bibliotecas, el poeta gallego tiene la na-

turalidad—entendida esta palabra en el sentido algún tanto restrictivo de *campo*, de *vida rural*. —Sólo allí encontrará el pensamiento formulado en dialecto, en el habla que maneja: sólo allí obtendrá, si la inspiración le ayuda, la difícil conjunción del fondo y de la forma, que eterniza la inspiración porque la hace nacer viable.

Quisiera explicarme clarísimamente, para que me entendiesen todos. No aconsejo hoy al poeta gallego que sea *un ignorante de levita*: lo que le pido es que sus versos parezcan pensados y sentidos por un aldeano; ó al menos, que no haya en ellos cosa que contraste ó desafine de chocante modo, ni donde el escritor urbano, que lee periódicos y discute en cafés, asome la punta de la oreja. Mejor si el autor de bellas poesías propiamente gallegas es un sabio, pues, como dicen nuestros labriegos, el saber no ocupa lugar; pero yo creo que cuanto más culto es un espíritu, con mayor delicadeza se enriquece y más le lastima la desarmonía que representa, por ejemplo, una pomposa flor del jardín de Núñez de Arce ó Víctor Hugo puesta entre los brezos y gencianas de nuestros montes. De todo lo aconsejado á Valentin Lamas, sólo dejaría yo ahora en pie la súplica de no leer excesivamente á los poetas regionales, puesto que él tiene su originalidad propia y no necesita imitar á los demás; en cambio le pediría que se sentase al

pie del *lar* en invierno, en la linde de los maizales en verano, para que se impregnase de los rumores, del olor y del contacto de la tierra que no ve. Su último libro, *Saudades*, está impreso en 1880, y Valentín Lamas no es viejo: acaso todavía nos reserve alguna sorpresa grata.

No conozco personalmente al dulce poeta de Orense: ignoro su historia, sus aficiones, su carácter—y todo esto da luz al crítico para explicarse el fenómeno poético.—Pero el alma que veo en sus versos es un alma femenil, resignada y *saudosa*, por consiguiente adecuada á maravilla para comprender á nuestros campesinos y expresar sus íntimas querellas. Él nos dirá, sin ahuecar la voz, con el mismo acento monótono con que una vieja labriega refiere como *le llevaron el hijo y murió por allá*, las cuítas de la pobreza, que nos conmueven de piedad, por lo mismo que van narradas así, como males diarios, dolorosos, pero inevitables y eternos.

Oíd á ese campesino: ¿de qué se lamenta? De que llueve en su choza. Tribulación bien gallega; aquí no hay aludes, avalanchas ni sequías; pero el agua del cielo es enemigo tenaz; nos inunda de tristeza, y á veces siente uno impulsos de exclamar como el poeta bíblico «las aguas subieron hasta mi alma.» Sólo que—y ahora viene á pelo la distinción entre el sentimiento del aldeano y el del hombre culto—lo

que á nosotros, á las gentes acomodadas, nos produce el efecto de una contrariedad que engendra tedio y esplin, males residentes en la imaginación, para el labriego es un daño positivo y práctico,—porque al labriego le faltan tiempo y nervios afinados para sentir la mayor parte de las torturas puramente morales. «¡Cómo llueve!» exclama el infeliz desconsoladamente por boca del poeta: «¡cómo llueve, y qué manera de relampaguear! ¡Pobre del que no tiene! ¡Anda! Y ahora comienza el granizo..... la nube descarga sobre nosotros; ¡otra por el estilo de la maldita que ya nos arrasó las heredades! ¡Qué des trozos hará en los maíces! Ni un grano dejará para la simiente!....» «Mujer, parece que cae una gotera en la cama de los chiquillos: ¡vé á ver! Enciende ese candil, echa leña en el hogar..... Tráe á esos angelitos; si están mojados, que se calienten..... ¡No saben ellos por las que pasa un padre!» Así podría hablar mi poeta-labriego, sin añadir ni quitar tilde.

Imagino que después de esta queja, de este ¡ay! arrancado por las inclemencias del cielo y la perspectiva del hambre, mi poeta, consolado ya y aun con una chispa de malicia picaresca en el fondo de sus pupilas verdosas, me contaría, respondiendo á alguna pregunta que yo le dirigiese sobre los chismes y murmuraciones que corren en el *rueiro*, una historia tan pareci-

da como un huevo á otro á lo ocurrido entre el *Facundo* y el *Xan* de *Quen preitea*.... La mujer celosa que arma pelotera con su marido; la riña conyugal con los imprescindibles mechones de greñas volando por el aire; el vecino que interviene y pone paces y les encarga que «tengan vergüenza, pues él no quisiera liarse con su parienta ni por una onza;» el marido furioso que toma á mal el consejo y lo paga con una puñada de primera; el lastimado que pone la cruz jurando por ella, y por el diablo que lo lleve, que ha de dejar al agresor *por puertas en el Fuzgado*; la curia arrojándose sobre su presa con el instinto del ave de rapiña; y por último los dos vecinos que se quedan sin más patrimonio que la gracia de Dios, porque les han embargado tierras, casa, terneras y cerdos.... ¡Qué historia tan vulgar! Tolstoy no se desdenó de referir algo parecido. Y en conciencia ¿se le consiente á mi poeta de calzón de estopa que escriba odas *A la luna* y madrigales *A un clavel*? Yo soy en este particular tan severa, que ni aun le permito los discreteos de *Comparanza*, donde sale á relucir el famoso, mustio y antipático *girasol*, socorrido recurso para los versificadores castellanos de antaño, que solían llamarle *clivie*. Y de buen grado le regañaría—sigo hablando con mi poeta de la tierra—por decir de una rapaza de Arnoya que tiene *labios de coral*, si no supiese que algunas

mozas campesinas llevan al cuello y en las orejas sartas y pendientes de esta materia, y la comparación, aunque parece erudita, puede ser popular en el fondo.

Entregada á mi capricho estético de descubrir un cantor del terruño, me disgustan ciertas reminiscencias, porque no quisiera imaginar en manos del poeta de mi sueño un *Manual de literatura*, sino más bien alguno de esos libros tan graciosos, llenos de candor y sabor primitivo, que se guardan como tesoro de la pobre familia donde apenas sabe nadie leer, y se custodian en el arcón, entre la tela de lienzo casero, la *monteira* maja con plumas de gallo, el pañuelo de colorines y el peso columnario ahorrado á fuerza de privaciones sórdidas; libros encuadernados en becerro ó pergamino, un tanto grasientos y apolillados, con las hojas amarillentas, los caracteres gruesos y las viñetas ingenuas, grabadas en boj por lo regular. Así encontré yo, en un hogar de labriegos, toda la poesía caballeresca de *Los doce pares de Francia*, con que se recreaban sus tardías imaginaciones mientras á la llama del hogar hervía el caldo y se calentaban los cuerpos en las veladas invernales. Y así repito que desearía se solazase mi poeta. Ó quizás con cosa peor, que aun delata más ignorancia y atraso: con el cabalístico y apócrifo *Libro de San Ciprián*, talismán miste-

rioso, que jamás perdonaré á una persona muy erudita y distinguida de mi país (1) el haber desacreditado imprimiéndolo, pues para mí perdió toda su gracia desde que ha dejado de ser entre los labriegos felicidad secreta el guardarlo, y casi pecado de nigromancia el afán de poseerlo, las esperanzas fundadas en su posesión. Gústame ver á mi poeta con el estremecimiento supersticioso de las horas nocturnas, perseguido por los fuegos fátuos, en el atrio del cementerio, ó refiriéndonos, á competencia con Rosalía Castro, los medrosos *agoiros* en que siempre figura como protagonista el mochuelo. «No hay noche que no venga negro y sombrío mochuelo á posarse en las verdes ramas de un laurel de mi huerta: y cuanto más bufa el viento sacudiendo las débiles hojas, cuando las vigas crujen y azota los vidrios la lluvia, canta tan tristemente, que da congoja oírle.» También me agrada que crea, ó al menos que haga como si creyese que las raras flores que brotan á orillas del lago de la Limia, —flores tristes, desmayadas, pero dignas de haber nacido al pie del Rín y dado asunto á una balada de Burger—son en realidad *os ollos do ánxel da morte*, las pupilas

(1) El Sr. D. Bernardo Barreiro publicó en 1885, en la Coruña, un curioso opúsculo de 162 páginas titulado: *Brujas y astrólogos de la Inquisición de Galicia, y el famoso libro de San Cipriano*.

de la enamorada de Sandiás. Porque la credulidad—cuando no procede de atrofia de la razón, sino de plasticidad y sensibilidad de la fantasía,—es un tesoro para el poeta, mago y evocador de oficio de las edades pasadas y las desvanecidas creencias.

No vaya á figurarse nadie, por todo esto que dejo escrito de Valentín Lamas Carvajal, ó mejor dicho del olor de la tierra que he respirado con deleite en algunos de sus versos, que ruego á mi poeta rústico—el cual no es enteramente Valentín Lamas, pero al cual Valentín Lamas tiene condiciones para asemejarse mucho, si quiere—el derecho de pensar, de discurrir y aun de filosofar á su modo. No incurriré en tal delito. Labriegos conozco yo á los cuales he oído soltar como al descuido sentencias, agudezas y picardías notables, dichos que rebosan trastienda, mundología y gramática parda; y á alguno ví meterse, como trasquilado por iglesia, por los intrincados berenginales políticos y sociológicos, y sin más guía que la luz natural, la ingénita malicia y el espíritu de protesta y rebelión comunicado al hombre con el zumo de la paradisiaca manzana, dejarse atrás á expertos políticos, ó apostárselas con los más crudos comunistas, socialistas y ateos, y hasta con los flamantes nihilistas, pesimistas y deterministas rabiosos. Por eso no veo inconveniente alguno en

que, sin dejar la vara con que va pinchando á sus bueyes, el mozo aldeano, á quien transformé en poeta, improvisase algo análogo al *Gusano (O verme)* de *Saudades*.

«Unos días por pereza, y muchos más por guardar el ganado, no iba nunca á la escuela, y nació y se crió libre en la montaña, como pájaro que anida en las rocas. Las noches de helada y lluvia, se acogía y abrigaba en su choza, mal techada con unas pajas; alumbrábase el resplandor de las uces que quemaba á puñados en un rincón; por cena, *brona* tan sólo; por cama, la del ganado; por manta los andrajos que vestía; para más tenía la madre tullida, viviendo de limosnas y dolores.....» «En los tres días que duró la fiesta del milagroso San Martín, el santo que más devotos contaba en la aldea, entre el placer y la algazara, olvidáronse todos de la infeliz tullida, y espiró de hambre..... Algo extraño pasó por su hijo en la suprema noche de dolor, cuando veía, á la chisporroteadora llama de las uces, la rígida figura de su madre muerta..... Desde entonces, melancólico y sombrío, evitando encontrarse con los aldeanos, buscaba más la soledad del monte, para vivir mejor con las fieras; y desde entonces fué para sus vecinos, sino ánima en pena ni fantasma, loco, pues aseguraban que en los sesos se le había metido un gusano.»

El *gusano* (cuyos ratiocinios no quiero trasladar, porque acaso la forma en que el poeta los presenta peca algo de culta, aunque el fondo no) murmura al oído del solitario vagabundo los problemas socialistas y las reivindicaciones del hambriento contra los graneros surtidos y las arcas repletas, y, por último, se ofrece como redentor, ya que él, pobre gorgojo, que roe el grano guardado bajo siete llaves por la avaricia, consigue lo que no lograron deber ni religión: lanzar al mercado, á razonable precio, el pan de los pobres.

Mas donde encuentro pintado á mi labriego tan á lo vivo que, sin metáfora, está hablando, es en *Devoción por comenencia*; en la donosísima invectiva que dirige á San Amaro de Oira el devoto mal servido en sus pretensiones por el santo.

«Señor San Amaro de Oira, vengo á ajustar-te las cuentas; que no porque tú seas santo y yo un pobrete, á fuer de labrador, te he de pasar la burla. Hace poco te pedí una futesa: te pedí que le pidieses á Dios que yo ganase el pleito que sostengo por tesón con mi vecino Fuco; y para que me sirvieses bien y para que vieses que no acostumbro ser ingrato ni mezquino, te puse delante dos velas encendidas, hablé al clérigo, y mandé que te dijese una misa con gaita. ¡Y buenos cuartos que me costó! (Cuatro pesos lo

menos, que le solté al santero en cuatro medallas como soles.) Y amén de eso, aun te recé (Lorenzo, cuidado con mentir,) unas quinientas salves y otros tantos padre nuestros..... ¡Pues como si tal cosa! Igual que si les echase maíz á los pájaros..... Ea, señor San Amaro, mal que te pese, tengo que decirte que santos como tú puedo yo hacerlos á cientos con la madera de abeto que tengo en mi charca, á orillas del Miño: que de ese palo te hicieron, y que eres hermano carnal de los zuecos que llevo en los pies.....»

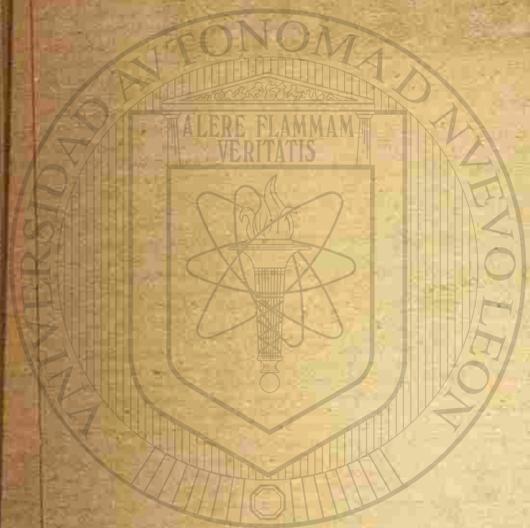
Generalmente he oído alabar, y yo misma he alabado en Valentín Lamas, la vaga y suave melancolía que, por ejemplo descuella en *O falar das fadas*, en *A gaita gallega*, en *Queixas* y en *Coitas d'a emigración*. Verdad que el ciego de Orense domina ese elemento musical é indefinible, fruto quizás de la molicie del dialecto cariñosísimo, del cual dijo Castelar con felicidad suma, que servía para mimos y ternezas más que ninguna lengua del mundo. Pues bien, así y todo, me atengo en Valentín Lamas al olor de la tierra removida por el arado. Lástima que sólo venga á bocanadas: ¡sería tan original y tan fresco respirarlo en todo un volumen!

.....  
Bastantes meses después de escrito el juguete anterior, he visto á Valentín Lamas y conversado buena pieza con él. Lugar de la escena: un

campo extramuros de Orense, poblado de hermosos y copudos árboles: en él una especie de circuito donde había de deliberar el jurado elegido para otorgar el premio al gaitero que con su rústico instrumento hiciese más primores. Rodeaba el pabellón del jurado multitud inmensa, que empujándose, apretándose y con oscilaciones de marea que sube, nos iba encerrando en un círculo cada vez más estrecho, sin que bastasen á impedirlo las reiteradas advertencias de unos cuantos señores y agentes encargados de conservar el orden y hacer respetar el recinto destinado al tribunal, del que Valentín Lamas formaba parte. Aquella masa de gente que se nos venía encima sofocándonos y quitándonos la respiración, no nos molestaba, sin embargo, tanto como parece á primera vista, porque su oleada era la del entusiasmo, y á pesar de su afán por ganar terreno, y al par que se empujaba y atropellaba entre sí, no se atrevía á empujarnos á nosotros, pero, mecánicamente, nos reducía, nos ahogaba. Entre esta brega, defendiendo sin cesar nuestras sillas para que la ola no se las llevase, agobiados por un calor del Senegal, Valentín Lamas hablaba, hablaba, hablaba, vuelto hacia mí, sin verme el pobre—á pesar de la radiante y luminosa atmósfera de tan hermosa tarde—y era su charla, regocijada como trino de pájaro, otra marea de entusiasmo y cariño regio-

sorprendente belleza tipográfica, fruto exclusivo de la producción regional, permiten á Barcelona combatir enérgicamente el monopolio ejercido por Madrid sobre las provincias, emulando á las naciones más adelantadas en lujo y primor para vestir las obras del ingenio. Declarémoslo llanamente: en Galicia, el movimiento literario carece por completo de semejantes auxiliares y los pocos libros que hasta la fecha produjo, fuera de aquí se han impreso cuando los autores aspiraron á conseguir ediciones elegantes. Si al pronto el hecho parece baladí, visto despacio significa mucho, como síntoma de nuestra forzosa dependencia por falta de elementos y vitalidad interior. Dígase lo que se quiera, el estado material de los países se refleja tarde ó temprano en la intensidad de su vida literaria, y ésta, en Galicia, ha sido y es lánguida y trabajosa, no por incapacidad de la raza, sino por consecuencia ineludible del abatimiento general en que la desventura, y la apatía que engendrar suele, nos tienen sumidos. ¡Tan cierto es que la Musa moderna, hija de nuestras luchas, de nuestros combates, de nuestras perpétuas aspiraciones hácia lo mejor, lo más alto, lo más glorioso, no prefiere las ruinas, el atraso y la muerte moral de los pueblos postrados é inactivos, sino que ama el gemir de la prensa, el estruendo del trabajo, la riqueza, pedestal de oro del Arte!

Para convencerse de la diferencia entre el renacimiento gallego y el catalán, basta cotejar lo que ha sido en ambos países la idea de los Juegos florales. En Cataluña, la institución de los *Jochs florals*, restaurada con su carácter tradicional y su sentido histórico, dió á la vez palenque, escuela y olimpo á los poetas regionales, que disputaron con ardor los premios y el diploma de *maestros en gay saber*. En Galicia, el entusiasmo despertado por los primeros Juegos florales, que se verificaron en la Coruña en 1862 y fueron saludados por Añón como aurora del renacimiento galáico, se extinguió sin dejar rastro ni huella, y la lid cortés pero gloriosa de los vates tolosanos degeneró, convirtiéndose en los insulsos Certámenes, hoy accesorio obligado de todo festejo público, adorno trivial que se coloca como se puede, entre la salida de los gigantones y la verbena de fuegos artificiales. Y como esto es verdad, y lo es á despecho de los excelentes propósitos de corporaciones é individuos que promueven los Certámenes, y á despecho también de alguna obra digna de aprecio que se presente á disputar el lauro, conviene decirlo, á fin de no contribuir con silencio culpable ó frases pronunciadas por rutina á que se malogren esfuerzos dignos de más útil empleo; pues no nos está permitido el lujo de gastar pólvora en salvas.



## LUZ DE LUNA.

(Eduardo Pondal.)

**C**REO firmemente que hay aromas, sonidos, colores, formas y hasta maneras de soplar el viento, de mujir el mar y de besarse suavemente las frondas del arbolado, peculiares á cada país, y que los nacidos en él distinguirían de cualquier fenómeno natural análogo, por semejante que parezca á primera vista á los que no la tienen doble, como los escoceses, y como los artistas, gente capaz de observar y sentir intensamente hasta el roce de un hilo de telaraña.

Puede acontecer que de estos colores, aromas y sonidos propios de cada país, sea uno

sobre todo el que afecta y hiere los delicados sentidos del artista ó del poeta; y que así como hay pintores que en todos sus cuadros reproducen la luz de una misma hora, del ocaso por ejemplo, se destaque para el poeta, sobre el inmenso concierto de tonos, de emanaciones y de ruidos que se eleva de la naturaleza sensible cual himno armonioso, una impresión ante la cual palidecen las restantes, y que viene á ser la nota característica de su musa.

Eduardo Pondal, en quien pienso al escribir esto, no para aplicárselo rigurosamente, sino para encontrar analogías, se distingue, es una silueta aparte entre los poetas regionales de Galicia. Por cierto murmurio solemne y plañidero á la vez, que resuena en sus versos, les cae divinamente el título á las dos colecciones que lleva publicadas, bilingüe la primera, toda gallega la segunda: *Rumores de los pinos—Queixumes d'os pinos*. Si, las copas de los pinares de mi tierra se agitan con ese ruido especial, semejante al del Océano cuando se oye á distancia y en días tormentosos. Mas lo que de día es zumbido vago, no exento de sonoridad, lleno de *eses* suaves parecidas al balbucir de unos labios cariñosos que murmuran ternezas en voz baja, es, de noche, al brillar la luna, grave aunque contenido canto llano, que infunde cierto pavor religioso. Entonces predomina en él la larga *u!* la vocal del terror.

Lo que al sol es *rumor* solamente, á la luna es *queixume*—quejido. ¿Quién no ha notado el efecto fantástico que produce de noche el ruido más vulgar? Y el de las copas de los pinares es de verdad temeroso, hecho de molde para exaltar la imaginación.

Pues bien; se me figura que, ese rumor, al cual se asocia en mis sentidos la impresión de fuertes aromas resinosos, Pondal lo ha oído siempre de noche: si por casualidad lo oyó de día, no le pasó del tímpano penetrando en el alma. De noche, á la fría luz del luminar que es fama adoraban los celtas, es cuando el poeta *bergantiñán* se deja arrullar por la romántica sinfonía del árbol triste, sinfonía tan bien expresada con la onomatopeya del verbo gallego *bruar*.

En estos libros *scherzos* sobre motivos galáicos, me río yo de los fueros científicos de la crítica y procuro ver y escribir con la fantasía sola. Usando de la licencia que yo misma me otorgo, ahora se me ocurre dividir las literaturas en *solares* y *lunares*, clasificación que, á falta de otro, tiene el mérito de la novedad. La escuela poética sevillana, por ejemplo, está llena de sol, mientras nuestra lírica regional siempre me parece bañada por la luz de la luna, luz incierta, pálida y penosa. ¿Será que el viejo numen inspirador de la poesía de los bardos, que la virgen inmortal invocada por el druida con el consabi-

do rito misterioso de la segur y del muérdago de encina, á la hora del plenilunio y en el bosque sagrado, sigue presidiendo á los destinos de este pedazo de tierra é influyendo en la mente nebulosa de sus hijos?

Lo indudable es que el frío rayo ha caído sobre la cabeza de Eduardo Pondal desde los días infantiles, anegando para siempre aquel cerebro en claridades fantásticas y argentinas que alternan con anchos trozos de sombra. Esto no es llamar *lunático* á Eduardo Pondal, ni menos suponer que su razón se ha ido de viaje en compañía de la de Astolfo; todos conocemos la apacible, simpática y excelente persona del autor de la poesía más celebrada que se ha escrito en lengua gallega, y sabemos que la vida sencilla, un tanto retraída y metida en la concha, de Pondal, se debe á condiciones de carácter propias de la raza, que no pueden menoscabar ni la consideración que merece el hombre, ni el agrado de su trato, que es de los más dulces, apenas se rompe el hielo de su natural esquivéz. Solo quiero significar, con esto de la luna que traigo al retortero, la forma predilecta que toman las cosas en una muy poética fantasía—de las más poéticas que produjo mi país, y también de las más marcadas con el sello regional.

¿Quién ignora que la luna es el astro favorito de los amigos de recordaciones y ensueños, de

los que anhelan vivir en lo pasado porque lo presente no satisface su necesidad de idealismo? ¿Y á quién no le consta que á la luna los objetos mudan de aspecto y se prestan á representar todo cuanto se nos antoja, y un molino desmantelado parece castillo ruinoso, y los arbustos centinelas? Una noche de verano, en la Granja de Meirás, hallándose las ventanas abiertas de par en par y reunida tertulia numerosa, alguien dijo que frente á la casa estaba una mujer, ó más propiamente un fantasma, vestido de blanco y con los brazos extendidos. Todo el mundo corrió á ver el asombro. Era, en efecto, la verdadera figura de una mujer alta, con túnica flotante, que nos tendía los brazos y que de cuando en cuando columpiaba la cabeza y el cabello undoso; esta aparición singular se proyectaba sobre el oscuro fondo de un macizo de limoneros. La gente se quedó quieta y agrupada: nadie bajó las escaleras para ponerse al habla con la fantasma dichosa. ¿Por miedo real? No, puesto que desde el primer instante se comprendió la causa del fenómeno: una enredadera sumamente tupida y frondosa, que trepaba por el limonero, y cuyo follaje claro, al resplandor de la luna, se perfilaba imitando el realce y las líneas indecisas de un cuerpo. No obstante, seguros completamente de lo que había bajo aquella caprichosa apariencia, permanecíamos inmóviles, saboreando el vago

placer del temor sin objeto, del temor indefinible; percibiendo con deleite el latido de la imaginación y lamentando casi el forzoso escepticismo que no nos permitía gozar por entero la compañía de la dama blanca.—Yo al menos discurría así, y como en otras mil ocasiones, renegaba de esta pícara dualidad mía, de esta complejidad de mi ser que, permitiéndome sentir el valor inestimable de la ilusión poética, me obliga al mismo tiempo á analizarla y por consiguiente á destruirla.—Con el incidente del fantasma fingido por la enredadera, intento yo explicar el celticismo prehistórico, el *osianismo* y las reminiscencias ancestrales, en que consiste la originalidad de Eduardo Pondal. Son el sueño de una noche de luna; objetos que toman raro aspecto en la fantasía siempre juvenil del poeta.

Tales representaciones piden, á no dudarlo, un fundamento, una base aunque sea remota y como perdida entre las brumas de lejanísimos tiempos: reclaman algo que imprima á la imaginación velocidad inicial. El autor de *A campana d' Anllons* no hubiera oído entre el rumor de los pinos, acordes del arpa de los bardos, si no naciese en Bergantiños, tierra de los brigantes, el punto de Galicia donde se conserva más viva la memoria y más visible la huella de nuestros orígenes célticos, ó por lo menos, pues no es aquí lugar oportuno para meterse en hondu-

ras etnológicas, de la dominación decisiva ejercida por los celtas invasores sobre una raza autóctona, cuyos rezagos he creído descubrir á menudo en ciertos tipos montañeses de pómulos abultados y cráneo muy ancho hacia la sien. Así, por derecho de nacimiento, Eduardo Pondal, con su gabán y su hongo, ha venido á ser *el bardo*—no hay que reirse, pues las almas de los que fueron parece como que se cuelan á veces, por caprichosa metempsicosis, en el cuerpo de los que son.—Eduardo Pondal hoy es acaso el único hombre en España que con algún derecho puede usar este título de *bardo*, que á lo mejor se dan á sí propios, con mucha formalidad, los copleros de seguidilla ó los rimadores de odas pindáricas y sonetos argensolianos. Sólo á Pondal le es lícito decir:

Pasajeros rumores de los pinos  
que arrullásteis los días de mi infancia  
y encantásteis un tiempo mis oídos,  
sobre la oscura tierra de Brigandsia  
pasásteis, mas *el bardo* transeunte  
aun recuerda el rumor de vuestras alas. (1)

Y sienta bien en su boca la invocación al valle natal.

«Verde valle de Rouriz, en tierra de Bergantiños; oh valle caro á los celtas, el de los pinos altos y verdes; cuando se despida de este mundo

(1) Dedicatoria: (*Rumores de los pinos.*)

tu bardo Gundar, concédele sepulcro, oh valle amigo, conforme á la usanza céltica, en tu seno silencioso: sepulcro solo de tí conocido..... Recibe en tu soledad á este errante bardo, oh valle de las vagas brumas y de los pinos rumorosos (1.)»

Esta poesía se escribe en un siglo de intereses positivos y de ciencia experimental, (siglo que le parece harto prosaico á nuestro bardo, enamorado del tiempo que fué, á pesar de ciertas fiebres políticas juveniles que padeció un tiempo y que deberían llamarse la escarlatina del alma;) pero suena—cómo dudarlo?—á canción vieja: el mismo poeta, con sentido crítico envuelto en formas estéticas, nos lo dice, en la respuesta del valle *caro á los celtas*, el valle de Rouriz: «Ciertamente que no me son desconocidos tus vagos y dulces cantos; acaso los habré oído muchas veces; mas no puedo recordar si ahora ó si en tiempos antiguos..... Grande y noble cosa son los bardos, y durante su paso por la tierra no suelen comprenderlos los hijos de los hombres..... Solo tú, agreste soledad, eres asilo digno del bardo.»

Bien se advierte en estas breves citas que el espíritu del poeta *bergantián* está vuelto cara al Oeste. El vivir de Pondal, adherido al rincón nativo con adhesión tenáz y muda, es verdade-

(1) Gundar, fillo d' Ouco (*Ruínas de los pinos.*)

ramente vida de hombre que, descontento de la edad en que le tocó nacer, se aísla en la interior y maravillosa libertad de la fantasía, trasladándose á los siglos para siempre desvanecidos y borrados. ¡Dulce género de desvarío! ¡Cuán propio de la ensoñadora condición del poeta!

Sentarse al borde del mar espumoso, y contemplar los negros escollos ó el viejo cabo, «que tal vez sueña con lo infinito;» escuchar los cantares del hada Rouriz, que como la Loreley de la balada alemana, peina sus largos cabellos con peine de oro; seguir la orilla del Langüelle, el triste río montañés, sin flores en las orillas, el río hijo de las nieblas y las uces, el «río de esquivo carácter y mirada recelosa, montañés legítimo, que escapa como el lobo por no ver gente;» oír por milésima vez el *fungar* de los pinos, semejantes á celtas colocados en orden de batalla; recordar que allí yacen, alumbrados por la luz de la luna, dormidos en sus tumbas olvidadas, los antepasados prehistóricos; todo esto es poesía, cerrada, nublada, gris, acuosa tal vez como nuestro celaje, poco humana en su arqueológico lirismo, pero sincera y sentida en Pondal—una de las personas menos afectadas que conozco, uno de los pocos hombres que son de una pieza con sus versos, y cuyo carácter á la vez cariñoso y bravo se copia mejor en la extraña cadencia de sus rimas.

Que todo este celticismo y bardismo, por muy artificioso y romántico que sea, es la dirección estética natural en el autor de la *Campana*, lo prueba volviendo después de seis años á arrancar del instrumento gemidor los mismos arpeggios, en las poesías nuevas que, con las reimpresas de *Rumores*, forman el tomo de *Queixumes*. Imitar á un poeta extranjero, porque nos agrada ó admira, puede hacerse una vez; pero si no concuerdan en misteriosa afinidad nuestra alma y la suya, no se realiza dos seguidas con intervalo de seis años. Prefiero creer, y así lo manda la crítica actual, á cada paso más comprensiva y más dada á sorprender relaciones y conexiones espirituales, en el parentesco del alma de los viejos bardos gaélicos con la de Eduardo Pondal, nacido en la época presente por malos quererres de la fortuna.

No mucho más de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, nuestros progenitores célticos emigraron de Galicia á Irlanda, donde les esperaba ruda guerra con los kimris. Allí germinó y floreció la literatura gaélica, y brotaron las epopeyas de los grandes bardos, Oisín el ciego á quien llamamos *Osián*, su padre Fión el de los rubios cabellos que conocemos por *Fingal*, Fergus el elocuente, Cailte el de los ágiles pies; falange heroica, que al lucir el sol del cristianismo se convierte en humilde legión de mendigos y

cantores ambulantes, y va de puerta en puerta y de festín en festín entonando viejas baladas para ganarse el sustento, hasta extinguirse en el olvido. Cuenta una tradición piadosa que San Patricio, el Apóstol de Irlanda, consoló con amorosa lástima á los últimos bardos, y éstos, en premio de sus bondades, le dijeron los nombres de toda montaña, selva, llano, río, y el origen y significación de tales nombres—noticias de ellos solamente conocidas.—¡Cuántas veces recuerdo esta interesante leyenda, al notar el profundo sentido que atribuye Eduardo Pondal á los nombres de los lugares puramente célticos, y lo mucho que excitan su imaginación esos sonidos arcaicos!

Olvidados ya los bardos y sus cantares, vino á resucitarlos, imponiéndolos á la admiración de la edad moderna, el escocés Macpherson. ¿Quién no conoce la historia del célebre taumaturgo que hizo levantarse del sepulcro á la doncella muerta? ¿Quién no sabe algo de las acaloradas discusiones que suscitó entre los críticos y eruditos ingleses la publicación de las viejas poesías gaélicas, sobre todo de los poemas de Osián? La cuestión está bastante anticuada; Osián y los bardos fenianos, en el día, yacen más arrinconados que en tiempo de San Patricio, por mucho que lo estuviesen entonces; y en la reñida pelea entre los defensores y los impugnadores de la autenticidad de los poemas osiánicos, ha quedado mal

parada la buena fe del hábil forjador, y demostradísimo su agudo instinto de reconstrucción del pasado: porque Macpherson no fué un falsificador vulgar, sino un hombre de genio, que benefició, aunque mezclándole tantos elementos extraños, el tesoro de una literatura rica y perdida, y trajo al arte un elemento con legítimo derecho á la existencia, puesto que había sido expresión artística de varias razas congéneres. Mas lo que hace aquí al caso, es que la obra de Macpherson marcó huella indeleble en Pondal, y que en aquellas ficciones grandiosas, donde se mezclan fragmentos de verdaderos poemas bárdicos con la labor de imitación del poeta moderno y reflexivo, hábil en asimilarse el espíritu de la edad pasada, encontró su camino el bergantiñán quien sigue prefiriendo esas viejas reminiscencias gaélicas á los clásicos latinos é italianos que conoce y maneja familiarmente: (Pondal es el más instruido de los poetas gallegos.) Y de aquí resulta su originalidad. ¿Quién sigue á Osián en el día? Para eso es preciso haberse equivocado de siglo al nacer, como el soñador de tierra de Jallas.

Una observación curiosa me entretuve en hacer, repasando las poesías de Pondal, y es que en ellas no hay más rastros de cristianismo que si en realidad el autor fuese nacido y criado en el culto panteísta de los bardos, adorando al árbol

y á la luna. Y esto comunica á sus poesías sabor raro, porque no es común que los poetas, ni aun los más blasfemadores, los impíos adrede, como el francés Juan Richepin, dejen de manifestar involuntariamente, en esta ó aquella forma de lenguaje ó de pensamiento, que al fin pertenecen á una sociedad cristiana; mientras Pondal, según se revela en sus poesías, pudo muy bien haber vivido en tierra feniana, antes de la conversión de la gente gaélica á la ley de Cristo, en los dos ó tres primeros siglos de nuestra era. Tan impregnado está de naturalismo primitivo su espíritu, que las vírgenes que pone en escena no cuentan el tiempo por años ni por meses, sino por *sementeras*, y una adolescente es para él una niña «que tal vez no conoce aún la primera lunación.» Sus númenes son la hada Rouriz, los guerreros y bardos muertos, pero sobre todo el mar gemidor, la desierta gándara, y los robles y pinos, cuyo sonido representa para él un himno al Dios misterioso y vago del celta. Á ese Dios lo invoca una vez sola, á fin de pedirle la felicidad del paraíso búdico, la aniquilación de la conciencia y fusión en el seno de las fuerzas elementales:—«Oh tú, ser radiante, inmortal, fuerte y oculto, que diste música á los pinos y colores á la aurora, conviérteme por piedad en cosa insensible..... Bárreme del alma este audaz soñar; llévame en las ardientes alas del

huracán, como una arista; como apagado lucero que cruza el espacio.....»

Y si no se encuentra en los versos de Pondal concepción religiosa que desdiga del bardo, tampoco se nota en ellos burla, ataque ni asomo de esa incredulidad irónica tan común en el labriego y tan hábilmente sorprendida por algunos poetas regionales, como Valentín Lamas Carvajal y Benito Losada. Ni por las mientes le cruza eso á Gundar. Para él el cristianismo no existe: ni la menor alusión, ni la más leve sonrisa de mofa ó de odio: él es el bardo; pasó su hora; Cristo vino y venció; borrose el esplendor de los antiguos tiempos: no sabe más. ¿Un bardo racionalista? ¿Un bardo volteriano? Cosa que no se ha visto ni verá nunca.

Otra nota característica, que revela que en Pondal no ha penetrado todavía el espíritu de la sociedad cristiana, es su manera de comprender y expresar la pasión amorosa. En ese terreno he visto pocos poetas tan primitivos. No porque se le deslice la pluma á pinturas licenciosas y á imágenes incitativas: al contrario. La queja amorosa en Pondal es corta, ronca y salvaje, á manera de graznido de *pillara* que cuelga el nido de su amor en los negros escollos de la costa brava: es el instinto del hombre no educado aún por diecinueve siglos de Evangelio, que se des-  
perezera de amor como de hambre, y se apodera de

la felicidad cual de una presa la alimaña montés. Así debían de requebrar los bardos guerreros: ó por mejor decir, así debían de entender la unión sexual: la mujer maniatada, forzada, llevada á sus cónicas chozas como botín de guerra. ¿Vale decir verdad? Admitido que un hombre que vive y se pasea por las calles el año de gracia de 1888 lleve en sí moléculas del alma de los celtas fenianos, yo encuentro más lógico su modo de entender el amor que todas aquellas languideces y soponcios de la Malvina romántica. No conozco los viejos cantos gaélicos sino de nombre, y me parece suficiente erudición, por ahora, saber que hay entre ellos un poema llamado *El robo de los rebaños de Chualño*, el cual se encuentra en un libro titulado *El libro de la vaca parda*, escrito ó mejor dicho recogido por un monje hacia fines del siglo oncenno; pero sospecho que, comparando el texto de esas vejeces con las semi-ficciones de Macpherson, acaso encontraríamos el antiguo sentimiento gaélico más conforme con el expresado por Pondal.

«Tiene su punto de ser cogida la fresca rosa» —dice el poeta bergantiñán:— «cuando aun asoma tímida la cabeza entre el follaje verde.... Cuando apenas muestra sus hojas, está diciendo: ¡ahora, ahora mismo!» La procedencia de la comparación bien la veo: pertenece al Tasso; pero el cisne sorrentino dice:—«cortemos la ro-

sa ahora que puede ser pagado, ser recíproco el amor:»—y esto último no preocupa mucho á *Gundar*, en cuyos arrullos va envuelta siempre la idea de fuerza, de violencia.—«¡Oh, quién pudiera cogerte sola, en el amigo seno de oscura gruta! ¡Y como trepadora yedra que se enrosca y ciñe en torno de blanco pilar, darte mil tiernas vueltas con los brazos, decirte mil tiernas cosas al oído, y encontrar en breve tiempo el término de la esquiva senda!» «Hada de dulces ojos..... ¡lléveme el diablo si ahora vuelves á escurrirete de las manos como una anguila....! Cansado estoy de escuchar tus embustes; en tí he de curar á viva fuerza las soledades de aquel mal que dejas en el alma cuando pasas á mi lado: he de hartarme de tí, por mi madre te lo juro, como oso hambriento que encuentra dulce panal de miel.»

De buena gana citaría, como muestra de este naturalismo amoroso, poético, pagano y brutal á la vez, la composición que ocupa las páginas 85, 86 y 87 de *Queixumes*, y que en mi entender es una perla; pero no me determino á cortar de ella fragmentos, por no desmembrarla: vayan algunas citas breves—las últimas ya—de otras poesías, donde el mismo sentimiento que no vacilo en llamar *prehistórico*, se expresa aún con mayor energía.

«Dulcemente suenan los pinos: en esta grata

soledad el corazón se oprime..... ¡Niña, no tiembles, no temas, que no se trata de matarte!» «La cogí sola entre los pinos; púsose blanca de miedo; quiso huir, pero no pudo..... ¡Ya conoce ella mis mañas! Me imploró de rodillas; de rodillas imploróme: tembló como la vara verde, cuando la sacudé la virazón..... Y como si temiese ser oída, me dijo:—¡Te lo pido por Dios!—¡Estás fresca!—le contesté:—¡vente con oraciones á mí! El zorro no suelta jamás la gallina robada: el abejorro no suelta á la flor hasta chuparle toda la miel; ni el azor montesino suelta á la blanca y dulce paloma.» «¡Basta ya de rezar: no te librarán de mí ni Dios ni el diablo!»

Todavía hay otra cuerda en la poesía de Pondal—una cuerda que él dice ser de hierro y afirma llevar dentro del alma, y á mí se me figura que no está sino en aquel rincón de la mente donde damos acogida á las ideas que nos creemos en el compromiso de tener.—Pásemos como sobre ascuas, y dejemos al característico poeta de los pinos, de las uces, del roble-dal antiguo y de la *esquiva gandra* hablar, si se empeña, de parias, de ilotas, evocar la sombra de Espartaco y fantasear siervos sujetos á la gleba, aquí donde los propietarios lo estamos á la muy prosáica, pero muy feroz contribución territorial que nos tiene destuetanados y más vacíos que globo sin gas..... y alejémonos pronto

de estas nimiedades de la vida práctica para volver con el bardo á las espesuras del pinar de *Tella*, plateadas por la luna.

¿Hay en Galicia quien no haya oído sonar *A campana d' Anllons*? Esta hermosísima poesía es la piedra angular donde la reputación de Pondal descansa. El público conoce poco ó nada el celticismo de Pondal: sabe, eso sí, que es un buen poeta, de fondo y de forma, pero á no ser por la *Campana*, nunca hubiera Pondal obtenido el aura de popularidad que disfruta. La mayoría de los lectores no pueden gustar del original sabor de esos poemas de áspero tono y primorosa factura, resurrección de los antepasados: para que les tomasen el gusto, necesitaría Pondal fundar en las cuatro capitales gallegas una cátedra donde se explicase lengua, mitología y literatura gaélica..... y aun así.....

Pregunté á Pondal cierto día en qué condiciones había compuesto su *Campana*. Me dijo que, estando *algo enamorado* y siendo *muy muchacho*, se había detenido en un pinar de su parroquia á oír el toque del *Angelus*, al caer la tarde; y puesto á pensar en cosas tristes, de ahí nació la inspiración de su obra maestra. Después recordé muchas veces esta explicación sencilla, para entender por qué *La Campana* es más simpática, más sentida y más inteligible para todo el mundo que los otros versos (no inferiores algunos,

y acaso muy superiores en originalidad todos,) del buen bardo Gundar. Con el sonido de la *Campana*, que recuerda al infeliz prisionero la patria, el amor, la madre, se derrama en la atmósfera esa onda de melancolía y piedad que nos trajo el cristianismo.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL CANCIONERO POPULAR GALLEGO. (1)



Estos tres tomos de cantares son para mí interesante estudio autopsicográfico del pueblo de Galicia.

Necesariamente, en la obra del poeta culto, del poeta lírico sobre todo, si el sentir y el pensar del pueblo entran como elemento más o menos importante y hasta esencialísimo, siempre ha de sobreponerse el individuo, la personalidad creadora. El alma colectiva se ve mejor en colecciones cual la que Pérez Ballesteros ha re-

(1) Cancionero popular gallego, y en particular de la provincia de la Coruña, por José Pérez Ballesteros, con un prólogo del ilustre mitógrafo portugués Teóphilo Braga, y concordancias por Antonio Machado y Álvarez. —Madrid, 1886.—3 vol.

cogido con amoroso celo, incansable paciencia, gran inteligencia del asunto, curiosidad de filólogo y método de sabio.

¡Qué instrumento, qué órgano tan rico en registros es el alma de una raza! ¡Cuántas notas, ya graves, ya agudas, hondas y melancólicas, ó jubilosas y vibrantes, brotan de ese maravilloso teclado! Y lo singular es que, escuchando atentamente la sinfonía, no parece que la ejecuta una orquesta, sino un solo instrumento, de variadísimos sonos, pero pulsado por una mano sola. ¿A quién no hará meditar tan curioso fenómeno? Hay mayor unidad (dentro de una variedad encantadora) en la poesía del pueblo, que en el conjunto de los versos de ningún poeta reflexivo.

Confieso que me sorprende más esa unidad psíquica, fuerte y misteriosa, que las formas métricas peculiares de los cantares gallegos; por otra parte, mi amigo el insigne portugués Teófilo Braga, en el prólogo del *Cancionero*, las estudia tan detenida y sagazmente como él acostumbra, descubriendo su valor tradicional y comparándolas á las formas conservadas en los antiguos *Cancioneros* luso-galaicos, y me sería difícil añadir cosa que valiese la pena de decirse, después de lo que escribe el autor de la *Historia de la literatura portuguesa*. No por eso transijo con que juzgue que se han modificado

mucho ciertas ideas mías desde el año de 1883, época en que tuve el gusto de departir con él en Lisboa, y de pasada, porque el punto no requiere tocarlo de propósito ni con gran copia de argumentos, repito aquí lo que entonces dije: que no hay *nacionalidades peninsulares*, ni quiera Dios que se sueñe en haberlas, ni permita, si llega este caso inverosímil, que lo vean mis ojos. Ahora añado que la opinión anterior no me impide estimar cumplidamente la genialidad propia y las buenas letras de cada país, ni deleitarme muchísimo con las poesías regionales, si son bonitas, ni reconocer gustosa el parentesco de consanguinidad que existe entre Galicia y Portugal. Me obliga á estas indicaciones la mención honorífica que hace de mi persona el erudito portugués en el prólogo ya citado, y la importancia que atribuye á la Sociedad del Folk-lore gallego (que tuvo la honra de fundar,) considerándola base del renacimiento de esta tierra. Eso quisiéramos todos cuantos nos hallamos al frente del Folk-lore, y á eso aspiramos, en la medida que nos lo permiten nuestras escasas fuerzas y la marcada indiferencia del público, siempre distraído cuando se trata de este género tan espiritual de intereses; pero lo del *renacimiento* ¿lo entenderemos de la misma manera la fundadora y la Junta directiva del Folk-lore, y mi disolvente y sapientísimo amigo Braga? Apostaría que no.

Lo cual no se opone á que el Folk-lore se haya considerado muy favorecido viendo agregada al *Cancionero popular* (que miramos todos como cosa propia, por ser el colector uno de nuestros compañeros, é individuo de la Junta) la docta prosa de Teófilo Braga. Conozco á este eminente lusitano desde 1880, época en que dirigía yo la efimera *Revista de Galicia*. Más tarde, así en su trato como en algunos libros suyos, y en particular el titulado *Questões de litteratura e arte portugueza*, tuve ocasión de advertir lo versado que está en el conocimiento de los orígenes literarios galaicos, tanto populares como eruditos, de lo cual es brillante señal el estudio titulado *Fontes poéticas gallegas*. Hube de indicárselo á los señores de la Junta cuando se constituyó nuestro Folk-lore, y al punto rendimos á Braga el único tributo de simpatía que por entonces nos era dado ofrecerle: un nombramiento de socio honorario. Todo esto, viene á cuento de inculcar bien que, aparte de dos ó tres puntos trascendentalísimos en que andamos perfectamente desacordes, Teófilo Braga me parece un maestro digno de ser consultado por los que cultivan las letras regionales, para saber de dónde venimos y cuál es la procedencia de esos cantos que el pueblo repite sin cuidarse de cómo nacieron.

Asimismo estoy del todo conforme con el

pensamiento que apunta Braga en el *Prólogo del Cancionero popular*: que deberían entresacarse de los viejos Cancioneros lusitanos las composiciones evidentemente galaicas, y formar con ellas el *Cancionero tradicional gallego* de los siglos de esplendor de la lírica. En muchas de esas colecciones donde á primera vista sólo parece que se contienen rimas de poetas eruditos, de trovadores, clérigos y príncipes, la mirada sagaz del investigador discierne á veces la canción de origen popular, apenas modificada por el poeta culto; la canción que, enterrada y olvidada allí, vive y alienta hoy, con levisimas variantes, en boca del labriego. Este *Cancionero* antiguo haría muy buen juego con el moderno que Ballesteros nos ofrece; entre los dos podrian encontrarse analogías sorprendentes y luminosas; en fin, sería obra digna de que en ella emplease su diligencia algún individuo de la Sociedad del saber popular.

Volviendo al monumento ya levantado, repito que lo más interesante en él, es la claridad con que revela y destaca la fisonomía moral del pueblo gallego. He oído á algunas personas censurar agriamente que en este *Cancionero* figuren coplas un tanto indecorosas: yo, puesta á criticar, diría que no debieron suprimirse otras más subidas de color ó peor olientes, pero gráficas y expresivas, que correspondían á una de las cuer-

das predilectas de la lira popular. Estas cuerdas son tres: humorismo, buen sentido, y melancolía, ó mejor dicho, *saudade*. El humorismo, bajo distintas formas: hipérbole jocosa, obscenidad patente ó solapada, fanfarronería, irónica burla, es la nota más frecuente, hasta el extremo de que todo el *Cancionero popular* parezca rimado por una especie de *Heine* labriego, que se mofa sin tregua, con las lágrimas cuajadas en el fondo de los lagrimales, de sus propias cuitas, sentimientos, miserias y dolores. Por eso he dicho que en esta obra impersonal existe unidad superior á la de ningún libro escrito por una sola mano y elaborado por una sola mente.

Gran chasco se llevaría quien intentase juzgar esta lírica anónima y sencilla con arreglo á los cánones de la belleza literaria reconocida y aceptada oficialmente. Alguien dijo del *Cancionero* que la inmensa mayoría de las coplas coleccionadas en él no valen gran cosa. Cierito, si las gustamos con el paladar todavía saturado de néctares becquerianos ó de los agridulces y deliciosos bombones que sirve Campoamor. Pero entiéndase bien en qué consiste el valor de un *Cancionero*-recogido en ferias y *desfollos*, de labios de mozos, jornaleras ó marineros; un *Cancionero* donde la copla tradicional conservada y transmitida de boca á boca por innumerables generaciones, se codea con la acabada de im-

provisar por la cantadora que repica el *pandero* en la fiesta del patrón, ó corre la *regueifa*; ó lo que es peor, con la estrofa que ayer entonaban los pilluelos coruñeses para solemnizar algún acontecimiento recientísimo—por ejemplo, la inauguración de la vía férrea—y calcúlese cuántas de esas coplillas destinadas á morir ó á perderse en plazo fatal si no lo evitase la diligencia del colector, han de ser por necesidad flojas, insulsas y hasta faltas de sentido en apariencia. Homero tenía la mala costumbre de echar un sueñecillo de cuando en cuando: ¿por qué le ha de estar vedado el mismo desahogo al pueblo, ese poeta tan grandioso en la epopeya, tan sentido en la poesía lírica, tan inimitable á veces?

Quisiera yo ver á los que hacen ascos á las coplas populares en el compromiso de escribir una docena de *cantares* sencillos, pero donde rebosase el sentimiento. Comprenderían entonces cuanto más fácil es rimar hinchadas silvas y empalagosas décimas, que imitar la rapidez, la concisión, la energía, la espontaneidad de la copla popular, su belleza característica y propia, cuando la posee, que es harto á menudo.

Esa gracia maliciosa, picaresca, tan ingenua que tiene algo de sagrado y conmueve como la frase articulada por el niño; esa libertad de lenguaje que á fuerza de ser franca no lastima

nunca nuestro gusto, por refinado y exigente que nos lo haya dado Dios; esa inconsutilidad del pensamiento que brota de una vez, como impetuoso chorro de agua viva, y parece remontarse hasta tocar al cielo ó descender á herir las más delicadas fibras del corazón, sin estudio, sin cálculo, con sublimidad y ternura no aprendidas, son cualidades (yaya con paz de los rimadores de oficio) comunes al pueblo y á los verdaderos poetas, pero que quizás posee aquél en grado más eminente todavía. La copla popular que es buena, es un diamante, no en bruto, sino con todas sus facetas y luces. No creo que el más inspirado vate pueda encerrar en límites tan estrechos, concentrar en tan breves gotas la esencia de la poesía, como sabe hacerlo el pueblo en algunas ocasiones. ¿Qué tacha poner, verbigracia, á estos cantares amorosos:

A luna vai encuberta,  
á min pouco se me dá;  
á luna qu'á min m'alumbra  
dentro d'o meu peito está.

Cinco sentidos che temos  
todol-os necesitamos  
todol-os cinco perdemos  
en canto nos namoramos.

Eu non sei o que me deches  
que non te podo olvidar;  
de día n'o pensamento  
e de noite n'o soñar.

Esta noite me levaron  
á parolar c'unha nena;  
meu corazón vai chorando  
por ser a noite pequena.

Dame d'a pera que comes,  
d'a mazán un anaquiño,  
de tua boquiña unha fala,  
d'o corazón un cariño.

O meu corazón che mando  
c'unha chave para o abrir;  
nin eu teño máis que darche  
nin ti máis que me pedir.

Ti d'un lado y eu d'o outro  
témol-o río n'o medio;  
ipásame n'o corazón  
qu'eu te levarei n'o peito!

De requiebros y ternezas amorosas se podría escoger un ramillete que no tuviese nada que envidiar al recogido en provincias más fértiles en flores galantes, según fama común: Andalucía, por ejemplo. El Sr. Machado y Álvarez, que al final del primer tomo del *Cancionero popular gallego* ha estudiado algunas concordancias entre los cantares gallegos y los meridionales, opina que si á veces una copla popular amorosa gallega puede ser mera traducción de otra castellana, también podría darse el caso contrario, teniendo todo ello fácil explicación por la costumbre de los gallegos de emigrar á Cádiz y otros puntos de la costa andaluza en busca de trabajo. Y creo que aun entre el género de coplas en que son más frecuentes tales coincidencias, á saber,

en las de asunto amoroso, se distinguen bien las de origen genuinamente gallego, porque exhalan el olor de la tierra, tienen una ternura más insinuante, más femenil: en las andaluzas, que probablemente habrán sido compuestas por varones, domina más la fantasía, y hay un reflejo de galantería árabe: abunda el piropo, la comparación lisonjera, el rendimiento caballeresco: en las gallegas, de las cuales buena parte debe de ser obra de hembras, de poetisas que cargan el carro de tojo y *sachan* el maíz, prepondera la queja, el arrullo blando, la nota íntima y sincera, salida del corazón: á veces también asoma el instinto material, la brutalidad del amor labriego. ¿Quién puede dudar de la procedencia de ésta—no contada entre las amorosas, pero que debería estarlo, en mi entender?

A perdís por antr'os toxos  
de todas las herbas come;  
o caniño d'unha moza  
mantén tres días á un home.

Indicio evidente para conocer las que sin vacilación pueden incluirse en un *Cancionero popular gallego*—cuando llegue la ocasión y estén la crítica folk-lórica y la demografía suficientemente adelantadas para deslindar bien los campos y dar á cada provincia lo que de derecho le corresponda—ha de ser, y esta idea la apunta con acierto Machado, el sentimiento de la naturaleza y las comparaciones y frases que dicta y

que forzosamente se han de diferenciar muchísimo de las de otras regiones españolas. He aquí un ejemplo de copla amorosa, cuyo carácter regional salta á los ojos:

Delgadiña d'a cintura  
com'a palla d'o centeo;  
chégate á min, delgadiña,  
que non teño outro remedio.

Aquí, además de la comparación típica con la paja del centeno, se advierte uno de los recursos más frecuentes y más felices del dialecto gallego: la cariñosa repetición del adjetivo sustantivado, la invocación amante que tan oportunamente usó Rosalía Castro en una de sus más bellas poesías:

Meiguiño meiguiño meigo,  
meigo que me namorache....

Estas caídas predilectas del lenguaje popular pueden servir de guía para no tomar por castellana una copla de origen gallego; también enseñan mucho las formas métricas, pues las coplas en terceto, verbigracia, llevan la marca indeleble de nuestra región. Pero en muchas coplas basta para rastrear el origen algo más sutil, algo psíquico, que sólo puede pertenecer á Galicia: el lirismo peculiar de este suelo, que va envuelto con la burla, con la chuscada seria y profunda propia del Norte. Mientras en las coplas populares de otros países el que canta se alaba ó se compadece á sí propio, en las gallegas, al menos

en buena parte de ellas, el autor se satiriza con la más implacable jocosidad.

Funm' á casar á montaña  
qu'e terra d'os maragatos;  
déronm' unha muller vella,  
toda roída d'os ratos.

Estas viejas, que contraen nupcias en estado tal de deterioro, son de los personajes cómicos favoritos de la imaginación popular gallega. En todos los países la mujer vieja, infeliz despojo de la humanidad, ha sido más ó menos maltratada y aborrecida del populacho y de la gente rústica, y Gustavo Becquer refiere, con dramática fuerza y colorido fascinador, la muerte de la bruja acuchillada y despeñada por los salvajes mozos aldeanos. En Galicia no parece sino que el pueblo quiso vengarse del supersticioso miedo que le inspiran el mal de ojo, los *meigallos* y otras picardías atribuidas á las viejas, dibujando con donaire singular la caricatura de la estantigua que casi con un siglo áuestas ansía probar las amorosas emociones. Tan pronto está la vieja roída por las ratas, como se deshace, de puro apolillada, en el tálamo nupcial; ya aparece su grotesca silueta en actitud de levantar las manos al cielo porque le tratan las bodas; ya la vemos llorando un año entero porque el *pote* le echó fuera las *papas* que hacía, ó poniendo en una criba las mismas papas y la criba sobre la cabeza, ya dejando caer en el pote

un ratón en vez de un pescado; ya soltando, de tan vieja, el pellejo, del cual su marido se propone hacer un pandero con que correr el *antroido*, las fiestas carnavalescas, sin duda para olvidar, divirtiéndose con las muchachas, la sujeción que le imponía el vejestorio; ya otra copla nos dice que en una casa están de sobra la vieja y el candil, porque la vieja no hace sino gruñir y el candil consumir grasa; ya la imaginación popular va todavía más lejos, y el galán de la famosa vieja nos refiere detalles que casi nos producen el mismo efecto que á él:

Aquela vella—co-a que eu durmo  
nin tén tripas—nin tén bandullo  
nin tén faldra—n'a camisa:  
¡ai! non me podó—tér co-a risa.

Pero la escena más cómica de cuantas conceden papel de protagonista á la vieja inevitable, es la que cuenta detenidamente otra *muñeira*, de un buen humor y una animación bufonesca irresistible; la que empieza

Ela quer que lle faga uns zapatos.....

y que es imposible citar por sus dimensiones. Yo no sé si me equivoqué al considerar que en esta especie de epopeya burlesca de la *vieja*, de la cual son fragmentos dispersos las coplas y *muñeiras* indicadas, con otras muchas más que verá quien tenga el buen gusto de leer despacio y con interés el *Cancionero popular gallego*, es

rasgo característico de esta tierra, donde la poesía brilla como reflejo humorístico de los propios supersticiosos miedos y de los dolores y privaciones de la vida aldeana. Porque bien mirado hay condición más triste, más verdaderamente dolorosa, que la de la mujer anciana en nuestras aldeas? El labrador viejo luce el acopio de su experiencia, la autoridad lograda en la familia, el vigor adquirido en la larga práctica de las faenas agrícolas: así es que la musa popular apenas se ensaña con él: dos ó tres alusiones picantes á las dificultades que encuentra el viejo novio para encaramarse al tálamo la noche de bodas, es cuanto le toca de sátira en todo el *Cancionero*. Pero ¡la vieja! La vieja, en otro tiempo, fué virgen, fué esposa, fué madre; su organismo se gastó y se acabó en los trabajos de la maternidad y de la lactancia unidos á las rudas tareas de dueña de casa y labradora: ahora ya no tiene atractivos femeniles, ni casi figura humana; es un tronco de árbol, un haz de raíces, unas carnes momificadas y denegridas, que curtió el sol y, como dice la copla, oscureció el polvo de la era; sus pechos están flojos y agotados, su cabeza temblona, sus manos parecen sarmientos secos por la invernada.... ¿Qué le resta? Acurrúcase junto al fuego, estorbosa é inútil, como mastín que perdió los colmillos, pelado ya por la senectud. El labriego no estima (y de ello

hay en el *Cancionero* numerosas pruebas) sino á la mujer joven, fresca, y que puede ser fecunda: discípulo de la naturaleza, sólo aprecia al individuo en cuanto concurre á la propagación de la especie: claro que esta idea no la define, pero se guía por ella, y su reflejo se ve en las coplas amorosas: todas encarecen á la *rapasa*, á la *neña bonita*, á la moza, en fin, que atraviesa el corto verano amoroso concedido á la gente labradora. Es un verano más breve que el polar: la belleza de la campesina se marchita rápidamente, en su dura vida: para ella no existe segunda juventud, la edad en que la mujer alcanza pleno desarrollo físico y afectivo: así es que el poeta anónimo que compuso las coplas amorosas del *Cancionero*, habla siempre de las *neñas* y ni aun sospecha que al marchitarse la frescura de los primeros años pueda ser la mujer pretendida y requerida. De aquí toma el *Cancionero* un elemento de moralidad, revelando lo que puede notar cualquiera que observe de cerca á la gente campesina: y es que cumple el programa señalado por Rousseau á los pueblos que han de preciar-se de buenas costumbres: las solteras son libres, fieles las casadas. Apenas se encuentra en el *Cancionero* alguna que otra alusión al rompimiento de la fe conyugal; y la más clara va seguida de amargo reproche dirigido por el mismo amante:

Para que me das o sí,  
treidora, sendo casada;  
para que me das o sí  
non che valendo de nada.

En efecto, todos sabemos que en nuestros campos el desliz de la moza soltera es moneda corriente y se le atribuye escasisima importancia, mientras escasean bastante los casos de adulterio. Hay más. Diríase que una idea, procedente tal vez de las antiguas creencias panteístas y naturalistas que tan hondas raíces dejaron en el corazón y en el entendimiento de los gallegos; una idea hermana acaso en su origen de la preocupación que hace considerar aquí en la Mariña sacrilegio y profanación horrible el enturbiar una fuente, existe en el cerebro del aldeano respecto a la virginidad: idea absolutamente contraria a la que entre las clases superiores ha ido aclimatando el cristianismo. El labriego anticipándose sin saberlo al modo de pensar de un flamante sociólogo francés — así mila la virginidad de la mujer a la esterilidad de la tierra. En esta región, tan necesitada de brazos por los muchos que le roban la emigración y las quintas, la prole es la riqueza del colono, su esperanza, su ayuda. El padre campesino ve con tranquilidad lo que sería mortal afrenta y deshonor cruelísima para el ciudadano, y deja crecer gustoso bajo su techo los nietezuelos sin padre legal. El mozo casadero no pone tacha a

la moza que ya ha sido madre dos ó tres veces, y hasta se dan casos de que la probada fecundidad sea recomendación y garantía para lo futuro. Excepciones hay, sin embargo, a esta regla, y en el mismo *Cancionero* podemos encontrar alguna copla severísima acerca de la honra de la soltera. Yo no sé explicar este contraste, que existe y que nadie ignora, sino imaginando que en la oscura conciencia del labriego batallan las ideas religiosas tradicionales, los viejos paganismos mamados con la leche y respirados con el aire, y las enseñanzas evangélicas, que acaso por su misma elevación y austeridad penetran difícilmente en su alma.

Podría también dar alguna luz y confirmar esta apreciación el advertir en el mismo *Cancionero* que al lado del tipo grotesco de la *vieja*, hay otro casi tan maltratado por la musa popular: el del *clérigo*. El *crego* posee sección especial en el *Cancionero*, y la risa que le fustiga y muerde en tanto cantar soez es más acerba, más mofadora que la suscitada por las flaquezas póstumas de la vejezuela.

O crego foi ó muíño  
e cayeu d'a ponte en baixo:  
acodide ó crego, nenas,  
que vai pol-o río abaixo.

Esta cantiga es de las más decorosas y blandas entre las innumerables que inspira el clérigo:

¡cuántas cosas revela, no obstante! ¡Qué elocuente y clara vemos la ironía del poeta popular, desahogando en un minuto de inspiración satírica la envidia y los celos condensados en su corazón! El mozo improvisador se representa al clérigo yendo al molino— todos saben á qué suele ir la gente moza á los molinos por acá— y fantasea el gustazo que sería empujarle y que cayese desde la puente al río. Él se cruzaría de brazos y le dejaría á merced de la corriente, pero para acibarar más el sarcasmo, llamaría á las *nenas* diciéndolas que acudan á su favorito. Porque ahí está el secreto de la copla. El mozo aborrece al clérigo recién venido del seminario, que con su alzacuello limpio, sus manos blancas y suaves, su autoridad de persona educada y de señor moral de la parroquia, se lleva los ojos y el corazón de las muchachas, inconscientemente sacrílegas y dispuestas, —merced á la fascinación que ejerce sobre la mujer el hombre perteneciente á una clase superior— á desairar por él á los más majos y quimeristas galanes. Y no bastándole la venganza del río, al encelado poeta, aun busca otro dardo en su careax y lo arroja con mano sañuda:

O crego d'a miña aldea  
traí a levita rachada,  
que ll'a racharon as nenas  
un día n-a foliada.

Á veces, cuando el mozo pide celos, la mu-

chacha enamorada coje el pandero y le satisface contestando:

O cura chamoume rosa,  
eu tamén lle respondín:  
d'estas rosas, señor cura,  
no-n-as hai n-o seu xardín.

Pero las coplas más crueles, donde la irreverencia instintiva del pueblo se explaya, son otras, que no todas han encontrado cabida en el *Cancionero*, y glosan con sangrienta burla la intimidad del *crego* y del ama—una de esas facecias vinculadas ya al fondo común del humorismo popular.—¿Por qué motivo, después de la vieja, ha de ser el clérigo el personaje comentado y puesto en solfa en las canciones aldeanas? Yo no llegaré á sostener que todos los párrocos rurales son perfectos, ni mucho menos; pero afirmo sin temor de que nadie me desmienta con pruebas, que entre el clero parroquial hay muchas excelentes personas, y que, aun sin ser modelos de pureza y unción evangélica, abundan los clérigos bondadosos, serviciales para sus feligreses, que tienen disponible el duro prestado sin réditos, el pedazo de unto para el caldo, el grano para la sementera, el consejo prudente, la buena enseñanza. Si el pueblo reservase el látigo satírico para los que lo explotan, desangran y oprimen, habría cantares para rato sobre caciques, secretarios, alcaldes de monterilla y procuradores endiablados.

ese olor de tierra removida que me cautiva en Valentín Lamas: Losada ve bien con los ojos al aldeano, le pinta como colorista perfecto, lo comenta con chuscada y picardía incomparables, pero tiene siempre el alma urbana, culta, del hombre que ha corrido países, galanteado damas, alternado en sociedad y hecho en suma la vida artificial del ser muy civilizado. Valentín Lamas cala más hondo, cuando acierta á calar, en lo íntimo del labriego. No importa: ello es que Losada, contando cosas de aldea, derrama salés y es capaz de hacer reír á un difunto.

¿Quién como él para esbozar el *oaristis* del atrevido mozo y de la *nena* más ó menos inocente y cándida? El idilio es fresco como el agua de la *cunca* que el galán pide á la doncella. ¿Qué más donoso paso que el de *Boa feira*? Hay que leerlo, y leerlo en dialecto, para apreciar lo acabado de tan primoroso cuadrito de género: citar sería mutilarlo, y contar la historia no da idea de su atractivo. Una observación de pasada. Los gallegos, que yo sepa, no gozan fama de graciosos, antes se les tiene en general por apagados y rudos; y sin embargo, á mí se me figura que es la nuestra una de las razas peninsulares que poseen más intuición de lo cómico y más aptitud hasta para la hipérbole jocosa, según notaré al hablar del *Cancionero popular*, coleccionado por el Sr. Ballesteros. Lo

que falta al gallego es eso que suele entenderse por *chispa*, y que en efecto se asemeja á chisporroteo superficial, la viveza de pájaro y la ligereza de sangre que distinguen al hombre del Mediodía: el gallego rumia lentamente la burla, y la suelta cuando ya está bien mascada, con aparente sencillez é inocencia, que redoblan su efecto.

Saturadas de malicia ingenua y de solapada ironía, bien traducen algunas poesías de *Soazes* el carácter del país; é interpretan con no menor fidelidad el sentir labriego otras donde, sin meterse con Dios ni con los santos de la corte celestial, de soslayo y como quien no quiere la cosa, se satirizan prácticas é instituciones de la Iglesia; todo ello mezclando la humildad y la mofa, con sonrisa del viejo *patrucio* ladino que se rasca la oreja antes de contar, con mil circunloquios, escandaloso cuento. Á esta clase pertenecen *¡Quen fora fradel* y *A feira n'oadral*. Por cierto que el abuso consuetudinario censurado en esta última, tiene para mí más de curiosa é interesante práctica, que de grave delito. La mayor parte de las cosas en el mundo son buenas ó malas, según el modo, tiempo y lugar, y lo que no escandaliza en Madrid puede ser pecado gordo, para el sentir general, en una capital de provincia, y viceversa: acciones sencillas é indiferentes entre labriegos, se pasarían de feas é indecorosas entre gente urbana. Si la

requisitos indispensables para la boda: la hormiga da el pan, el mosquito sale por detrás del lagar ofreciendo vino, el gallo se brinda á oficiar de gaitero, y el gato de tamborilero: el ratón y la rata, asomándose fuera de su agujerito, se disponen á servir de padrinos: pero la alegría general se convierte en duelo, y la boda de los insectos no se verifica, porque el tamborilero atrapa al padrino y se apresta á merendarlo!

Humildes héroes son los de este gracioso poema, mas no olvidemos que Homero no se desdeñó de cantar la lid de las ranas y los ratones, y si se nos ocurre protestar, con la delicadeza de nuestros sentidos para quienes es repugnante hasta el nombre de los novios, recordemos que siempre han tenido carta de naturaleza en la poesía, y pensemos en ciertas muestras de cariño que, según el antiguo romance, prodigaba la Cava nada menos que al rey don Rodrigo. El pueblo se ríe de enemigos que no logra exterminar, y canta sus parásitos, las desazones de su epidermis, con el mismo énfasis con que un poeta culto de los antes llamados *subjetivos* referiría, entre dolorido y escéptico, el hastío que le entenebrece el corazón.

Yo no sé si á mucha gente de Galicia le sucederá lo que á mí recorriendo este *Cancionero*: evocar toda la vida del pueblo, en su integridad, en su riqueza de sentimientos y de ideas,

en su círculo limitado, pero lleno de color y de realidad, que hace del libro un tesoro para el Folk-lore general, y un archivo de preciosos *documentos humanos* sobre una raza de gran originalidad psíquica. Si no se impusiese la necesidad de limitar las proporciones de este estudio, confieso que cedería gustosa á la tentación de ver reflejadas en el caprichoso riachuelo de la poesía popular toda la naturaleza y toda la fisonomía de mi tierra,—sus ideas científicas, su total concepto de la vida, del mundo, su curioso dualismo en religión, sus especiales aptitudes estéticas que, como las del pueblo ruso, aunque menos acentuadas acaso por razón de la mayor benignidad del clima, pueden referirse sobre todo á dos direcciones: melancolía y sátira.—Me agradaría ir eligiendo, entre las poesías que encierran estos tres tomos, las que en mi opinión tienen remotísimo origen y pertenecen al fondo tradicional donde se funden creencias y mitos traídos de lueñas tierras por las razas emigrantes, y también me agradaría poner de relieve en alguna de esas coplas la concisión admirable, que he juzgado cualidad superior de la inspiración popular, en la cual vence al poeta culto; y no sólo en el sentimiento, sino en el pensamiento reflexivo, citando para muestra una coplilla que encierra en su reducido espacio la famosa teoría de la *circulación de la*

vida que expuso en grueso librote el sabio Moleschott.

Eu pidoll'o leite á vaca,  
A vaca pidem'a herba;  
Herbiña lle pido ó prado,  
E o prado pídem'e rega.

Ó en término no menos breve, encerrada una de las fábulas más célebres de Lafontaine, *La cigale et la fourmi*, resumen de la previsión rural:

Miña comadre formiga,  
Veño á que me preste pan.  
— Meu compadre escarabello,  
Travalleino po-lo vran.

Pero si este detallado análisis, que el *Cancionero* merece de veras, no puede haber aquí y reclama algún aparato de erudición y un detenimiento concienzudo, por lo menos no quiero dejar en el tintero la observación de que si las coplas ofrecen más de una deliciosa sorpresa al que las repasa, todavía es mayor el encanto de varias *muñeiras*, *diálogos* y *enchoyadas*, donde en campo más vasto, con más amplitud y holgura, se derrama la sal del ingenio labriego, tan sabrosa para nuestro paladar. Cuéntanse entre éstas, verdaderos poemitas, á los cuales presta singular animación el ritmo, que es todo él un salto, un arrullo, una especie de armoniosa cajada semejante al repique del pandero ó al sonoro choque de las *postizas*; y hay alguno tan poético y suave, que á no ser por ciertos deta-

lles característicos, se creería obra de un poeta culto: por ejemplo, aquél que empieza:

Has de cantar—á veira d'o río  
ó son d'as oliñas—de campo frorido....

Alguien ha dicho que en la poesía popular, lo del pueblo no es bueno y lo bueno no es del pueblo. Para justificar esta opinión convendría ponerse de acuerdo acerca de lo que se llama *pueblo*. Así como sucede que en los antiguos *Cancioneros* que encierran poesías de poetas eruditos se cuenta entre estos poetas á algunos procedentes de las clases más bajas, sin que por eso sus versos puedan calificarse de populares, tampoco es imposible que un poeta perteneciente á las clases acomodadas y distinguidas de la sociedad, llegue por exquisita intuición estética, á impregnarse del sentimiento del pueblo y á producir algo que se confunda con lo que el pueblo elabora. Así por ejemplo, entre nosotros, Rosalía Castro, al parafrasear los cantos populares. Mas dejando aparte estas circunstancias, siempre accidentales, yo opino, después de leer este *Cancionero* y de reflexionar en cómo ha sido recogido, que no se puede negar razonablemente la elaboración poética propia del pueblo. En las fiestas patronales, en las animadas *deshojas*, en los paliques y en los diálogos de pullas y desafíos que de un extremo á otro de la era se cruzan y que es fácil presenciar con

poco que se viva en el campo, puede el más escéptico asistir al nacimiento de esa poesía rústica y tosca como el pan de maíz, como él de grato sabor á veces. Juzgo que no sólo el pueblo elabora poesías, sino que de él proceden los elementos que más tarde ha de utilizar el excelso artista en cuya fantasía se concentre la luz de la inspiración. Si no pudiésemos asistir hoy á la formación de las islas madreporicas ¿creeríamos que ese diminuto organismo era capaz de alzar la mole de un vasto continente? Cuando ya está alzado, propendemos á imaginar que existió así desde el comienzo de los siglos. Es menester que demos de mano á esa preocupación. Los elementos, las nociones primeras del arte, lo mismo que de la filosofía y de la ciencia, están en el pueblo, entendiéndolo por pueblo sobre todo la gente campesina, próxima á la naturaleza reveladora, en quien no ha ejercido su efecto desastroso y desflorador la media cultura, la instrucción barata, la lectura de periódicos y las ideas y los raciocinios manoseados de café, teatrillo, casino y figón. Un paisano de cerebro fresco, ó un *burgués* de cerebro afinado; esto es el poeta popular ó el poeta culto: no cabe término medio, y el artesano ó el obrero—si no pasan de tales—son radicalmente incapaces de suministrar elementos de poesía.

Mi amigo Ballesteros, que para honra del

Folk-lore gallego y en general del español ha recogido y ordenado el *Cancionero popular*, no se forja la ilusión de haber agotado el tesoro de donde tomó á manos llenas. El *Cancionero popular gallego* es obra que no puede considerarse llevada á término sin presunción é ignorancia, achaques de que no padece el laborioso cuanto modesto colector. De sobra sabe que el pueblo tiene derecho para responder al que imagine que le deja ya exprimido como un limón.

Anque botes e rebotes  
E volvas á rebotar,  
Inda teño un saco cheo  
Outro por encomenzar.

Hablando precisamente de esta infinita riqueza del caudal poético, me dijo nuestro compañero de Folk-lore, Francisco de la Iglesia, el infatigable coleccionista de vocablos gallegos, que él poseía sobre unas mil cantigas diferentes de las contenidas en el *Cancionero*, y también algunas curiosidades, entre las cuales me citó un *mayo* en extremo notable, que parece compuesto cuando Isabel la Católica consumió definitivamente la reconquista. Pues aun sin acudir á ese depósito, que Francisco de la Iglesia debe publicar prestando así nuevos servicios á la filología y á la demografía galaica, Ballesteros podrá tal vez hoy añadir un cuarto tomo, tan nutrido como los precedentes. Pero no es el único mé-

rito que puede contraerse el de la cantidad, y el colector del *Cancionero* ha ganado otros muchos, en la ordenada clasificación, en las discretas notas de carácter gramatical, lexicográfico y topográfico, tan breves como claras y útiles, que enriquecen su obra. Creo que ésta, como la mayor parte de las de su mismo género, será más estimada por algunos sabios extranjeros que por el público español: pero al menos los que nacimos en esta tierra, ¿cómo no hemos de respirar con placer inexplicable el aroma de ese mazo de amapolas, menta, castaño en flor, helecho, hinojo, áspera retama y fresca manzanilla..... ¡el ambiente de nuestros prados y nuestros montes!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### FEIJOO Y SU SIGLO

*Discurso presidencial leído en el Certamen literario que para solemnizar la erección de la estatua de Feijóo ha celebrado la ciudad de Orense, el día 10 de Septiembre de 1887.*

en fin, por su mismo exceso, la ayuda declarada que dispensaron á Feijóo.

En el carácter batallador que hubo de revestir la empresa del sabio monje, yo distingo la señal del esfuerzo con que las aspiraciones nuevas, patrimonio de los menos, tratan de abrirse calle é imponerse venciendo la obstinada resistencia ó la indolente rutina de los más. ¿Es mucho que Feijóo llegase á ser un oráculo, en aquellos últimos días del siglo xviii y principios de éste, en que pareció que íbamos á olvidar hasta la lengua? ¿Acaso no se justifica ese respeto que llegó á inspirar universalmente el desfacedor de errores comunes, teniendo en cuenta la magnitud de sus servicios y viendo como *derramó á raudales la verdad* sobre el suelo hispano?

Al despuntar el Renacimiento, España había impuesto su cultura á Europa; pero distraída en colosales empresas, en luchas titánicas donde al fin le hizo traición la fortuna, se halló impensadamente relegada á segundo término, é influida á su vez por otras naciones. Estoy conforme en que no debe atribuirse únicamente á la dinastía de Borbón la invasión del gusto francés en España, de las modas y costumbres traspirenaicas en la sociedad, del galicismo en la lengua; sino á que Francia se nos había adelantado y ejercía señorío, no solamente sobre nosotros, sino sobre Europa en general, con la corrección

y esmerada policía de sus letras, con la superioridad de su organismo militar y administrativo, con el espíritu revolucionario de la enciclopedia, que no puedo elogiar en conjunto, pero cuya fuerza renovadora no es dable desconocer. Si Voltaire, inferior á Feijóo en toda materia racional y discursiva, conoció y defendió mucho antes la física newtoniana, fué por estar mejor situado que él en el teatro científico, donde los franceses eran espectadores de primera fila. La oleada intelectual empezaba á quebrarse en los Pirineos, y á detener allí su marcha, dejando pasar únicamente espumarajos y gotas.

Paréceme—en este momento de la vida nacional, desde fines del xvii—que toma España la figura de aquel D. Miguel de Mañara, *que vió su propio entierro*. Como los brillantes burladores y pendencieros del Renacimiento, inmortalizados por la musa, España había corrido todo linaje de aventuras, derrochando sus fuerzas juveniles, mezclando la teología con la guerra y el amor profano con la pura llama del misticismo; había derramado con pródiga mano, oro y sangre, civilización y verdad; se había arrojado por riscos y despeñaderos, surcado los mares ignotos y salvado las cordilleras inaccesibles; y finalmente, después de ver á la amarillenta luz de los cirios que alumbraban el cuerpo muerto del *Hechizado*, pasar, mejor que el del triste mo-

marca, su propio cadáver.—cadáver de titán que no cabía en un solo hemisferio del mundo,—se había recogido silenciosamente á la celda, donde la esperaban, en vez de movimiento y acción, la erudición apacible y la curiosidad científica. El siglo xviii es un erudito, un erudito viejo y fatigado.

Hay una región de la Península ibérica que, desde el siglo xv en adelante, por circunstancias políticas y por el estancamiento de su habla, apenas dió contingente á las letras españolas. En el torrente inmenso del Teatro; en la floresta de la poesía lírica; en la caudalosa vena de la historia y en la copa de néctar de la literatura mística y ascética, rara vez se encuentra una arena de oro del Sil, una gota de miel libada por abejas de nuestros valles gallegos.

Si apoyándonos en la identidad de raza nos apropiásemos el elemento lusitano, podríamos envanecernos con haber suministrado á la Península el único poeta épico digno de este nombre, en Luis de Camoens; y si ateniéndose á presunciones insuficientemente fundadas reclamásemos para Galicia la oriundez de Gómez Pereira, nos sería lícito ufanarnos de dar maestro y predecesor á Descartes y Reid, cuyas doctrinas están desde el siglo xvi expuestas en la *Antoniana Margarita*. Mas es tan problemático que nos pertenezcan estos servicios eminentes á

la literatura y la filosofía universal, que no conviene alardear de ellos y es preferible la sincera confesión de nuestra inercia en el período glorioso del Renacimiento.

Reservado nos estaba brillante desquite en el siglo xviii. ¡Cosa singular! Esta tierra de trovadores, encarnada en Macías que murió, más que á hierro de lanza, á saeta de amoroso frenesí; esta tierra donde la eglantina de la lírica provenzal floreció como en su territorio nativo, había de salir nuevamente á la escena y rehabilitarse, después de dos siglos, con el campeón del prosaísmo y la cultura racional, con el Padre Feijóo, aquél que merece dar nombre á la décima octava centuria, de tan adecuada manera la simboliza. Y sin embargo, las dotes intelectuales de Feijóo están marcadas con el sello de su país. Era el gallego sagaz, sesudo y tesonudo, que contesta á una pregunta con otra para tomarse tiempo de reflexionar, que ama la investigación por la investigación, que gusta de saber los por qués de todo, que refrena el vuelo de la imaginación y la credulidad supersticiosa con el buen sentido innato, y que lleva en su equilibrado temperamento las aptitudes necesarias para imponer á una nación fogosa, pero razonadora y aguda, el criticismo, la independencia y la cordura científica. Tales cualidades han ido depositándose en la ruda progenie cántabra co-

mo las petrificaciones de estalactitas en la gruta, lentamente, por la acción del tiempo; y nadie las manifiesta en nuestra historia literaria como Feijóo. De las dos inclinaciones ó humores dominantes en la raza española que reconoce Masden, la melancolía y la cólera, de donde resultan los caracteres del ingenio ibérico, el juicio profundo y la agudeza sublime, ¿quién no vé que en el Noroeste predomina la primera? La melancolía, tan serena y apacible que puede engañar á los profanos y parecer alegre firmeza, domina en los escritos y la complexión de Feijóo. Suspicaz, serio, juicioso, á pesar de sus fogosos arranques, era el sabio benedictino, y quizás en él estarían pensando los diaristas de Trevoux cuando proclamaban que la solidez era la condición principal del ingenio hispano. Ni Feijóo emprendiendo su campaña contra los endriagos y vestiglos del pensamiento, que él llamaba *errores comunes*, ni Gómez Pereira probando *en la piedra de toque de la experiencia* las opiniones filosóficas de su época para poder rechazarlas, desmienten la índole de una raza que no se fia sino de sí misma, que tiene más dócil el cuerpo que el espíritu, y á quien es más fácil dominar que convencer.

Ni al vuelo trazaré la biografía del varón insigne que representa á nuestra tierra en los anales de la cultura española. Feijóo en realidad

carece de biografía: es su vida la vida de un cerebro y no más. ¿Á qué decir dónde nació? ¿No lo saben aquí todos? ¿Hay alguien que no haya ido en peregrinación á Meliás la del griego nombre, á contemplar como el río Miño, el aura leda y el viento loco van besando lentamente —según la frase del dulce poeta conterráneo— los muros de la casita en que vió la luz primera el gran pensador? ¿Quién no ha visto, laténdole el corazón de alegría, el viejo blasón de los Feijóos y Montenegros lucir sobre la puerta, y debajo de él otro más ilustre, el letrero que dice que allí nació nuestro gran polígrafo? ¿Qué incidentes externos caben en la vida del que vistió á los catorce años la cogulla de San Benito, la Orden de los sabios rebuscadores é infatigables? Así como á otras religiones se iba en demanda de retiro y penitencia tras de azarosa vida y dramáticos infortunios, San Benito era el rincón apacible donde se refugiaban, antes de haber vivido, los que la naturaleza inclinaba desde el nacer al estudio y la contemplación. De éstos era Feijóo, á quien su familia, contra la inveterada costumbre de no enseñar ni el abecedario á los mayorazgos, instruyó desde la puericia en las letras humanas. Al abrigo de su celda, puesto en ocasión de dar vado á sus gustos, Feijóo encerró su larga vida de ochenta y pico de años entre cuatro paredes y

algunos millares de libros. Honores, cargos, pranza en Palacio, influencia política, dignidades eclesiásticas, todo le acechaba á la puerta de su retiro, pero él no cruzó el umbral. No que fuese insensible á la fama y el ruido que hacían sus escritos, al aprecio que obtenían dentro y fuera del reino: lejos de eso, elogios y críticas le llegaban muy á lo vivo, si bien la satisfacción de sí propio de que se le acusa me parece convenimiento del importante oficio que desempeñaban sus obras y conciencia del bajo nivel intelectual del vulgo; así como el que ve á muy larga distancia se impacienta contra el miope que va derecho y descuidado á batir contra una pared. Al tono de superioridad que sólo empleó en contadas ocasiones, va unida siempre una extrema sencillez y una sinceridad tan probada, que en la Orden benedictina andaba á modo de proverbio en boca de muchos esta frase: «El Padre Feijóo nunca miente.» Y en la aprobación que puso Fray Gregorio de Moreyras—gallego sin duda por el apellido—al frente de la *Justa repulsa de inicuas acusaciones* en que Feijóo replica al Cronista general de la Orden Seráfica, Padre Soto Marne, se lee el siguiente párrafo: —«Y porque la ocasión se viene rodada para decir lo que siento en esta materia, á todo el mundo testifico, después del continuo trato que por espacio de quince años he tenido con el

Reverendísimo Feijóo, que hasta ahora no he visto, ni dentro ni fuera de mi religión, hombre más sincero, más abierto, más cándido, ni más declarado enemigo de todo fraude, dolo, ficción ó embuste.»

De la inocencia y pureza de costumbres del que tan temprano renunció al mundo, dan testimonio unánime cuantos le conocieron; y con tener Feijóo ánimo muy libre, despreocupado y exento de escrúpulos y mojigaterías, nadie encontró en su vida ni en sus obras descuido alguno contra los austeros deberes de la vida monástica, ni aseglaramiento de ninguna clase. En cuanto á su ortodoxia, ocioso sería pararse á vindicarla, después de la grandiosa oración fúnebre que acaba de resonar bajo las bóvedas de la catedral auriense. No contienen los escritos de Feijóo proposición que recta y caritativamente interpretada lastime en lo más mínimo la integridad del dogma. Feijóo es prueba clara de la amplitud que otorga al pensamiento el catolicismo, y del vasto campo que deja en las materias opinables—cuando no recortan este campo feroces intransigencias ó impertinentes melindres.—Y no es el sabio benedictino el único pensador español en quién admiramos la franqueza y arrojo. Otros de la misma centuria, ortodoxos como él, abrazaron opiniones filosóficas aun más atrevidas que las suyas.

Desde que van siendo mejor conocidos y juzgados Feijóo y Voltaire, ha perdido toda malicia y novedad el compararlos. Pocos paralelos literarios e intelectuales he visto menos fundados en analogías. Prescindamos de la radical diferencia que establece entre los dos el hecho de ser Feijóo, á la par que ciudadano libre de la república de las letras, cristiano viejo y probado, y Voltaire, á pesar de sus solaces eucarísticos en Ferney, tan propagandista del descreimiento, que digase lo que se quiera, y aunque esté de moda mirarle por encima del hombro y regatearle importancia, con las migajas de su mesa todavía vive y se mantiene la mitad más vulgar de los incrédulos contemporáneos. Fijémonos tan solo en las condiciones del talento de los dos. Voltaire es ante todo artista, maestro de la forma, narrador rápido, sobrio y primoroso, hombre lo que se llama de chispa, ó sea de ese *esprit* francés que salta y se derrama en doradas burbujas como el vino de Champaña, y como él no tiene alcohol ni cuerpo alguno. En Voltaire domina la picazón satírica, hasta degenerar en mueca; es el genio, más que de la ironía, como suele decirse, de la caricatura intelectual. ¿En qué se parece esta fisonomía que posee la gracia y la viveza del jímio al rostro serio y sincero de Feijóo? ¿En qué el proverbial y pedantesco desenfado de Voltaire en ma-

terias científicas, su erudición, más que á la violeta, al almizcle, su demoleadora trastienda, á la formal aunque enciclopédica ciencia de Feijóo, á su claro y firme entendimiento, á su intuición luminosa? Más acertado sería comparar á Feijóo con Bacon—no con el de Verulamio, el canciller famoso, al cual Feijóo profesaba admiración ilimitada—sino con un genio del claustro, que también preconizó el método experimental, pero desde el siglo XIII, que se adelantó á su época en multitud de opiniones y descubrimientos, un fraile portentoso, el inventor de la pólvora, Rogerio Bacon.

Era el Padre Feijóo, según noticias, de los que cultivaron su amistad, nada hurraño, antes muy tratable y comedido, de aspecto apacible, de estatura alta y bien dispuesta, de ojos cuya viveza denotaba la de su espíritu. Se explicaba de palabra, tan fácil, clara y felizmente como por escrito. Uno de sus Discursos prueba que en la vida de relación le regia la misma templanza que en la intelectual, pues en él abomina de la virtud bronca y torva, de la vejez agria y severa, de los que en la conversación y trato con sus semejantes no procuran hacerse agradables y amenos.

Aparte del estudio, la redacción de sus escritos y los deberes de su magisterio y estado, ocupaba á Feijóo la tarea de responder á las innu-

merables cartas que recibía á cada correo, faena que le robaba dos dias de la semana. Había llegado á ser, por voto general, doctor en todas las materias concedidas al humano discurso, y su enciclopédico saber era causa de que á veces le consultasen las cosas más extrañas, más ajenas al giro de sus estudios. Empezara á escribir tarde, cuando ya pasaba de los cincuenta, y al frisar en los sesenta, su robustez intelectual, conservada por la pureza de sus costumbres, estaba en la plenitud, pues aunque se quejaba de falta de memoria, no era achaque de la vejez, sino que nunca había tenido muy vigorosa esta potencia. Hacia el fin de sus años declinó su energía mental, pero no de modo extraordinario, atendida su edad avanzadísima. La muerte sorprendió al que todavía nombran algunos el *Voltaire español*, empeñado en arrancar del entendimiento humano las raíces de la incredulidad, en un tratado que dejó sin concluir, y donde, por más señas, se adelanta Feijóo á la novísima filosofía alemana y á Hartmann, sentando la doctrina de lo *incognoscible*, que él llamó, con frase muy semejante y no más eufónica, lo *inconcepcible*, alegando que el primer error fundamental de la incredulidad es confundir lo *inconcepcible* con lo *imposible*. El 25 de Marzo de 1764, aniversario del día en que Dios envió á su Hijo al mundo para enseñarnos la verdad, se

cerró la boca y se paralizó la lengua de Feijóo: aquella expresión limpia, fácil, expedita, y aun veloz de que se hallaba dotado, estuvo casi presa con los grillos del silencio hasta el 26 de Septiembre del mismo año, en que subió á mejor morada. Su último escrito, su última operación racional visible, fué un acto de fe.

Si ningún suceso extraño, ningún drama, como hoy se dice, encierra la vida de Feijóo, la verdadera agitación de esa existencia claustral está en la celebridad, luchas y triunfos de sus libros. Esos sí que no nacieron para huir del mundanal ruido, sino para alborotar y remover los espíritus, como si saliesen á la publica luz lanza en ristre y calada la visera, al toque de los clarines, en son de batalla. Y guerra, guerra sin cuartel les esperaba desde el punto en que pasaban de la prensa al siglo, húmeda aún la tinta de sus hojas. En las refriegas de impugnaciones y apologías provocadas por los escritos de Feijóo, se resume una muy gruesa parte del movimiento intelectual español en el siglo pasado, y allí donde picó la peñola del benedictino, allí afluyó el humor del pensamiento, allí se ejercitó la especulación, allí corrió la vida. Era habilidad especial de Feijóo interesar á las muchedumbres, porque nadie como él supo asociar á los profanos á cuestiones y problemas de estética, filosofía y hasta ciencias exactas, estimulando la cu-

riosidad con su animado estilo y modo de anunciar y defender las novedades, con su genio alborotador é iniciador.

¡Qué virulencia, qué saña en aquellas guerras de pluma! Hoy nos asombra, porque se han suavizado mucho las costumbres literarias, y nos volvemos almibar al discutir, y si alguno habla con más acritud y dureza, se le acusa de faltar á las conveniencias y de ser un grosero y un salvaje. El contemporáneo *Miguel de Escalada* pasaría plaza de amabilísimo diplomático, si le cotejásemos con los Islas, Hervás y Araújos. Baste decir que Araújo, por ejemplo, atacando á Feijóo, le trata nada menos que de *mal sacristán*, y que á su vez el *Tapabocas*, papel escrito en defensa de Feijóo, lo más blando que dice á Araújo es *espantajo* y *zoquete*. Era entonces sentimiento muy común el que expresa Hervás cuando entre un torrente de humor satírico encrespado, pujante y furioso, se desata contra uno de los principales impugnadores de Feijóo, exclamando por boca de Jorge Pitillas:

«Conozco que el fingir me aflige y daña,  
 «y así á lo blanco siempre llamé blanco,  
 «y á Mañer le llamé siempre alimaña.»

Á principios de Septiembre de 1726 salió á luz el tomo I del *Teatro crítico universal*; en la primavera del 28 el II, y en la del 29 el III; y, según noticias del Padre Sarmiento, en tan cor-

to espacio llovieron contra Feijóo más de cien de aquellos escritos anónimos ó seudónimos, en pliegos sueltos, á modo de romance de ciego, que el docto monje califica desdeñosamente de *papelones*. En la primavera del 29,—añade con desprecio—se encuadernaron algunos de aquellos papelones con el fin de que, mirados desde lejos, hiciesen perspectiva de libro. En Diciembre del 29 replica Feijóo publicando su *Ilustración apologética*, sin dar de mano al *Teatro crítico*, cuyo tomo IV sale á la palestra un año después. En 1732, cuando el Padre Sarmiento rompe lanzas por él, está en prensa el tomo V, y en preparación, como hoy diríamos, el VI. Los obstinados contradictores del *Teatro crítico*, llamados por Sarmiento *grajos* y *lechuzas*, no pudieron evitar que en tan corto plazo se reimprimiese cuatro veces el primer tomo, tres el segundo y tercero, y que la portería del convento de San Martín, donde se expendían, se encontrase asediada de compradores. Corría la gente á aquellos libros tan palpitantes de vida científica, tan llenos de frescura, con el sediento afán del que hace tiempo no bebe sino agua estancada.

Ya que he nombrado al Padre Sarmiento, me estaría mal no dedicarle algunos renglones. Hijo de la misma tierra y de la misma Orden religiosa que Feijóo, sentía por éste una admiración

y un respeto de que dió buena prueba defendiéndole á capa y espada, y añadiendo al caudal ya nada escaso de noticias que Feijóo atesoraba el suyo propio, que no era grano de anís. Con un poco más de viveza y espontaneidad que poseyese Sarmiento, no le hubiera sido difícil escribir el *Teatro crítico*. Pero carecía de las cualidades geniales de su amigo y maestro. Á pesar de la identidad de aficiones, de la conformidad de pareceres; á pesar de que el censor de la *Demonstración crítico apologética*, doctor D. Pedro González García, asegura que el decantado tema de la transmigración de las almas, que no tiene más verdad que la de haber algunas entre sí muy parecidas, le hubiera persuadido Pitágoras con más razonable fundamento, si experimentase en estos dos ingenios benedictinos, maestro y discípulo, un espíritu tan uniforme y simbólico, y de que otro censor afirma de los Padres Feijóo y Sarmiento que «parece que estudian en una misma biblioteca, escriben con una misma pluma y ratiocinan con una misma alma,» en realidad se diferencian mucho los dos monjes, y esta diversidad demuestra como no basta para remover á un siglo la erudición ni el estudio paciente, y se necesitan aquel ímpetu, aquella felicidad, y aquel don de interesar, adivinar y presentir que reunía el autor del *Teatro crítico*. Sarmiento carece de atractivo; no persuade; es

un espíritu honrado y docto, pero sin hechizo, sin esa cualidad preciosa que pudiera llamarse la *gracia dinámica*.

Es forzoso convenir en que no siempre sufría Feijóo con longaminidad las flechas que le disparaban ni acertaba á ver en ellas lo que tuvieron de halagüeño síntoma de renacimiento intelectual, y que hoy, á sangre fría, reconocemos nosotros. Para él los impugnadores eran «la gente más miserable que hay en la república literaria.....» «Son éstos»—exclamaba positivamente amostazado—«unos pobres que, á falta de fondo propio, trabajan en el ajeno: unos desnudos que no teniendo tela para vestirse, se cubren con hilachas y trapos recogidos aquí y allí; unos infelices, cuyo caudalejo se reduce á unas tristes raeduras que sacan de las monedas de plata y oro que pueden haber á las manos; una especie de ratones racionales, porque su ocupación es la misma de los ratones, hacer ruido, inquietar y roer;» unos bichos que «hacen ruido en el vulgo, y con el ruido que hacen en el vulgo, inquietan al que no es vulgo.....;» con la añadida de que «los ratones irracionales roen los libros por fuera, estotros por adentro; aquéllos el pergamino, éstos la escritura; y aun hay entre ellos algunos tan atrevidos y malignos, que no solo roen los escritos, más aun los zancajos de los escritores.»

Hay que advertir en disculpa del enfado del ilustre benedictino, que sus adversarios no siempre se limitaron á impugnarle y discutirle. Si había papelonistas que se desataban contra él movidos del deseo de lucro, porque el Padre Feijóo tenía, según él mismo asegura, la gracia *gratis data* de facilitar no solo el despacho de sus escritos propios, mas también de los ajenos en que se le atacaba, no debieron de faltarle enemigos verdaderos, sobre todo en las profesiones cuya rutina condenó—los médicos, pongo por caso.—Pues no hay que pensar de tan verídica y noble persona como era Feijóo que contuviesen un ápice de inexactitud estas palabras que dirige al lector en el prólogo de su *Ilustración apologética*.

Ciertamente tendrías lástima de mí, si supieses cuanto me cuesta y á cuan alto precio compro esto poquito de fama que me granjea la pluma..... ¡Cuántos arbitrios, cuántas maquinaciones se han discurrido, ya para quitarme la gloria de lo escrito, ya para que no prosiguiese la obra empezada! Dejo á parte dicterios y calumnias, como cosa trivial en semejantes casos. Pero no sé si á otro escritor habrá sucedido el que procurasen aterrarle con cartas anónimas llenas de amenazas. Sigo, lector mío, una senda cubierta de peligros y trabajos..... Mas no por eso temas que trémula con el pavor la mano, deje caer la

pluma. Desde el principio previne que había de padecer muchas oposiciones por el carácter de mi obra, cuyo asunto es combatir opiniones comunes.»

No confundo en montón á los antagonistas del Padre Feijóo teniéndolos á todos por esclavos de añejas preocupaciones; mas no es solamente de aquellos días, sino de cualquier tiempo, el que contra las novedades y reformas, máxime si lastiman intereses materiales ó morales, se conjuren el egoísmo y la fuerza de inercia. Era tan extenso el círculo de actividad de la crítica de Feijóo; tocaba á tantos puntos y conmovía tantos cimientos, que nada tiene de sorprendente ver aunados contra ella á aristotélicos, medicastro, admiradores de Raimundo Lulio, creyentes de embusteras milagrerías, y gaceteros y eruditos á la violeta; así como hoy, en las polémicas sobre realismo y naturalismo, se dan la mano los pacatos y vaporosos neocatólicos admiradores de Lamartine con los socialistas sectarios de Proudhón, y los almidonados secuaces del clasicismo académico con los bohemios astrosos rezagados de la generación romántica, que consumen sus inútiles días en cafetines y lugares menos santos aun.

Para excusar la impaciencia de Feijóo ante los ataques, fijémonos en que entonces hacían más daño del que pueden causar ahora. Hoy la

opinión—no huelga repetirlo—en muchísimas materias, señaladamente las científicas, se halla más formada é ilustrada; á nadie se le ocurre que unos huevos de oruga sean flores milagrosas, y ciertos errores burdos van quedando relegados á las ínfimas capas sociales. En tiempo de Feijóo era fácil extraviar á la muchedumbre y concitar los ánimos contra los reformadores.

Aseguraba Sarmiento, que el mérito del *Teatro crítico* es superior «por su harmónica composición y por la sublimidad ingeniosa de su artífice» á entendimientos vulgares; y hoy estamos tan lejos de pensar como el erudito benedictino, que el *Teatro crítico* nos parece una joya, cabalmente porque supo hacerse accesible á las multitudes, interesándolas, despertando su curiosidad y llevándola al mejor terreno en que ejercitarse puede. «Apenas salió á luz esta obra» —declara el mismo Sarmiento— «cuando los curiosos ansiaban á porfía leerla, y convertirla en la substancia de su erudición.» Hé aquí el mejor elogio del *Teatro crítico*, y la clave de su fama. Obra llena de pasión latente, hecha como de molde para ser bien entendida y saboreada, lo consiguió por entero, y encendió los ánimos en pró y en contra, y fué (en resumen y sin que me parezca afrentoso para Feijóo declararlo) el primer paso de la prensa en España. Sí, el periodismo, en el sentido de efusión y co-

municación que lleva consigo este nombre, empezó, antes de Martínez Salafranca y el *Diario de los literatos*, con los escritos breves, sustanciosos y cundidores cual la mancha de aceite de aquél monje ilustre, que creía que así como en el misterio eucarístico se multiplica para los fieles el cuerpo sacrosanto, en la comunión del entendimiento debe repartirse á todos los hombres la hostia de la ciencia.

Larga tarea, y amén de larga enfadosa, sería la de recordar una por una las impugnaciones á Feijóo y el nombre de sus autores. Pueden dividirse en impugnadores del *Teatro crítico* en general, como don Ignacio Armesto y Osorio y don Salvador Josef Mañer; é impugnadores solamente de algún discurso suelto, como los franciscanos apologistas de Raimundo Lulio,—á cuya cabeza figura el gerundiano predicador Soto Marne,—y los médicos fieles al Peripato, como el autor de aquella *Centinela médico-aristotélica* que el autor del *Tapabocas* llamó *torreznazo sin sal*. De todos los émulos de Feijóo, el que menos sepultado yace en el olvido, debiéndolo quizás al reflejo del esplendor del *Teatro crítico*, es Mañer. Cierta que hoy nadie se lee los *rollizos mamotretos*, encabezados con un cartel de reto á singular batalla, que lanzó contra Sarmiento y Feijóo, y que el primero tuvo la cachaza de rebatir prolijamente, por haber declarado el

segundo que ya no respondería á más papelones; pero aún queda alguna memoria del nombre de aquél incansable escritor, que impugnó á Feijóo en cinco mortales tomos, que sudó y trabajó como un negro *non famæ sed fami*, que no carecía de instrucción ni de competencia, sobre todo en materias políticas, que en su larga vida prestó servicios á la cultura general, y que fué el primer introductor en España de publicaciones de la índole del *Mercurio histórico*. Y no me ha de vedar hacerle justicia su inquina contra los gallegos, que le llevó á repetir en sus escritos la hoy casi desterrada vulgaridad de que somos los beocios de la Península: «Entre las provincias de España» —decía Mañer— «son reputados los gallegos por la gente más insipiente y ruda.» Bien se las volvió al cuerpo el Padre Sarmiento; tan añeja costumbre es en los escritores de por acá vivir con el escudo embrazado y la espada desnuda en defensa de la tierra madre!

Más nociva al crédito de Feijóo pudo ser la polémica sobre el *Arte magna* de Raimundo Lulio, si á sostener el pabellón del Doctor iluminado se levantasen adalides más diestros que los Padres Soto Marne, Pascual, Tronchón y Torreblanca; pues Fray Bartolomé Fornés, aunque lo hiciese de perlas, tuvo el mal acuerdo de escribir en latín su apología de Lulio, y ya

entonces las obras en latín no dirimían públicos litigios. Por venir de gente que vestía sayal fué más dolorosa á Feijóo la contradicción, y en su réplica á Soto Marne se trasluce mayor acrimonia é inquina de la que le animaba contra el *mendicante* Mañer. Además, no se sentía en terreno firme, pues había dicho mal del *Arte magna* sin leerla sino en un corto extracto hecho por Gasendo. Escaseaban ya en tiempo de Feijóo los ejemplares de Lulio, y rodaba en cambio con gran aceptación la patraña de suponer al Beato Raimundo dado á la alquimia y á la magia, motivo suficiente para que Feijóo le mirase de reajo. Hasta el tomo III de las *Cartas Eruditas* no dice Feijóo haber tenido en sus manos un ejemplar del *Arte magna*, que le envió desde Monserrate un monje catalán; antes, le fué preciso acudir, para mantener sus afirmaciones anti-lulianas, á testimonios y autoridades adversas al filósofo mallorquín, entre otras la del propio analista de la Orden Seráfica, Wadingo, y la de don Diego Saavedra Fajardo, que pinta á los discípulos de Lulio en la *casa de los locos*, *volteando unas ruedas con que pretendían en breve tiempo acaudalar todas las ciencias*.

Memorable controversia en los anales del siglo XVIII es la que sobre el *Arte* famosa sostuvieron contra Feijóo los franciscanos, no por lo mucho que con ella se enriqueciese la his-

toría de la filosofía nacional, sino porque dió motivo á un característico rasgo de despotismo ilustrado de Fernando VI. En estos términos estaba concebida la real orden de 23 de Junio de 1750, mejor dicho, el ukase del rey *Fusto*. «Quiere Su Majestad que tenga presente el Consejo, que cuando el Padre Maestro Feijóo ha merecido á Su Majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva á impugnarlos, y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlo.» Ya el Consejo se maliciaba, sin duda, cual era la intención del rey nuestro Señor, porque se había resistido mucho á dar licencia para imprimir el *Crisol crítico* de Mañer. Y si los aristarcos del *Teatro crítico*, al encontrarse con este regio tapabocas, pusieron el grito en el cielo, justo es consignar que á la natural rectitud y claro juicio de Feijóo mismo no se ocultaron los inconvenientes morales de tan expeditivo procedimiento, y al comparar el ukase de Fernando VI con la orden dada por Hierón de Sicilia á sus vasallos, de que en lo sucesivo creyesen cuanto dijese Arquímedes, observaba con gran sensatez: «Supongo que este decreto no tuvo por objeto la creencia interior, la cual estaba muy fuera de la regia autoridad; si solo privilegiar á Arquímedes de públicas contradicciones á cuanto él afirmase.»

Mas no eran los príncipes de la casa francesa

quiénes podían traernos el respeto á la libertad de la discusión. Al contrario, manifestaron siempre la tendencia, adquirida en su patria, á alinear y hacer marchar en correcta formación los ejércitos literarios, á disciplinar el pensamiento, y á civilizarnos y labrar nuestra felicidad desde arriba, con patrones y fórmulas oficiales. Cuando por buena suerte recaía en un Feijóo la protección real, no era considerable el daño, aunque pecase de arbitrario el procedimiento; pero no hay que olvidar que este sistema tiránico, inquisitorial en el sentido peor de la palabra, sirvió á los Borbones para arrojar brutalmente de España á lo más granado y brillante de la hueste científica en el siglo XVIII: los jesuitas.

Feijóo, que tuvo la suerte de que nunca se le creyese mezclado en intriga política alguna, ni á la Orden cuyo cingulo ceñía, se vió mimado y llevado en palmas por todos los soberanos. Fernando VI le concedió honores de consejero real; Carlos III le hizo presente de la colección de antigüedades de Herculano. Del Papa Benedicto XIV no hablemos: en tanto aprecio tenía la opinión del sabio monje, y tanto le complacían sus obras, que á una mera indicación suya redujo el número de días festivos. Bien mirado, puede y debe asegurarse que no se contó Feijóo entre los autores á quienes su siglo no rinde homenaje completo. ¿Qué importaba la

polvareda levantada por los *ratones literarios*, ante la aclamación general y la celebridad que, volando mucho más allá de los Pirineos, difundía por Italia, Holanda é Inglaterra la fama de Feijóo? Y si alguno de sus contemporáneos ilustres, verbigracia Forner, le miraba de reojo ¿no pudo ser causa de ello el despecho de ver tan por las nubes el nombre del insigne polígrafo?

Hombres hay que nacen destinados á llenar con el ruido de su nombre un período histórico, en la ciencia, en las letras, en las artes. Sus contemporáneos les alzan sobre el pavés de la admiración; viene después la posteridad, coloca en la balanza de la crítica sus méritos, y los juzga y tasa según su criterio propio, según el camino que la humanidad lleva aprendido y andado desde que produjo á aquel hombre. Algunas veces el platillo de la inflexible balanza sube por los aires rápido y vacío, diciendo que las generaciones pasadas se equivocaron y que allí no queda más que la frágil cascarilla de la vanagloria. Otras, al contrario, el platillo desciende con lentitud y majestad, como indicando que el ilustre nombre que lo carga, es barra de oro puro, pesada y maciza. ¿Subiría ó bajaría el platillo donde arrojásemos hoy la gloria de Feijóo?

En una Historia de la literatura española, bastante reciente por señas, y además libro de texto,

he leído que las obras de Feijóo perdieron gran parte de su mérito merced á los adelantos de las ciencias y de la crítica, y que hoy representan un *atraso intelectual*. Suelen escribirse estos libros de texto con una premura que obliga al autor á no leer los textos; de otro modo, me parece increíble que dejase correr bajo su nombre especie semejante el docto y meritísimo crítico don Manuel de la Revilla. Porque la atrocidad del *atraso intelectual* le había de saltar á los ojos del entendimiento, con poco que fijase los del cuerpo en escritos del pensador galaico. ¡Representar un atraso intelectual esas páginas en que tiembla el espíritu profético, en que bullen los presentimientos, en que la intuición se arroja tantas veces del lado allá de la razón! ¡Atraso intelectual, esos trataditos valerosos, que parecen ventanas abiertas sobre lo futuro!

Si tasamos el valor de un libro sin tener en cuenta la época en que fué escrito, toda clase de materia didáctica — y la verdad es de Perogrullo — representará un atraso intelectual, por pocos años que cuente de fecha. Miradas así las cosas, un ayudante de laboratorio sabe hoy más física que Newton, y el albeitar de mi aldea conoce secretos médicos y fisiológicos que ignoró el divino Vallés. Pero los hombres de capacidad extraordinaria, aun privados de datos que sólo acumula el curso del tiempo, la obra sucesiva

de las generaciones, se anticipan á la deducción racional que más adelante justificarán estos datos, y por la virtud de su mente se adelantan á las conquistas de los siglos venideros. ¿Qué filósofo contemporáneo podrá, en lo fundamental, arrinconar á Platón y Aristóteles? ¿No se citan todavía con respeto los aforismos hipocráticos? ¿No anunció Dante las novísimas leyes de la termodinámica? ¿No dejó consignados Rogerio Bacón muchos de los grandes inventos modernos, como los barcos de vapor y la pólvora? Y porque en las obras de Rogerio Bacón haya lo más que podía haber en el siglo XIII y no todo lo que poseemos en el XIX ¿se le ocurrirá á nadie que representen un atraso intelectual?

Donde escarba con su garra de águila el genio, marca un trazo profundo que nadie borra. Hay en el caudal científico de Feijóo mucho que era, para su tiempo, maravilloso adelanto, y hoy es verdad reconocida y forma parte del tesoro común. En algo erró, —no debe negarse,— porque escribía sobre innumerables materias, y no había de ser profundo en todas, máxime cuando se proponía atacar y echar abajo opiniones admitidas, no solo por el vulgo plebeyo é ignaro, sino por el vulgo docto; y en muchos puntos, atendido el carácter de *artículos de revista*, según diríamos hoy, de sus tratados, pagó tributo á la ligereza y á la premura. En una vasta Enciclo-

pedia redactada por un hombre solo, no todo podía ser igualmente irrefragable.

Sin embargo, así en el modo de sentir y pensar, como en varias hipótesis científicas—la teoría eléctrica de los terremotos, por ejemplo, que ahora goza de tal favor—Feijóo se dejaba atrás á su siglo, poniéndose al nivel de la persona más culta de nuestros días. Recuérdese, por ejemplo, su compasión hacia los animales, y su discurso *Racionalidad de los brutos*; nótese como, en épocas de enmarañada diplomacia, en que todavía se consideraba resorte principal del arte de gobernar la mala fe, Feijóo (según advierte Vidart) se adelantó á Washington, enseñando contra Maquiavelo la política de la honradez y la lealtad en las relaciones internacionales, rumbo que hoy se va imponiendo á los Estados.

En medicina, los principios y métodos reconocidos por Feijóo son los que actualmente se practican, sin quitar ni poner. En estética, sus aciertos deslumbran. En astronomía, no creo que exista alguien que más gallardamente ni con mejores razones—salvo las que suministran el análisis espectral y otros descubrimientos recientes—sostenga la brillante hipótesis de la pluralidad de mundos, que si no era nueva, era por lo menos muy peregrina, y sigue siéndolo. ¿Qué más? ¡Si hasta en la *anglolatría*, en la preferencia á la nación inglesa por creerla dotada de

mayor juicio y seriedad que las otras del mundo, es tan moderno y tan oxigenado el pensar del Padre Feijóo, que no parece sino que acaba de leerse todas las *Revistas* que hoy se publican en Bélgica, París y Londres!

Más veces que la acusación de representar un atraso intelectual, (pues ésta es del todo insólita) se ha dirigido á Feijóo la de haber pecado mortalmente contra la forma artística y el idioma patrio: Se le achaca que fué el primero á contaminar nuestra lengua con galicismos, y muchos censuran su estilo por *flojo*, que no le gastan ellos más *apretado*, y le hacen ascos por galicano, que pecan á cada instante contra la sintaxis castiza, según acertadamente observó en el hermoso prólogo de mi primer Estudio crítico sobre Feijóo el virtuoso sacerdote, dulce poeta y sábio escritor Saco y Arce, á cuya memoria acabáis de tributar merecidos honores. Para juzgar acertadamente el estilo de Feijóo hay que tener en cuenta varias circunstancias. Ante todo, que el Padre Maestro vino después de una época en que se había abusado tanto de las galas y del formalismo retórico, que la aspiración de un autor franco y espontáneo no podía ser otra sino escribir llana y eficazmente. Esto por lo que toca á la sintaxis. En cuanto á neologismos y voces de procedencia extranjera, importa recordar que Feijóo hablaba de materias desconocidas y de

ciencias que no se habían tratado sino en latín, y carecían de tecnicismo castellano. Al faltar al respeto al idioma, Feijóo lo enriquecía. Buena prueba de ello es que muchos de los vocablos que Mañer le censuró agriamente como galicismos y latinismos, corren hoy aceptados y usados por todo el mundo.

Es digno de apuntarse en la lista de *errores comunes* que gustaba de extirpar el buen Maestro, este de confundir la excelencia y virtud del estilo con su impecabilidad y corrección. Sostuvo Feijóo que la *elocuencia es naturaleza y no arte*, y en efecto, logró ser á trechos real y verdaderamente elocuente, sin artificio retórico alguno. Harto conocida es la frase con que definía su estilo propio: «tal como le veis, no le busqué yo, él se me vino.» Enhorabuena que no contemos á Feijóo en el número de nuestros modelos literarios, puesto que somos riquísimos en prosistas y debemos alardear de exigentes y delicados de gusto; conformes, en que sin salir del mismo siglo XVIII se encuentran otros autores menos desiguales, ó que por la diversa índole de sus trabajos construyen con más arte y atesoran un elemento léxico más puro; pero guardémonos de contar al Padre Maestro por escritor ramplón y pedestre, sin condiciones verdaderas, porque, (siguiendo la fundada opinión de Saco y Arce.) abundan en sus cartas y dis-

cursos páginas que no desdican de lo más perfecto de nuestros clásicos. En el estilo firme y sentencioso, no sé yo que Feijóo tenga muchos superiores dentro del círculo de los que cultivaron el habla castellana. Y sobre todo, posee el don inestimable de hacerse amar, de prender al lector y no soltarle nunca. Más correcto y esmerado es el Padre Isla, y se lee menos fácilmente hoy. Ahí está también para ejemplo el Padre Sarmiento: dirá las mismas cosas, tendrá las mismas ideas y la misma erudición de Feijóo; pero en él parece que el saber se amazacota y agruma, y las cláusulas pesan como plomo.

El galicismo era entonces fatalidad impuesta á los escritores didácticos, pues según el dicho de Bettinelli, la moda patrocinaba al idioma francés, quitando al castellano el dominio de Europa y borrando casi la memoria de aquellos tiempos en que hablaban lengua española todas las cortes y todas las gentes cultas de Italia y Francia. Á la fin y á la postre, la lengua que tenga una vida más literaria y universal acabará por dominar á las restantes y aun por inficionarlas. Podemos convenir en que Feijóo escribió á prisa, sin lima ni esmero, cuando mezclaba inconsideradamente giros afrancesados al habla española; pero en cuanto al derecho de neologismo y al verdadero carácter y atribuciones de los diccionarios, el discurso *Introducción de vo-*

*ces nuevas* parece trazado ayer por el más franco é insurgente de nuestros escritores, y recuerda aquellas diatrivas de Victor Hugo contra la distinción entre vocablos nobles y plebeyos, contra la aridez, sequedad, pobreza y clorosis á que llegó á reducir á los idiomas la afectación y pompa del falso clasicismo. Nunca el espíritu revolucionario de Feijóo en literatura se manifestó más claro y patente que en el Discurso á que me refiero. «Así»—decía—«aunque tengo por obras importantísimas los diccionarios, el fin que tal vez se proponen sus autores, de fijar el lenguaje, ni le juzgo útil ni asequible. No útil, porque es cerrar la puerta á muchas voces, cuyo uso nos puede convenir; no asequible, porque apenas hay escritor de pluma algo suelta, que se proponga contenerla dentro de los términos del Diccionario.» Condenado en tales términos el acotamiento del idioma, censura enérgicamente á los rígidos Aristarcos que quieren excluir del estilo serio las locuciones ó voces que, por haberlas introducido la gente baja, ó porque solo entre ella tienen frecuente uso, han contraído cierta especie de humildad y sordidez plebeya: los vulgarismos, en suma. ¡Cuánto tiempo hace que son defendidas por doctas plumas opiniones que aun hoy tienen el privilegio de escandalizar á los mismos tiesos y relamidos censores cuya raza no se ha extinguido,

ni se extinguirá aunque la estigmaticé otro Feijóo!

No defiendo yo el atropello de la forma, antes creo que ha de ser cincelado, ó al menos de puras líneas, el vaso en que se sirve el licor de la verdad; pero entiendo que parte de esta vocinglería y alboroto que traen los que achacan á Feijóo defectos y desaliños de estilo, (siendo así que tiene vida propia y á trechos raras cualidades,) nace de que no se ha reparado en el verdadero carácter de los escritos de Feijóo. Eran principalmente, al menos en la intención de su autor, obra *útil, no recreativa*. No podían lucir los floreos y requilorios de las engalanadas prosas del siglo xvii. El Padre Sarmiento expresa las ideas de su maestro y amigo, cuando dice que no busca en los libros palabras, sino cosas, y agrega desdeñosamente, tratando del estilo limado, que es «tornear cláusulas» y no más.

Quien no vea el carácter social de la obra de Feijóo y la considere solaz literario ó desahogo de diletantismo científico, no puede juzgarla equitativamente. El deseo de fomentar la cultura, de ser útil, de hacer bien, de *reformular*, en una palabra, impulsa á Feijóo, y hay que añadir que ésta es una aspiración general en su época, aspiración que el gran benedictino recogió y formuló dándole voz persuasiva y sonora. Antes de que saliese el primer tomo del *Teatro crítico*,

en 1720, Martín Martínez emprendía la reforma de los estudios médicos en las universidades españolas, fomentando la anatomía y la cirugía. *Combatir errores y preocupaciones* viene á ser en el siglo xviii un tópico, una muletilla, y no sólo de las obras serias, sino de las de aмена literatura. La misma abundancia de la vena satírica en aquel siglo demuestra la exactitud de esta observación, pues la sátira y la fábula, los géneros poéticos más felices y ricos de la centuria decimoctava, son ejemplares y no aspiran á realizar la belleza, sino á enseñar y corregir. Y el afán de adelantamiento y mejoras, desde las regiones intelectuales se comunica á las administrativas y políticas, determinando la corriente de ideas que produjo el *Informe sobre la ley agraria*, y nos trajo los estadistas admiradores de la Enciclopedia, y más tarde los afrancesados. No digo que siempre rodase clara y benéfica esta corriente, ni que al fertilizar algo no devastase mucho, ni que todo lo que se intentó de reformas en el terreno práctico sea canoñizable; solo indico que el ansia de andar, de recobrar en poco tiempo lo perdido y lo atrasado, punzaba á toda la generación contemporánea de Feijóo, desviándola del puro goce estético, más egoísta y solitario, más propio de nuestro escepticismo actual que del candor entusiasta de entonces.

A esta dirección utilitaria corresponde el prosaísmo que domina en Feijóo y en su época también. Fue aquel el siglo en que se acreditó el *error común*, que aún vive muy apollado y rancio, de dividir la producción literaria en dos hemisferios, el de las *obras graves* y el de las *obras ligeras*, poniendo entre aquéllas las didácticas y didascálicas, y entre éstas la novela y la poesía. Sonaba, ó estaba próxima á sonar, la hora en que Cadalso, el tronera Cadalso, había de recelar componer versos, por parecerle tarea fútil; el instante en que Jovellanos, el primero que reveló en España tempranas intuiciones del romanticismo, había de estampar estas frases: «En medio de la inclinación que tengo á la poesía, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor» añadiendo á renglón seguido, como si le remordiese la conciencia: «Vivimos en un siglo en que la poesía está en descrédito, y en que se cree que hacer versos es una ocupación miserable.... Yo encuentro—añade después de otras reflexiones—la causa del descrédito de la poesía en el mal uso que hicieron de ella los poetas del siglo pasado.»

Gran cuita fué en efecto para la musa española caer en manos de los Góngoras, Vegas y Palavicinos, y sobre todo degradante espectácu-

lo el de la plaga de poetas chirles y ebenes, polilla literaria fomentada por la especie de venalidad de las dedicatorias y la protección de magnates y monarcas; pero quien estuviese medianamente versado en los clásicos y en las letras profanas, no tenía derecho para desconocer así la dignidad y alteza de la poesía, si además del envilecimiento de la rima no hubiese otra razón más grave para este desdén. Bastante habían trinado los ruseñores, bastante habían delirado Talía y Melpomene por boca de los dramaturgos; ahora no se trataba de endechas y ovillejos, sino de volver por las fuerzas y la salud de la nación, que distraída en cantar, á semejanza de la cigarra, ni había hecho provisiones para el invierno, ni casi se tenía en pie.

No llegaba Feijóo al extremo de decir, como Sarmiento, que «siempre había mirado con indiferencia todo género de poesía,»—confesión más picante y curiosa por andar estampada al frente de unas *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*;—pero era incapaz el Padre Maestro, según acertadamente observa Menéndez Pelayo, de sentir la poesía con su propio y peculiar hechizo, ni aun de estimarla bien: de ahí su error al poner á Lucano por encima de Virgilio. De Feijóo puede decirse, lo que Lista de Forner, que «tenía el ingenio más apto para comprender las verdades que las be-

llezas.» Acaso pensaría como Capmany, el defensor de la elocuencia española, que la poesía es un lujo y no una necesidad, idea que le movió á componer su *Teatro histórico crítico* para vindicar á España de la nota de haber tenido buenos poetas y no tan grandes prosistas, (lo cual, dicho sea entre paréntesis, es lo contrario de lo que hoy creemos, respecto á la lírica sobre todo.)

Sí, el prosaismo es la nota característica de aquél hombre y de aquél siglo, y en el siglo resalta tanto más, cuanto más poéticos, de capa y espada, lances de amor, cuchilladas y epopeyas caballerescas habían sido los anteriores. No llegó á faltar quien rimase, porque este sería caso imposible, á lo que creo, en España; y hasta el mismo Feijóo, en algún ratillo de ocio, hiló sus correspondientes romances y décimas, notables por la carencia de fuego sagrado, por la claridad pedestre del concepto, por algo que dentro de la rima sigue siendo prosa y nada más. Dominaba en ellas ese culto del estilo llano y ese utilitarismo que, según dice bellamente el autor de *La Ciencia española*, flotaban en la atmósfera como natural reacción contra el culturanismo, y se levantaban de la ruina de un ideal poético no sustituido aun por otro ideal engendrador de poesía. El mérito de los versos en el siglo XVIII llegó á consistir en estar escritos en

lenguaje preciso y exacto, como los tratados de ciencias. Así oficiaba Feijóo en el altar de las musas. Sus versos son en general de lo más endeble y lánguido, si se exceptúan las décimas *Á la conciencia*, donde ostenta cierta elevación cuando exclama, dirigiéndose al reloj del espíritu:

Noche y día, sin parar,  
tu agitación misteriosa  
un momento no reposa  
ni me deja reposar.  
¿Cómo no he de reparar  
tu continua pulsación?  
¡Oh, cómo á la distracción  
lugar alguno le queda,  
si los dientes de tu rueda  
me muerden el corazón!

No era dable que entonces se presintiese siquiera en España la vaguedad melodiosa, la vibración interna y continua, la música extraña, la fuerza sugestiva de la lírica moderna, que en aquel mismo siglo había de nacer en Alemania destacándose de entre las nieblas de la Edad media, evocada cual la ondina de las leyendas que surge de las brumas del lago. ¡Y cuán gloriosa resurrección le estaba reservada á la hija del cielo, refugio del alma humana al oprimirla su más noble afán, el de lo infinito! ¡Qué bien se explican, recordando la sequedad de la pasada centuria, todos los desvaríos del romanticismo, todas las embriagueces de la juventud al

acercar de nuevo los labios á la copa donde se encierra el filtro mágico!

Con ser refractario á la poesía rimada, no era Feijóo un entendimiento rigurosamente prosaico en todo, ni carecía de la chispa de fuego oculto bajo la ceniza que poseen las gentes de esta tierra. Cuanto más despacio le leo, más me persuado de que no le faltaba imaginación, ni aun cierta tendencia á lo que hoy se llama *ensueño*. Sólo que la esfera en que soñaba era la científica. La ciencia ejercía sobre Feijóo esa fascinación que suele ejercer en épocas y naciones atrasadas, donde se atribuye al estudio y conocimiento de los fenómenos naturales un alcance que no tiene en realidad. Por esta esperanza sin límites, por esta especie de romanticismo científico, la fantasía de Feijóo llegaba á exaltarse, y rayaba en crédulo y novelero—él, el encarnizado perseguidor de supersticiones, milagrerías y patrañas—dando asenso, verbigracia, á la fábula del anfibio de Liérganes, ó del peje Nicolao, al hallazgo de una criatura humana en el vientre de una cabra, y á otras consejas del mismo jaez. Por eso las hipótesis extrañas y magníficas, como la habitabilidad de los astros, tenían en él elocuentísimo defensor. Algo de aquella calentura imaginativa que dictó las entretenidas y singulares páginas del *Tente dilucidado*, ardía, aunque templada por una razón serena y un buen sentido admirable, en el

cerebro del autor del *Teatro crítico*. ¡Cuánto distaba de la fogosa credulidad del Padre Feijóo el escepticismo místico del Padre Isla, aquél que «se descalzaba de risa» al afirmar que todos los filósofos eran unos, algarabía más, ó algarabía menos; que, excepto tal cual fruslería de poca monta, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, Newton y Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbiliones ó materia etérea del primero, como la materia primera y formas sustanciales del último, protestando que ni con ésta ni con aquella veía gota!

Más todavía que la plasticidad de la imaginación, debe admirarse en Feijóo que siendo incapaz de sentir el deleite poético, hubiese adivinado y dicho claramente lo que faltaba á los áridos poetas del siglo décimo-octavo, condenando la fría regularidad de la escuela francesa y encareciendo el raptó de la mente, el *furor*, como alma y esencia de la poesía. Y conviene mucho advertirlo, á fin de no equivocarse respecto al oficio que Feijóo desempeña en la historia de nuestro movimiento literario, tomándole por un traductor de ideas traspirenaicas. Contra el gusto francés y las reglas de Boileau aclimatadas definitivamente entre nosotros bajo

Carlos III; contra el clasicismo italiano de Luzán, se alza la libertad estética proclamada por Feijóo, mantenedor de nuestra tradición de independencia y hasta de insurrección permanente. La batalla entre nuestra espontaneidad invencible y el ideal de orden, corrección y disciplina de nuestros vecinos, ensordece con su fragor todo el siglo XVIII, y á la cabeza de los dos bandos se colocan el beneditino gallego y el caballero aragonés, Feijóo y Luzán.

Así lo afirma el insigne historiador tantas veces citado y en cuya firme diestra no me canso de apoyarme. Hablando de las teorías estéticas del jesuita Losada, prorrumpo en cláusulas que no puedo menos de robarle y engarzarlas aquí: «El ánimo descansa al pasar de estas disquisiciones tan ingeniosas, pero tan baldías, á la esfera de luz y de libertad filosófica en que tan bizarramente se mueve el poderoso y analizador entendimiento del Padre Feijóo, varón en quien la Providencia quiso juntar las más variadas aptitudes, el celo propagandista más fervoroso, y la más inextinguible sed de ciencia y doctrina, para que fuese luz y oráculo de su siglo, y acabara de romper de todo punto la barrera de incomunicación que la intolerancia escolástica había ido levantando entre la ciencia, cada día más petrificada, de nuestras aulas, y la ciencia extranjera..... Á pesar del atraso de los

estudios estéticos en su tiempo, atraso bien confirmado por los libros del Padre André y Crouzaz, únicos que entonces salían de Francia y de Alemania, el Padre Feijóo, nacido y educado en medio del peor gusto literario que en edad alguna ha caído sobre la Península ibérica, y privado durante toda su vida de ver y apreciar las obras maestras de las artes plásticas, acertó sin embargo á levantarse sobre este cúmulo de dificultades, perversiones é ignorancias, hasta entrever ciertos principios generales de libertad artística, tan luminosos y tan amplios, de tan eterna verdad y evidencia, que por sí solos podrían ser hoy mismo base de una crítica, que, concediendo toda racional libertad al genio, se apartase por igual del nimio y enteco rigor de los preceptistas y de las libertades frías y sin gracia que suelen permitirse espíritus adocenados.»

Ya es cosa averiguada que aquellos dos discursos que Feijóo escribió como jugando, *La razón del gusto* y *El no se qué*, tienen más miga y valen más ante la estética moderna que todas las *Poéticas* y *Retóricas* de un siglo en ellas tan fecundo. De *El no se qué* afirma Menéndez que fué un verdadero manifiesto romántico, si no hemos de considerarle retoño de las libres doctrinas contenidas en nuestra tradición. Y será ambas cosas á la vez; porque la explosión del romanticismo español, señaladamente en el dra-

ma y en la poesía de carácter épico, romances y leyendas, tiene tanto de tradicional como de revolucionaria, cumpliéndose en ella la hermosa sentencia de Víctor Hugo: «Toda idea humana ó divina que toma por raíz el pasado, brota por follaje el porvenir.» El genio posee la rara virtud de evocar el ayer dando vida á lo futuro; la luz de la aurora alumbra las cimas antes de descender á los valles. ¿Quién es capaz de averiguar si, al trazar los renglones de su profesión de libertad estética, la más amplia y solemne del siglo xviii, anterior treinta años á los mayores arrojos del precursor Diderot, aquellas páginas que debieran estamparse con letras de oro, Feijóo recordaba ó presentía?

Aunque menos apto para sentir bellezas que para comprender verdades, Feijóo experimentaba honda y dulcemente el deleite de la música, que tanto influjo ejerció en el alma contemplativa de Fray Luis de León, y que parece hecho para los pensadores, como representación apacible del concierto de lo creado y la armonía de las esferas. Y fiel á su sino de ilustrar cuanto tocaba, al tratar de la *Música de los tiempos*, Feijóo enseñó á los del oficio lo que no sospechaban siquiera, y lo que, como era de temer, no agradecieron que les dijese, porque la vanidad profesional erige en sacerdocio la rutina. Tuvo Feijóo en semejante ocasión que arros-

trar una cruzada de organistas y maestros de capilla, no siendo aquella página, calificada de la más brillante que en crítica musical produjo la primera mitad del siglo xviii, la que menos impugnaciones provocó.

Si grandes fueron los servicios de Feijóo en estética, en filosofía son tan importantes, que puede decirse que borrado su nombre de los anales del siglo xviii, retrocederá la marea del pensamiento como si le hubiesen puesto un dique. Con razón se asombra un discreto escritor, Luis Vidart, cuyo nombre cité ya dos veces porque le cabe la honra de haber reclamado hace más de veinte años plaza al sol para la filosofía española, arrinconada por la ignorancia y la ligereza, de que en un libro traducido al castellano y que anda en manos de todos, se niegue á las obras de Feijóo el concepto de filosóficas, por la razón verdaderamente chusca de que un *fraile filósofo* y en el reinado de Felipe V, cuando todavía se quemaba á los judíos y á los herejes, sería un prodigio demasiado grande. ¡Que así han sido juzgadas las cosas de nuestra nación, y con tan grotesco desenfado y risible candidez se pregonan garrafales despropósitos, errores que no alcanza á extirpar Feijóo alguno y que aun lo gran séquito entre la chusma intelectual!

Nada menos que dos siglos antes de Feijóo, en plena época de frailes, había sido iniciada en

España la reforma de los estudios y el método crítico por el preclaro pensador y polígrafo Luis Vives, en sus tratados *De corruptione artium et scientiarum* y *De tradendis disciplinis*. Enfadaban al ilustre valenciano las fórmulas hueras de las escuelas y el ciego asentimiento al principio de autoridad, y encendiendo la luz que luego había de avivar Bacon de Verulamio, señaló por bases del método racional para el cultivo de las ciencias la experiencia y la inducción, trazando rumbo á la renovación completa de los estudios científicos. Y, á mediados del siglo XVI, su discípulo el médico de Medina del Campo, á quien desearíamos poder llamar paisano nuestro, formuló el célebre entimema en que se funda el subjetivismo cartesiano, y se adelantó al psicologismo de la escuela escocesa. Ninguna de las grandes direcciones de la nueva filosofía y de los métodos modernos era pues desconocida en España; solamente que Vives y Gómez Pereira habían escrito en latín, y sus enseñanzas, aunque seguida la de Vives por discípulos del calibre de Foxo Morcillo y el divino Vallés, no habían pasado de la esfera de la gente docta. En esto como en todo, correspondíale á Feijóo el papel utilísimo de descubrir y divulgar lo que existía latente en la ciencia española, de empalmar la tradición con la transformación, y de desestancar lo que hasta entonces era patrimo-

nio de algunas inteligencias privilegiadas, haciendo que el tesoro rodase y corriese de mano en mano, con provecho general. Para lograr este fin, poseía el benedictino la excelente cualidad de ser un entendimiento independiente, curioso y nunca satisfecho, un investigador más que un dogmatizante; de no haberse atado al carro de un filósofo ni de un sistema; de proponer á su época muchas ideas y principios que él no admitía ni aceptaba enteramente, pero que eran gérmenes fecundos, de esos que fructifican en las inteligencias cuando una mano firme los va sembrando. Si alguna dirección preferente seguía Feijóo, fué el *baconismo*; gustábale aquel sabor de rectitud y evidencia del método experimental, sin extenderlo hasta donde no alcanza ó sea hasta las las realidades metafísicas; y su espíritu claro y concreto anunciaba el positivismo que, ortodoxo ó heterodoxo, ha venido á ser la más cauta y sólida de las filosofías modernas. Con todo, no se sujetó ciegamente á Bacon, aunque tanto le admiraba; y sin abrazar resueltamente el atomismo ni la física corpuscular, ni el idealismo subjetivo, ni, en suma, enagenar aquella independencia que amaba con amor entrañable, pensó libremente y fué lo que más se necesitaba entonces: no un filósofo de sistema cerrado, sino un crítico expositor.

No quiero pararme mucho en la campaña de

Feijóo contra las brujerías y supersticiones. Hay quien no se la agradece, antes opina que nos desacreditó algún tanto á los ojos de los extranjeros, haciendo que el país menos supersticioso de Europa cobrase reputación del más infestado de semejante plaga, y que hasta se nos atribuyesen errores que nadie había oído nombrar por aquí. No es del todo infundada esta apreciación: repito que Feijóo tenía una gran fuerza imaginativa, y que su curiosa fantasía gallega se recreaba (aunque condenándolas en nombre de la razón,) con todas esas creencias absurdas, y repasaba en mágica linterna los duendes traviesos y retozones; las brujas cabalgando sobre sus escobas, no sin haberse untado bien con fríos untos de grasa humana; las energúmenas y poseídas retorciéndose y echando espumarajos por la boca; los libros de exorcismos y conjuros, con sus fórmulas cabalísticas y bárbaras; las batallas aéreas, colisión de inflamadas nubes que galopan y se embisten; los zahories armados con su varita de avellano, que se tuerce al sentir los efluvios del manantial oculto bajo tierra; los países fantásticos, el Eldorado con sus tejas de plata, el paradisiaco Catay cuajado de especias y aromas, las recónditas Batuecas, la cueva de San Patricio, purgatorio poblado de almas gemidoras, y la isla de San Balandrán, habitada por amazonas que obligaban á sus maridos á hilar y

á coser; el fénix, encendiendo su propia pira á fin de renacer radiante de juventud; el carbunco iluminando todo un reino con sus reflejos purpúreos, y el bezoar, neutralizando la rabiosa ponzoña de los reptiles; los vampiros chupando la sangre de los durmientes, y los brucolacos desenterrando el yerto cadáver; y por último, el diablo en persona, cargándose á cuestras al Obispo de Jaén y trasladándole á Roma en un periquete, con no menor celeridad que fabricó el puente de Toledo y asistió familiarmente á Raimundo Lulio. Convengamos, sí, en que de buena parte de estos embustes ni noticia se tenía en España, pero admitamos también que el refutar y desenmarañar supercherías semejantes fué el capítulo de diversión y recreo de aquel espíritu serio y honrado, la *novela* de quien tan poco manejada tenía nuestra literatura novelesca, que Vidart ha hecho la observación curiosa de que ni una sola vez, en los catorce tomos que dejó escritos, menta á Cervantes.

Nunca se agradecerá ni se elogiará bastante en cambio su batalla contra la falsa taumaturgia. Impugnar las supersticiones del vulgo, por muy creídas que fuesen, no le había de costar grandes dolores de cabeza: atacar milagros supuestos en el siglo XVIII, en plena crisis de barroquismo devoto, era más delicado y difícil. No se paró en eso, ni era reparo que pudiese detener

á persona del carácter de Feijóo. Recuérdese con qué vigor se expresaba—aunque en débiles versos—á propósito del presunto milagro de aparecer la imagen de San Francisco de Paula sobre el viril, en una iglesia del Puerto de Santa María:

Yo en ningún tiempo creeré  
que una tema es devoción  
que es milagro una ilusión  
que la sombra es realidad  
que la ceguera es piedad  
y el error es religión.

y añadía luego jugando del vocablo para explicar cómo el cacareado milagro se reducía á un efecto de óptica:

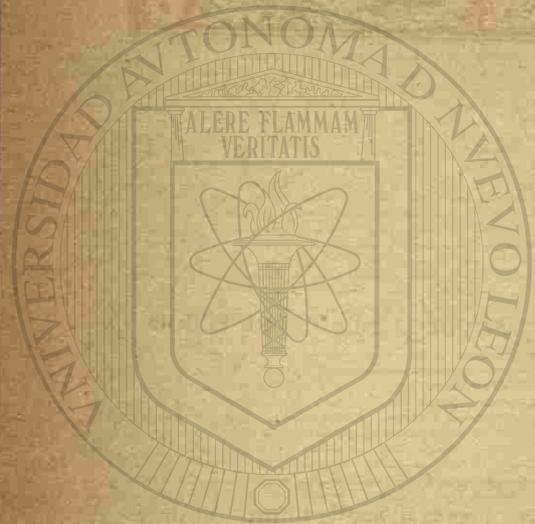
Y ya se hizo evidente  
que hubo en ocurrencia tal  
reflexión en el cristal  
y falta de ella en la gente.

Voy á concluir, y no he de hacerlo sin reiterar lo que quisiera haber puesto de realce en este discurso: que Feijóo, por su condición sincera, resuelta y humana; por la variedad de sus conocimientos y las singularísimas dotes que Dios le otorgó con larga mano á fin de que las comunicase y repartiase á sus contemporáneos y á los venideros; por la índole libre, curiosa y nada estadiza de su inteligencia; por su enorme trabajo y su inalterable fe, es el reformador, el maestro, el doctor y el oráculo de España en el

siglo XVIII, el cual está y estará siempre lleno de su doctrina, de su fama y de su nombre. Al que dijo que se le debía alzar una estatua y quemar al pie de ella sus escritos, respondedle que en sus escritos hay bastante oro puro, bastante limpia plata y bastante sonoro bronce para que podamos fundirle otra nueva, si la hoy levantada viniese al suelo; y cuando fundamos de nuevo la estatua de nuestro gran pensador, no le pondremos en la mano libros, ni pluma, sino una antorcha inextinguible.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTECERMI, MEXICO



#### LA CASA SOLARIEGA DEL PADRE FEIJÓO

**A**NTES que se disipe la impresión de este delicioso paseo y esta serena tarde, voy á conservarla entre las hojas del papel, como acabo de hacer para guardar prensada la rama del ciprés que habrá visto á Feijóo niño jugar al pie de su tronco tierno aún.

Salimos hacia Casdemiro á las tres próximamente. Los expedicionarios éramos seis: el gobernador de Orense Ricardo Vargas Machuca, el diputado Julio Astray Caneda, el festivo poeta Arturo Vázquez, el discreto escritor Juan Neira Cancela, el jefe y representante de la ilustre familia del autor del *Teatro Crítico* Adelmo

Feijóo, y mi persona. Nos distribuimos holgadamente en dos carruajes, el elegante *landeau* de Astray Caneda y un ómnibus, que se quedó algo atrás, pero al cabo no tuvo otro remedio sino cumplir su deber venciendo la cuesta.

Conduce al hogar de los Feijóos una carretera paralela al ramal del camino de hierro que corre desde Monforte á Orense, y entre las dos vías resbala el Miño, cautivo de doble fila de montañas, cuyos pedregosos flancos reviste de verdura el castaño, cubierto ahora de las pálidas bolas del erizo que empieza á madurar. El ferrocarril va recto, con la implacable lógica de la ciencia positiva; la carretera, más libre y caprichosa, se retuerce en revueltas innumerables, unas veces colgada sobre el río y acariciada por la frescura que sube de él, otras internándose en estos viñedos escalonados que imprimen su aspecto más peculiar á los dos pintorescos *Riveros* de la hermosa tierra orensana.

Habíamé dicho unos que la distancia á Casdemiro sería cosa de una legua, éstos que de cuatro, y aquéllos con un cuarto de legua se daban por satisfechos. En mi país ya se sabe que no hay modo de averiguar cuánto dista un punto de otro sino yendo á cerciorarse personalmente. Por experiencia y calculando según lo que tardaron en recorrer el trayecto las vivas jacas andaluzas que arrastraban el *landeau*, puedo

asegurar que poco más de dos leguas separan á Casdemiro de Orense. Á los tres cuartos de hora de nuestra salida, ya veíamos bien próximo, á la derecha, el campanario borrominesco de Santa María de Melias *de arriba*, la parroquia en que sin duda fué bautizado el gran beneditino. Echamos pie á tierra á la boca del corto sendero que sube á Casdemiro; cruzamos el lugarcito sombreado por altas parras, y nos detuvimos penetrados de respeto ante el portón de la casa solariega de los Montenegros y Feijóos.

Sobre el dintel, no en un escudo sino sencillamente en la segunda hilada de piedras de la cornisa, campeaba el blasón de ambos hidalgos linajes: la *espuela*, los *tres cerrojos* y la *M*, por Montenegro, y por Feijóo los *seis rocles* (ó según otros los seis *feixóos*, habichuelas) y la *espada desenvainada, con la punta hacia abajo*. Primera vez que veo usar en heráldica la espuela; si me diese por simbolismos, diría que pega muy bien en las armas del que tanto espoleó á su siglo y á su nación, para que no se rezagasen y atolasen en la ignorancia y la rutina. Están los emblemas del blasón pintados de colores negro y rojo, de modo que se destacan mucho sobre el granito; y más arriba la piedra del escudo, en blanco, parece aguardar á que los dispersos cachibaches heráldicos suban á ocupar sus respectivos cuarteles. Debajo, en el ancho dintel,

se ve el mejor, el encumbradísimo blasón de la familia: un letrero abierto á pico, rezando que en aquella casa, con tal fecha, nació el Padre Maestro fray Benito Jerónimo Feijóo.

¿Á quién no le sucede alguna vez, al entrar en lugares que desde mucho tiempo atrás visitó con la fantasía y sueño y construyó á su manera, encontrarse chasqueado por la realidad y dar con algo enteramente distinto de lo que imaginara? Yo temía este desengaño en Casdemiro. Desde que penetramos bajo el techo que cobijó al Bacón hispano, se desvanecieron mis recelos y tuve la grata sensación de que la casa de Feijóo correspondía exactamente á mi idea preconcebida.

Es la encantadora casa solariega, familiar, patriarcal, sencilla y casi rústica de los hidalgos campesinos del Rivero; la casa de techo sin cielo raso, donde la negrura de las vigas y pontonaje contrasta con la immaculada cal de las paredes, que nunca deshonró el inicuo papel pintado; la casa donde, por las alegres solanas y las ventanas hondas, entra á torrentes el balsámico aire montañés y el amigo del cultivador, el sol, que dora el racimo; la casa á cuya puerta se ve un carro de labranza desuncido y en cuyas habitaciones hay urnas con santos y viejos retratos de familia; la casa donde aún no lograron penetrar las cursilerías del falso lujo moderno, ál-

bumes y juguetes de porcelana, cromos y monigotes de cinc; la casa que huele á establo, á aldea, á paz.

En cualquiera de estas casas de tan simpático carácter me desagradaría encontrar novedades y modernismo; pero en la de Feijóo sería un desencanto en toda regla. Por fortuna, Casdemiro se conserva tal cual estaba en el siglo xviii, salvo ciertos muebles que exigían forzoso reemplazo. Una estantería de libros me llamó sobre todo la atención, porque serviría muy bien para fondo de algún grabado que represente al Padre Maestro en la actitud clásica, apoyada la izquierda en un libro y con la diestra empuñando la pluma—la pluma valiente, cáustica y medicinal.—En el centro de la estantería, y en una especie de camarín velado por desteñida cortina de sarga, está la mascarilla del gran benedictino, modelada sobre su faz cuando ya era cadáver. Aquella cara amarillenta, que en vez de tener la gravedad de la muerte está destellando sagacidad é inteligencia y parece que se dispone á entreabrir los ojos y despegar los labios para interrogar al que la mira, es el complemento de los estantes cargados de gruesos libros, de esos libros de la centuria décimaoctava, todos curiosidad é investigación.

Cotejando la mascarilla con el grabado de la edición de Samos del *Teatro Crítico*—que to-

mamos de los estantes—comprendí que el parecido es exactísimo; pero más me sorprendió una fotografía que vi en la sala, y que representa á la hermana de Adelmo Feijóo en hábito de religiosa. Increíble parece que después de cuatro ó cinco generaciones, en descendencia colateral, pueda darse tan portentosa semejanza. El mismo corte de cara prolongado, la misma boca de finas líneas y sagaz expresión, la misma notable distancia del labio superior á la nariz, iguales barbilla y frente llenas de mesetas y planicies; en suma, un Fray Benito Jerónimo Feijóo hembra, nacido á más de ciento treinta años de intervalo.

La estantería y un retrato al óleo, de muy mala mano, son los únicos recuerdos que del Padre Maestro conserva la casa, puesto que de ella salió siendo niño aún para el convento de Samos. No hay que buscar allí á Feijóo en los pormenores del mueblaje ni en poltrona ó recado de escribir, sino en la atmósfera de la casita, en su fisonomía especial, tan honrada; tan íntima, tan cariñosa, si es lícito decirlo así. Y sobre todo en el huerto—mejor diría en la viña—que la rodea y envuelve, al menos en esta época del año, con su fresco manto de tafetán verde recamado de perlas blancas, rosadas y negras, en apretadas piñas de racimos.

Cuando los organizadores de las fiestas oca-

sionadas por la erección de la estatua de Feijóo proyectaban realizarlas en el mes de Julio, me alarmé pensando no solamente en el bochorno abrasador que en tal época del año convierte á Orense en extensa *Burga*, sino ¿á qué negarlo? en que el racimo no estaría maduro. Y el toque más rico y pintoresco, la alegría del paisaje orensano son esos corimbos de grano trasparente que dejan en los dedos como un polvillo embalsamado y pegajoso y en el paladar un dejo tan exquisito, que Castelar, nuestro Lúculo, lo prefiere al de la uva malagueña. Tengo á la provincia de Orense por la más bella de Galicia,—sin exceptuar á la de Pontevedra, aunque la mayor parte de los turistas no opina así;—pero hay que verla cuando la uva cuelga, ya sazónada, y la vid empieza á adquirir calcinados tonos; hay que verla á mediados de Septiembre.

Pues bien, de todas las parras cargadas de cosecha ópima que ostenta ahora el Rivero Miño, y pronto caerán en la profunda banasta de los vendimiadores, ninguna puede alabarse de producir tan deliciosas uvas como el parral de la granja de Casdemiro. La obsequiosidad de Adelmo Feijóo nos permitió saborear, sobre tosca mesa de piedra y al lado de la barroca fuente que debe de ser contemporánea del Padre Maestro, más de diez clases de néctares destilados por el sol riverano en las capsulitas de la uva.

Allí el *náparo* ó *jaén*, admirable por el grosor de sus enormes y rojizos granos; allí la *moza fresca*, dulce y clara como el famoso albillo; allí el *moscatel*, de grano apretado y chico, de una finura y un aroma incomparables; y allí, por último, la uva más común del Rivero, blanca, pero dorada por la parte en que el sol la acaricia, y notable por la gustosa acidez que templó su azucarado zumo. Y á título de curiosidad, la extraña uva que convinimos en llamar *de Feijóo*, porque ignorábamos su nombre técnico y porque sólo en aquella granja se cultivó: una uva no redonda, sino larga y estrecha, cuyo racimo afecta la forma del racimo de plátanos y cuyo grano parece la vaina de un haba.

Debo advertir que el actual representante de la casa de Feijóo y Montenegro es un viticultor inteligente y asiduo, un agricultor en toda regla, que al enviar á la Exposición de ganados sus hermosas vacas, les ciñe al cuello, con homérica sencillez, collares blasonados donde campean los roeles y cerrojos del dintel de su portón. De suerte que al anticipar la vendimia por nosotros, cortando los mejores racimos de la granja, nos dió mayor prueba de cordialidad que si, avisado á tiempo, como deseaba, pudiese ofrecernos un refresco espléndido. Si no lo hizo no fué ciertamente culpa suya, ni falta de hospitalidad, pues he visto pocas personas más hospita-

larias y afectuosas sin estudio, que el hidalgo de Casdemiro, y doy fe de que le causó gran disgusto el que no le anunciásemos con anticipación nuestra ida, por hallarse la casa cerrada y la familia en las fiestas. No por eso dejó de espumar el Champagne á la sombra de la antigua parra, atónita quizás de vernos brindar por la venerable memoria de Feijóo con el bullanguero vino de las fiestas modernas. Hasta sorbete nos dió allí Ricardo Vargas: Dios se lo premie, que el calor lo pedía á gritos.

Conservo de la granja de Casdemiro una impresión como de retablo churrigueresco, de esos en que sobre la patina del oro serpentea la vid cargada de fruto. En efecto, el sol poniente bañaba en dorado vapor el anfiteatro de montañas á cuyos pies iba dormida la corriente del Miño, y disolvía oro líquido en los senderos del huerto, y hasta cubría de una capa de purpurina el añoso ciprés, coetáneo del Padre Maestro, y el tronco, grueso como el muslo de un hombre, de la cepa plantada en el siglo XVIII, y por encima de nuestras cabezas, destacándose de la bóveda de follaje, los racimos morados ó rosados pendían graciosamente, como llamando por algún angelote carrilludo ó algún ratón goloso, de esos que los escultores escondían en los intercolumnios y tableros para darles á picar y roer el fruto eucarístico....

Al regresar á Orense caía la noche; el río era una línea irregular trazada con lápiz-plomo; las montañas, color violeta oscurísimo, nos encerraban, como sucede siempre en estas carreteras del Rívero, en que parece no haber salida posible; el caserío de *Melias de abajo* apenas blanqueaba en la falda del monte, y de la mansión solariega de Feijóo no me quedaba sino una rama de ciprés que prendí en el pecho, y las ganas de emborronar este artículo.

Orense; 8 de Septiembre de 1887.



## UNA VISITA Á SAN ROSENDO

Y SU MONASTERIO, EN CELANOVA

I

Á Ricardo Vargas Machuca.

**A**LLÁ en mi niñez, y como una leyenda de familia, había oído referir que mi tío, el conde de Torremúzquiz, jefe de la rama de Mosquera, tenía, á título de descendiente de San Rudesindo ó Rosendo, el derecho de entrar bajo palio en la catedral de Orense. En qué documento constase ese privilegio, ni cómo ni por dónde viniese ese parentesco con un santo del siglo x, es cosa que nunca supe, ni

Al regresar á Orense caía la noche; el río era una línea irregular trazada con lápiz-plomo; las montañas, color violeta oscurísimo, nos encerraban, como sucede siempre en estas carreteras del Rívero, en que parece no haber salida posible; el caserío de *Melias de abajo* apenas blanqueaba en la falda del monte, y de la mansión solariega de Feijóo no me quedaba sino una rama de ciprés que prendí en el pecho, y las ganas de emborronar este artículo.

Orense; 8 de Septiembre de 1887.



## UNA VISITA Á SAN ROSENDO

Y SU MONASTERIO, EN CELANOVA

I

Á Ricardo Vargas Machuca.

**A**LLÁ en mi niñez, y como una leyenda de familia, había oído referir que mi tío, el conde de Torremúzquiz, jefe de la rama de Mosquera, tenía, á título de descendiente de San Rudesindo ó Rosendo, el derecho de entrar bajo palio en la catedral de Orense. En qué documento constase ese privilegio, ni cómo ni por dónde viniese ese parentesco con un santo del siglo x, es cosa que nunca supe, ni

pienso que lo sepa el mismo conde de Torremúzquiz, que de todas maneras es acaso la única persona capaz de esclarecer tan delicado, oscuro é insignificante punto genealógico, del cual quizás toquen algo los nobiliarios gallegos.

Lo que importa á mi asunto es, que de la noticia del palio y del privilegio, resultó que me formase idea muy ventajosa del santo que á distancia de tantos siglos valía preeminencias tamañas á sus descendientes, y que la curiosidad y deseo de visitar el sitio donde reposan sus venerandas reliquias constituyese en mí uno de esos sueños vagos, no imposibles de realizar ni mucho menos, pero cuya realización va aplazándose un día y otro día, y suele quedarse en proyecto cuando no la auxilia alguna circunstancia impensada y favorable. Si no es por las fiestas de Orense con motivo del monumento á Feijóo, por la invitación á presidir el Certamen con que me honró la prensa y por la delicada atención y cariñosa amistad de Ricardo Vargas Machuca, es probable que yo me muriese sin rezar ante el arca de plata que encierra los restos del santo Obispo, ó por lo menos que mi visita á Celanova no me hubiera dejado en la fantasía y la memoria, al par que imborrables impresiones artísticas, recuerdos de esos que hacen luminoso y pintoresco por excelencia un día de la vida, destacándolo de entre los restantes.

Como á las gentes modernas nos resulta mucho más fácil trasnochar que madrugar, se convino en que no era posible emprender la jornada de Celanova antes de las ocho de la mañana, lo más temprano. Y aquí, si se cita para las ocho, es cosa averiguada que no se sale hasta las ocho y media, pues siempre algún expedicionario se retrasa ó excusa en el momento crítico. Así sucedió, y ya picaba el sol regularmente cuando los cinco vehículos que representaban todo el material de transporte disponible en Orense se pusieron en camino. Y como, mal que le pese al autor de la *España sagrada*, de Orense á Celanova no hay tres ó cuatro leguas, sino cinco, y de muy agria subida; y como hicimos alto dos veces, una para reparar con Jerez y viandas frías los desfallecimientos del estómago, otra en el pueblecillo de la Merca, donde nos recibieron aldeanos á un lado, aldeanas á otro y la música en medio, ni más ni menos que en las operetas, resultó que hasta las dos de la tarde no echamos pie á tierra en la plaza de Celanova, ante el convento que me tenía reservadas tantas y tan gratísimas sorpresas, velándome una maravilla arqueológica donde sólo pensé hallar algún resto curioso de otras edades.

De la acogida que nos dispensaron los Padres Escolapios y todo el pueblo de Celanova ha hablado ya algún corresponsal, describiendo la gi-

ra en periódicos de la corte. Yo debo pasar en silencio la mayor parte de los testimonios de afecto que se nos prodigaron, á fin de que la gratitud no parezca vanidosa jactancia, al salir del lugar donde debe archiversse y guardarse eternamente. No crean, pues, que olvido lo que callo, y permitanme que vaya en derechura á dar alguna idea, rápida y como en boceto, de las preciosidades que encierra el monasterio del Salvador.

En dos categorías pueden dividirse estas preciosidades: las que se remontan al siglo x y son recuerdos de San Rosendo, ó al menos de su época, y las que corresponden á la suntuosa reedificación del monasterio á fines del siglo xvii. En unas y otras hay harto que estudiar y admirar, y no dudo que, á pesar de la carencia completa de documentos relativos al origen, fechas y nombres de autores de aquellas joyas primorosas, un atento examen, verificado por persona entendida, podría arrojar mucha luz y disipar bastantes dudas. Yo, en tres horas escasas, y sin competencia suficiente, no he podido hacer sino abrir la boca de admiración mientras estuve allí, y recordar aquí lo más saliente, lo más plástico y lo que me causó mayor asombro por su rareza ó su magnificencia. Ni me propongo sino llamar la atención del ministro de Fomento para que atienda á un monumento dignísimo de figu-

rar entre los *nacionales* mejor estimados. En esto insistiré cuando corresponda. Antes quiero decir algo del Santo fundador, bien segura de que, á la respetable distancia de nueve siglos, el glóbulo de su sangre que llevo en las venas no ha de impulsarme á encarecer más de lo justo los méritos del que, según la leyenda, fué *grande delante de los hombres y no menos en la presencia de Dios.*

Es San Rosendo una de esas características figuras del primer período de la Edad Media, severa y penitente, estremecida ya por los vagos terrores del *milenario*, pues florece poco antes de la memorable y crítica era en que la humanidad se arrodilló transida de espanto, creyendo ver realizarse las profecías apocalípticas, á las estrellas cayendo del cielo y resonando en el espacio la ronca trompeta del juicio final. Por eso San Rosendo, en su escritura de donación á favor del convento de Celanova, dicta esta cláusula: «El día del juicio se acerca, y en él el Rey devastará el orbe: se inflamará en el fuego de la venganza, juzgando obras y pensamientos: aparecerá vengador, y temblando en su presencia los más fuertes, caerán como heridos de muerte y llenos de terror, según dice el Profeta: *Dies iræ, dies illa.*»

La forma visible más tremenda que en el siglo x tomaba la cólera divina para los habitantes

de la costa eran las incursiones de piratas normandos. Apenas los fieros reyes de mar saltaban de sus barcazas en territorio cristiano, caían como aves de presa sobre los monasterios y abadías para hacer oír á los monjes la *misa de las lanzas*, es decir, marcarles con hierro candente una cruz en la tonsura, y degollarles al fulgor del incendio, no sin llevarse los vasos sagrados para trincar en ellos el vino de la victoria. De suerte que los obispos, los venerables obispos de aquellas edades, asumían doble cargo: pastores de almas y capitanes generales de ejército: debían apacentar ovejas sin descuidarse en cazar lobos. Esto fué San Rosendo, hijo de la condesa Santa Aldara, nieto de los condes de Lugo, tataranieta del rey suevo Ariamiro, prior de Cabeiro, obispo de Dumio y de Iria Flavia, curiosa mezcla de barón feudal y de santo taumaturgo, resucitando muertos con la misma mano que empuñaba el asta del pendón para guiar á las tropas galaicas contra los *hombres del Norte*.

Cuando mejor se ve con los ojos de la imaginación al obispo de la Edad Media—lo mismo que si estuviese miniado en un códice, con sus vestiduras bárbaras y fastuosas, su túnica de brocado de oro, cuyos rígidos pliegues le encierran como á una estatua ó una imagen de bulto, con su mitra de forma oriental, con sus colosales anillos macizos, su báculo de marfil, todo su

aparatoso ornato románico—es al tener en la mano las preseas que se guardan en el relicario del monasterio de Celanova. ¡Qué bien revive en ellas la época del Santo, y cómo parece que le tenemos delante, en solemne postura hierática, extendiendo los dedos para bendecir!

Porque en Rosendo domina el santo al combatiente, y aun puede asegurarse que por boca suya exclama la leyenda cristiana: *Bienaventurados los pacíficos*. ¿Quién no conoce el dramático episodio de la noche de Navidad del año 967? San Rosendo, que dormía tranquilamente en su palacio episcopal de Compostela, despiértase sobresaltado y ve ante sí una figura armada de todas armas, que con la punta de la espada desnuda alzaba la cubierta del lecho. Es su antecesor Sisenando, depuesto por Sancho, y que, muerto el rey, se presenta á recobrar su silla, de grado ó por fuerza. Rosendo se la cede al punto, y despojándose de sus vestiduras, se retira á Cabeiro; pero al despedirse de Sisenando le recuerda con firmeza las palabras de Cristo: quien á hierro mata á hierro muere. La saeta de un guerrero normando realizaba un año después el vaticinio.

En cuanto á Rosendo, ya no volvió nunca á ceñirse las ínfulas episcopales. Había encontrado aquel lugar de reposo, aquel nido del espíritu que las almas de entonces gustaban tanto de col-

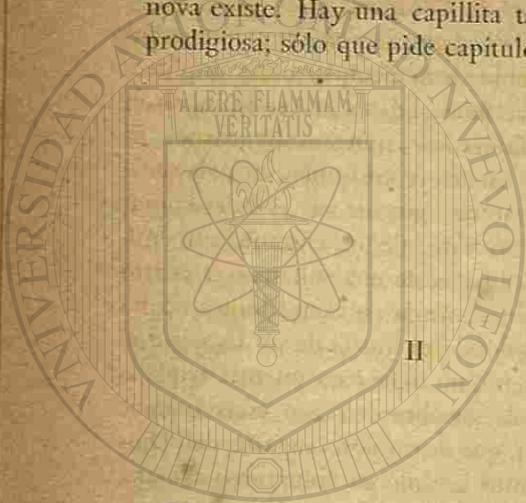
gar en una soledad, al borde de un río ó en la cima de una montaña. De Cabeiro, que le debía su fundación, pasó á otro monasterio, también obra suya, San Salvador de Celanova, situado en el territorio *Búbalo*, debajo del monte *Leporano*, entre los ríos Arnoya y Limia; fundación inmensa, enriquecida por el Santo y su madre la condesa Aldara ó Ilduara con vastos dominios, posesiones, iglesias, villas, salinas, bosques y prados, y bien abastecida de cruces, cálices, diptagos y ornatos riquísimos, rebaños, utensilios, muebles y hasta colmenas de abejas, cuya lista puede verse en la ya citada escritura de donación. ¡Qué presa para el pirata escandinavo! Afortunadamente no se internó hasta allí, y en el poderoso monasterio, que llegó á tener sujetos á su jurisdicción otros treinta y nueve, acabó en paz sus días mortales el siervo de Dios Rudesindo, diez años después de la noche en que profetizara á Sisanando muerte á mano airada.

Repito que teniendo la fantasía algo *constructora*, no es difícil soñar cómo sería en el siglo x el monasterio del Salvador, mirando las inestimables reliquias que se conservan en él y que pertenecieron al Santo. Libreme Dios de describirlas por menudo: esto se queda para los arqueólogos. Yo sólo conservo la impresión; insisto en que me parecía que el obispo, alzándose de su urna de plata, se nos presentaba revestido

con aquellos ornatos semibárbaros, rodeada la cabeza de un ancho nimbo crucífero, incrustado de tosca pedrería. Se guardan de San Rosendo en Celanova el báculo, la mitra corta de lana blanca con galón verde entretegido de oro, la patena esmaltada, el ara portátil, de una piedra que por su color parece serpentina y que encuadra rica cenefa de plata y esmaltes, los anillos episcopales, que son para dedos gigantescos y llevan un enorme trozo de cristal, el sello de familia, de forma visigoda, de filigrana de oro con un amuleto romano, y por último los curiosísimos peines, unos peines anchos, historiados, de gruesas púas, labrados en madera y en marfil, hechos propósito para hincarse en las sospechosas, enmarañadas y luengas guedejas medio-evales, guedejas que me figuro ver flotar, abundantes y grises, bajo el círculo de la mitra del Santo, completando su austera fisonomía. Hállanse tan bien conservadas las reliquias, y ostentan tan á la vista eso que hoy se llama *carácter de época*, que más se las recomiendo todavía á los poetas, amigos de respirar en la historia la encantada flor de la leyenda, que á los doctos capaces de analizar y clasificar debidamente estas bárbaras joyas.

No son estos objetos,—muy propios para que nos representemos aproximadamente el botín que se llevaría en su barca el rey de mar Gunde-

redo al alejarse de las costas gallegas,—el único recuerdo contemporáneo del Santo que en Celanova existe. Hay una capillita tan chica como prodigiosa; sólo que pide capítulo aparte.



Cualquiera que se imagine una capillita del siglo x, fundada por una condesa de Galicia que lleva el nombre visigodo ó suevo de Ilduara, supone una fábrica románica, ruda é informe; según corresponde á la época de su construcción; algo semejante á las viejas iglesias asturianas de Santa María de Naranco y San Miguel de Lino. ¡Qué sorpresa tan grande encontrar, bajo el cenador de floridos jazmines cuyo ramaje la entolda, rodeada de emparrados donde cuelga sus graciosas estalactitas el maduro racimo, en un huerto y como escondida por la vegetación, esa

joya del más puro arte árabe, la única que en tierra gallega existe, y que parece reducción del famoso *Mirrab* de Córdoba!

Prodigiosa la he llamado por esta razón: en mi país no poseemos otro ejemplar de la arquitectura ismaelita, pues si los sarracenos lograron invadirnos alguna vez, nunca subyugaron, ni arraigar aquí su arte y costumbres. Y la mezquita en miniatura (démosele su verdadero nombre), que por lo clara, alegre, elegante y menuda parece el camarín de una sultana ó el cuarto de baño de un emir: la perla musulmica oculta en montañas donde ni huella de su paso dejó el poderío agareno, no tiene para mí más explicación que la de ser obra de algún esclavo árabe de la condesa, que acaso por vengarse del Dios de los cristianos le alojó en voluptuosa cámara, sentenciando al espiritualismo á ahogarse en tan reducido y profano albergue.

Consta la capilla de una nave brevísima y un tabernáculo proporcionado á la nave, al cual se entra por una puerta de arco de herradura de los más acentuados y característicos. Lindos ajimeces dan luz al tabernáculo, y ante su umbral está una grada revestida de preciosos azulejos moriscos, de esos matices brillantes y metálicos que tan gratamente halagan la pupila en los grandes platos hispano-árabes que ahora se estima colgar en los comedores. Todo ello, ni con-

vidaba á orar, ni siquiera á entregarse á la suave melancolía que infunden las iglesias cristianas: allí á lo sumo se podría amontonar dos ó tres cojines, sentarse á lo moro, encender un perfumador y soñar con fuentes y palmeras, á lo cual incitaba bien el calor de la jornada, la fragancia de los jazmines que sombrean la losa donde Santa Ilduara se arrodillaba invocando al cielo, y la pereza, herencia de la raza semítica que los españoles guardamos con cariño.

Después de admirar esa alhaja moruna, digna de un estuche, y doblemente notable atendido el lugar en que se encuentra y la fecha á que se remonta, inmediatamente formé la resolución de dirigir al ministro de Fomento, por conducto de *El Imparcial*, que es tanto como decir por el de todo bicho viviente que lee periódicos en España, éstas ó parecidas frases: «Sr. D. Carlos Navarro Rodrigo: al lado de la maravillosa capillita de Santa Ilduara, y como fatídica amenaza perenne, se levantan los muros gigantes del Noviciado del monasterio, asolados por la barbarie desamortizadora y los furores de la guerra civil: el día en que estos muros se derrumben—que será cuando usted menos se percate—aplastarán la capilla, como la maza de Hércules puede aplastar un mosquito: cargue aquí la consideración, note el mérito y rareza de esta monería, y vea si procede que, previos todos los trámites,

formalidades y consultas *al auto*, sean declaradas la capilla de Santa Ilduara y el admirable monasterio del Salvador *monumento nacional*, y se prevenga la ruina de los muros y la pérdida de tal joyel. Galicia merece que se atienda á sus riquezas arquitectónicas como se atiende á las de otras provincias españolas; y el rostro se enciende de rubor y los ojos se nublan de llanto cuando los tesoros del arte, que en naciones más felices se conservan como debe conservarse lo que no tiene sustitución posible en el mundo, desaparecen del territorio al cual servían depreciado blasón.» (1)

Cómo sería el monasterio fundado por San Rosendo, no puede ni conjeturarse ahora; el San Salvador actual es reconstrucción terminada á fines del siglo XVII; la inscripción en la bóveda reza que el año de 1678. Lo que se siente al penetrar en la iglesia y al recorrer los claustros, es una impresión indecible de magnificencia y grandiosidad. Como sucede en el Escorial, nos domina la suntuosa fábrica; sólo que, á diferencia de la sombría mole, obra del prudente Filipo, no pesa sobre el alma, no entristece. Lejos de eso, la iglesia, al menos para mí, es una fiesta de los ojos, un paraíso de los sentidos.

(1) Esta súplica se la repito ahora al Sr. Canalejas, y si al publicarse el presente libro no fuese ya el Sr. Canalejas ministro de Fomento, á su sucesor.

Debo confesar, ya que la ocasión lo exige, que experimento una debilidad ó predilección marcadísima por las esculturas y retablos llamados de la decadencia. Si en piedra no me satisface por completo el gusto *churrigueresco* (aunque estoy muy á bien con ciertos ejemplares suyos), en madera tallada, pintada y dorada me cautiva. Aquella opulencia de adorno y aquella prodigalidad infinita de detalles; aquella inexhausta fantasía que no cesa de producir formas y combinaciones de colorido; aquel oriental esplendor y aquella vida que bulle, hormiguea y se derrama en las vegetaciones, en la flora, en la fauna, en los símbolos, en los pasajes de la Biblia, de la leyenda ó del Evangelio, que trepa por los fustes de las columnas, revienta comprimida en los capiteles, ondea en las cornisas, se enrosca en las volutas y florece en los casetones de las bóvedas; aquella suntuosidad del oro desperdiciado á manos llenas, realizado por la intensa y armónica esplendidez de los colores, son, en mi entender, cosa muy bella y tan significativa como puede ser cualquier monumento ojival, que por costumbre y rutina consideramos la más propia manifestación de la idea religiosa.

Estos retablos de la decadencia también expresan cumplidamente una fase de la vida histórica del catolicismo español. Llegado á su es-

pléndido apogeo; habiendo producido ya la ciencia isidoriana y el misticismo, el arte sublime de las Catedrales y la epopeya del Romancero, los teólogos de Trento y los héroes de Flandes, Santo Domingo y San Ignacio, Santa Teresa y Murillo; después de conquistar para Cristo otro hemisferio y de contrastar á la Reforma y de inspirar los Autos Sacramentales y los versos de fray Luis, en el período de cansancio y postración que sigue fatalmente á tal derroche de energías y fuerzas creadoras, el catolicismo español celebra su propia apoteosis con la asiática riqueza de los retablos, y en ellos pone como una visión de la gloria, premio y fin de tantas luchas y tanta sangre vertida. La pompa del decorado se une á la pompa del culto, y la Iglesia, ataviada como para el día nupcial, brilla, refulge y se aparece radiante de belleza entre la pesada nube de incienso, los millares de cirios, las delicadas voces de los cantores, la majestad del órgano, el destello de la pedrería y el crugido de las recamadas casullas, donde sembró todas sus flores una mística primavera.

¿Cómo no experimentar algo análogo al deslumbramiento del Paraíso de Dante, al ver estas columnas cuyo fuste no es sino cabecitas de ángeles que palpitan entre aureas nubes; estas puertas del coro bajo que parecen la *janua cali* de la letanía, todas revestidas de oro, sobre el

cual se destacan en soberbio relieve las cabezas de San Pedro y San Pablo; este retablo del altar mayor, tan proporcionado en su inmensa altura y tan elegante en su complicación? Sería cosa de estarse un día entero mirándolo, y aun no veríamos todos los pormenores deliciosos que agrupó allí el gran artista anónimo á quien se debe.

En ninguna obra semejante he visto que la vid, la eterna vid de los retablos decadentes, se enrede con más gracia ni esconda tan gentiles y picarescos angelotes y ratoncillos dedicados á comerse la uva. Nosotros apenas si tenemos tiempo de echarle una ojeada, y de consagrar rápidos minutos al examen de los interesantes bajo-relieves de mármol, incrustados en su parte inferior, que representan la Presentación, la Circuncisión, el Tránsito de la Virgen, el Lavatorio, la Cena, la Coronación de espinas, la Flagelación, la Disputa con los doctores en el templo y la Degollación de los inocentes. Son estos bajos-relieves muy chicos, y las figuras, delicadas y menudísimas, están pintadas y doradas; parece que corresponden á la primera mitad del siglo xvi, y deben de ser anteriores á la reconstrucción del templo. Pero nada de indagaciones ni de conjeturas; no hay espacio. Solicitan nuestra atención el altar de San Juan, con su hermosa effigie de bulto; la imagen de piedra de San Be-

nito, cuya cabeza parece respirar y meditar; la sillería del coro bajo, en cuyos sitiales se desarrolla la vida de San Rosendo; la estatua del mismo Santo, sentada y colocada sobre la urna cineraria de Santa Ilduara su madre; el Cristo bizantino, con enaguillas, negro, trágico, desmelenado y sublime, que, resaltando sobre un fondo de oro, conmemora en aquella iglesia pomposa é imperial las tristezas y severidades de la Edad Media.....

Imposible dejar de pararse, siquiera no tanto como pide el deseo, ante las dos arcas de plata, incrustadas en el altar mayor y que encierran: el cuerpo de San Rosendo la que está al lado de la Epístola, y el de San Torcuato la que está al del Evangelio. Trabajadas á fines del siglo xvi, con muchos esmaltes y labores representando ocho milagros, cuatro en la delantera y dos á cada lado, estas arcas, dice Florez, pesan seis arrobas y cuatro libras de plata. Por la fecha en que se labraron—la mejor de la orfebrería española—juzgo que serán un encanto, ya que la altura á que están colocadas no permite enterarse bien.

San Torcuato es el segundo Santo de Celanova; quiero decir que comparte con San Rosendo, no solo la sepultura de plata, sino el lugar preferente en el relicario de los monjes. Fué San Torcuato obispo apostólico de Guadix; le

consagraron San Pedro y San Pablo, y sufrió martirio en su misma Sede. Bajo la persecución de Abderraman los cristianos trasladaron sus reliquias á Galicia, tierra libre del yugo árabe, á la antiquísima iglesia de Santa Coloma, á cuatro leguas de Celanova; y habiendo querido ciertos devotos portugueses consumir en el sagrado cuerpo uno de los piadosos latrocinios tan frecuentes entonces, caminaron toda la noche y al amanecer, en vez de encontrarse en la frontera, halláronse en Celanova, donde las campanas tocaron solas para anunciar la llegada del tesoro. La leyenda añade que el siervo de Dios Franquila, abad del monasterio, aquel en cuya boca veía San Rosendo entrar y salir una paloma blanca, sabía por revelación lo ocurrido, y acudió procesionalmente á esperar y recoger el cuerpo.

Entre las reliquias que me enseñaron los Padres Escolapios se cuenta el cráneo del mártir—del cual dijo Castilla con revesado encomio que «tiene en sí tanta majestad que pone grandísima reverencia el mirarlo,» y que «en las sombras de los ojos que le faltan tiene una cierta semejanza de ojos que parece que no le faltan»—y asimismo el corazón momificado, semejante á un trozo de yesca; aquel corazón que habrá latido con tan inefable gozo al anuncio de los nuevos tiempos!

Mas no quiero seguir consultando crónicas de Santos, porque soy inclinada á embelesarme en ellas, y conviene pasar á la última parte de mis impresiones en el Escorial gallego.

## III

Para cerrar el recuento de las preciosidades que contiene la Iglesia del Salvador me falta sólo la sillería ojival del coro alto. Á mis compañeros de expedición, que no eran como yo aficionados al arte escultural de fines del siglo xvii y principios del xviii, les cayó que admirar con tan soberbia muestra del estilo gótico florido. Créese que esta sillería procede del monasterio de benedictinos de Sahagún, pues se ve que no ha sido hecha para el lugar que ocupa. Contemporáneos de los sepuleros de la Cartuja de Miraflores, estos sitiales son de la Edad Media por su

corte, del Renacimiento por su ornamentación elegantísima; dos periodos históricos se funden y enlazan aquí, dando cada uno lo mejor que tiene. No hay un dibujo ni un adorno igual á otro, y la imaginación del tallista muestra esa singular fertilidad, esa facundia seductora que caracteriza al arte creador y fuerte cuando lleva en sí fondo de inagotable variedad y riqueza y puede desarrollar, como el músico el tema favorito, una misma idea en prodigioso número de combinaciones. Cada respaldo ofrece delicada red de líneas, de nervuras y de calados, semejante al florecimiento tan libre como geométrico de la madrepora y el coral; cada brazo y cada asiento esconden un juguete, un capricho fantástico del artista; ya es un gaitero que infla los carrillos para soplar en el fuelle, ya un mono que roba un fruto, ya un diablo rabudo que se encrespa y nos desafía con mueca burlona, ya una melusina mitad hembra y mitad pez; que el genio de la caricatura y la imitación realista de la naturaleza descuellan en esta sillería como en todas las obras maestras del arte gótico.

Con la aclamación que nos arrancó la sillería nos despedimos del interior del templo y pasamos á recorrer el monasterio y el Colegio de Escolapios—respetando, por supuesto, la clausura, que las mujeres no pueden quebrantar.— Paseo triste, pues sólo me mostró alas ente-

ras del inmenso edificio que ya son desnudos lienzos de pared, sin pisos ni tejado, artesonados magníficos que se deshacen, pudriéndose aquellas airosas y atrevidas piñas colgantes de madera que recuerdan ciertos techos de la Alhambra. No, yo no me puedo resignar á que se abandone y pierda lo que nos legaron siglos más creadores de la belleza plástica que este nuestro. Malhaya quien tocó irrespetuosamente á la España monumental; anatema sobre los vándalos, llámense como se llamaren y vengan de donde vinieren.

Excepto la capillita de Santa Ilduara, la arquitectura del Salvador no se recomienda sino por su grandiosidad y por algunas bóvedas y arranques de escalera en extremo notables. No me dejo en el tintero el hermoso claustro del Renacimiento, terminado en 1582, cuyo segundo cuerpo es muy posterior, barroco puro, y dibuja sobre el cielo sus remates de decoración de ópera, que parecen, según la frase feliz de un gran escritor español, tramoya de teatro eternizada en piedra.

Mientras nos extasiábamos con el arte, la naturaleza implacable hacía su oficio, y entre los expedicionarios había quien estaba dispuesto, según confesión propia, á comerse hasta las venerables reliquias si no se le daba presto otro manjar más jugoso. Á escape vimos la ancha co-

cina y la fresquísima bodega conventual, y en volandas nos llevaron á la robleda de los monjes, en cuyo centro, bajo una pintoresca marquesina, nos esperaba la mesa.

No sé si alguna vez se ha podido achacar con razón á las eruditas comunidades de San Benito la vida regalona que se atribuye á los jerónimos y aquellas costumbres de celda repleta y bufetillo atestado de golosinas que el Padre Isla describe; pero á buen seguro que no vivirían tan sólo para los goces del estómago hombres que, amén de estimar como nadie la apacible recreación del estudio, sabían entender las bellezas naturales y formarlas á su alrededor muy poéticas, como la de esta robleda deliciosa. Tan rectos, gruesos é iguales crecen los robles centenarios, que los tomamos por castaños al pronto. Aparte de la mullida alfombra de yerba que cubría el suelo, otra de aromáticos y cortados helechos entapizaba la esplanada ó claro donde se alzaba la marquesina, á fin de que ni un grano de polvo manchase la suela de nuestro calzado.

Era digno de una edad artística y tenía sus lejos y perfiles de banquete ateniense, el espectáculo de nuestra comida en la robleda. El cielo sin una nube; el toldo y la mesa inundados de ramaje y flores; los comensales, todos pertenecientes á la *inteligentia*, como dicen los rusos, y más penetrados de espiritual animación que

de epicúreo placer, más sedientos de alma que de cuerpo, á pesar de los manjares exquisitos preparados por Lhardy, y los vinos auténticos, servidos largamente: los robles, majestuosos y protectores, ofreciendo su misteriosa sombra y la augusta serenidad de sus viejas cabezas al cuadro; la música, bastante lejana para aumentar el gusto y no estorbar las conversaciones: y alrededor, en círculo inmenso, todo un pueblo de instintos cultos y feliz carácter, que iba y venía por entre la arboleda, remedando improvisada fiesta campestre, y con su regocijado rumor, análogo al murmurio de las hojas que la brisa halaga, nos acompañaba y hacía coro, sin distraernos ni causarnos la más leve molestia. Á hora tan oportuna empezó y terminó el festín, que cuando Emilio Ferrari recitaba del modo que él sabe hacerlo, el canto primero de *Pedro Abelardo*, el día estaba justamente *al declinar*; y cuando nos alzamos de la mesa, asomaba apenas el lucero vespertino.

Se había convenido en regresar á Orense después de comer; pero esta parte del programa no tenía fácil realización. Una, que la carretera de Celanova es algún tanto endiablada; otra, que los cocheros habían honrado por demás á Baco y al divo Lleo mientras nosotros sacrificábamos á las Musas, y era de temer que nos condujesen algo mitológicamente. Deliberamos y resolví-

mos pasar la noche en blanco, y salir al instante mismo en que rayase el alba. Porque todos estábamos conformes en un punto: que si nos acostábamos, no habría fuerzas humanas que nos arrancasen de entre las sábanas al amanecer. Antes velar que madrugar, es divisa de esta nuestra generación de noctámbulos.

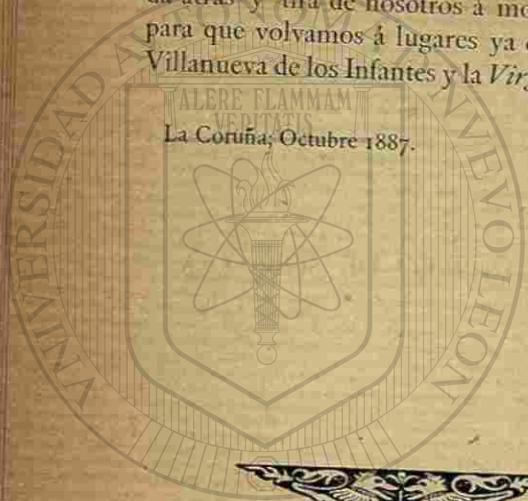
Una noche toledana no es cosa que asuste á nadie; pero la que nosotros pasamos puede tentar á cualquiera. Acogimonos al Casino—que está en el mismo edificio del monasterio, y posee un salón vastísimo.—La sociedad iluminó, pasó recado á las señoras y señoritas de la villa, y estas acudieron, numerosas, lindas y bien prendidas, una hora después.

No me habían engañado al asegurar que la gente de Celanova es toda animación y espíritu. Se improvisó un baile en regla; nos ofrecieron, por supuesto, alojamiento y cordial hospitalidad en infinitas casas; pero rechazamos la tentadora oferta, menos Paz Novoa, que hizo la del humo, y Ferrari, que aseguró que iba á dormir *en cumplimiento de un deber*, pues tenía que tomar el tren la noche siguiente. Los demás, no sólo valientes, sino despabilados como calandrias. El baile y concierto—pues tuvimos ocasión de oír una rara voz de barítono que hará maravillas cuando esté del todo educada—duró hasta los dos y media, no sin que la mayoría de las seño-

ras mostrasen resolución de acompañarnos hasta el fin. No admitimos el sacrificio y nos quedamos en el salón, entreteniendo con música y charla lo que faltaba para la aurora. Prohibido el sueño. Al infeliz que dejaba caer la cabeza en un diván y entornaba los ojos, de nada le servía la treta, pues le derribaban al lado una silla ó un mueble con gran estrépito, y adios sueñecillo hurtado. Á mí me prepararon una hamaca, por si deseaba reposar, mas no me atreví á fiarme de su grato columpio en aquella noche de Septiembre, que parecía de Agosto por lo templada y serena. Á pocos balanceos, me hubiera quedado como una piedra de dormida, y temía... lo que se teme en todo sueño dulce: el despertar.

Á las tres y media el chocolate y el ponche nos prepararon á soportar el frío de la madrugada y el camino hasta Orense. Una hora después, por los vidrios empezó á penetrar la claridad blanquecina y vaga que precede al amanecer. Los carruajes aguardaban enganchados en la extensa plaza. Hubo alguna dilación, porque á los expedicionarios durmientes se les había pegado, si no la sábana, el desayuno y á no ser por las grises nubes, picaría ya el sol cuando acabó de organizarse el regreso. Con los ojos nos despedimos del monasterio, y con el pensamiento y la *relembra*nsa de tan agradables horas y de gente tan hospitalaria y cortés: y al sepa-

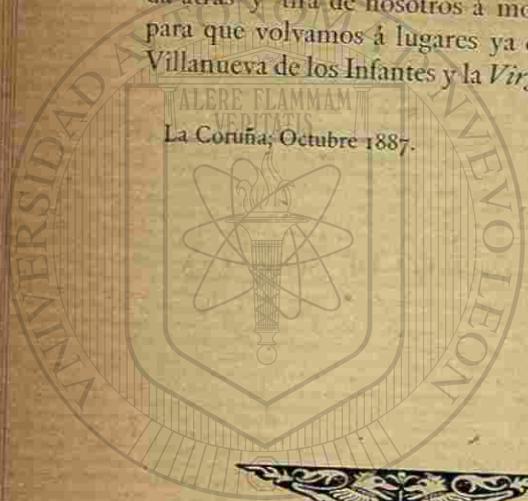
rarnos de Celanova cosa de un cuarto de legua, vimos á nuestra izquierda eso que siempre queda atrás y tira de nosotros á modo de anzuelo para que volvamos á lugares ya conocidos. Era Villanueva de los Infantes y la *Virgen del Cristal*.



#### EN EL CASTILLO DE SOBROSO

**H**ARÁ cosa de trece ó catorce años, cuando por vez primera trepé á la barbacana del feudal torreón, no existía en Mondariz establecimiento balneario, ni venían en romería al Vichy gallego gentes de alto copete, hombres de Estado, generales, infantes de Portugal y reinas morganáticas. Sólo algunos portugueses de la clase media, y tal cual hijo de Galicia que conocía las maravillosas virtudes de los manantiales de Gándara y Troncoso, se arriesgaban á internarse en estas montañas, á cuenta de avenirse al hospedaje singular que nos ofrecía cierto *Brasileiro*, en cuya mesa nos sir-

rarnos de Celanova cosa de un cuarto de legua, vimos á nuestra izquierda eso que siempre queda atrás y tira de nosotros á modo de anzuelo para que volvamos á lugares ya conocidos. Era Villanueva de los Infantes y la *Virgen del Cristal*.



#### EN EL CASTILLO DE SOBROSO

**H**ARÁ cosa de trece ó catorce años, cuando por vez primera trepé á la barbacana del feudal torreón, no existía en Mondariz establecimiento balneario, ni venían en romería al Vichy gallego gentes de alto copete, hombres de Estado, generales, infantes de Portugal y reinas morganáticas. Sólo algunos portugueses de la clase media, y tal cual hijo de Galicia que conocía las maravillosas virtudes de los manantiales de Gándara y Troncoso, se arriesgaban á internarse en estas montañas, á cuenta de avenirse al hospedaje singular que nos ofrecía cierto *Brasileiro*, en cuya mesa nos sir-

vieron veinticuatro días consecutivos pollo asado (y tísico) al almuerzo, á la comida y á la cena.

Como símbolo viviente de la implacable acción del tiempo, al paso que encontré relativamente transformado al Mondariz termal, vi con pena que el viejo y romántico vigía de las rocas, el torreón de Sobroso, se ha desmoronado mucho más, y que sus nobles almenas se inclinan como la decrepita cabeza que no puede ya sostenerse en los hombros del guerrero inválido y centenario; mientras la invasora hiedra oculta por completo las medias lunas y los roeles del escudo que campea sobre la puerta de honor.

Lo que no ha cambiado poco ni mucho es la mala reputación de que en el país goza la subida al castillo. Ahora, como hace trece años, produjo terror entre los agüistas la nueva de que proyectábamos la ascensión á Sobroso, y si algunos afirmaban que no merecía la pena de molestarse para ver piedras colocadas unas encima de otras —sistema que considero extensivo á toda clase de monumentos, sin exceptuar las Pirámides— no faltaba quien opinase que llegaríamos á la cima exhaustos, sin aliento y con algo roto. La verdad, para que no se desanimen los agüistas futuros: es un juego la famosa subida. Apenas media legua de pendiente, á trechos no muy áspera; unas vistas deleitosas de valles y mon-

tes; un embriagador aroma de pinares y retamas, y al final, una impresión artística inolvidable, que á tres lustros de distancia he vuelto á sentir con la misma fuerza y acaso con mayor y más poética melancolía.

Justo es consignar aquí el nombre y circunstancias de los valientes expedicionarios que emprendieron conmigo la temerosa fazaña de asaltar el inexpugnable castillo roquero. Los presentaré en toda regla al público. Doctor Bernardino Machado, *lente* de Antropología en la Universidad de Coimbra, lumbrera de la pedagogía portuguesa; D. Luis Martínez de Velasco, caballero toledano, portento de erudición arqueológica, enamorado de las piedras viejas y de las ideas novísimas; Mercedillas Méndez Vigo, edad doce años, señas particulares, el pelo suelto y muy hermoso y muy ágiles las piernas; y por último, Enriquito Peinador, hijo del dueño de las aguas, once años, ojos árabes, cara de las más simpáticas, portador de una bandera española que resolvimos de antemano clavar en la torre del Homenaje al anunciar con dos toques de la corneta de caza que llevaba yo al costado nuestra victoria sobre los grajos y lechuzas, únicos defensores actuales del torreón misterioso.

Delante de nosotros, guiándonos en silencio, caminaba la *Tradicion*. Este nombre me plugo dar á la vieja que asumía el doble encargo de

conducir la cesta con los víveres destinados al *pick-nick*, y de referirnos, á la sombra de las murallas del castillo, las supersticiones, leyendas y consejas que acerca de él viven en la incansable memoria popular. Es de advertir que nada auténtico, ninguna noticia de esas que se desentierran de entre el polvo de crónicas y archivos poseía yo respecto al castillo de Sobroso, del cual sé únicamente que perteneció á los duques de Híjar, y que recientemente ha sido adquirido por D. Manuel Bárcenas, capitalista vigués; y esta ignorancia misma me preparaba mejor para oír el trémulo balbuceo de la Tradición veneranda—más cierta que la Historia, según dijo hace bastantes siglos el Estagirita.—Positivamente me alegré cuando el Sr. Peinador, dueño del establecimiento balneario de Mondariz, me manifestó que si bien existen en su poder documentos relativos á Sobroso, no podía exhibir-melos por no tenerlos aquí en el momento presente. Buenos son los documentos, pero mejores aún las maravillosas y romancescas creaciones de la fantasía ante unas torres que van desmoronándose, y el cuchichear de una aldeana sesentona, que conserva todo el candor infantil y sagrado del pueblo.

Alguna resistencia nos presentó el castillo antes que lográsemos penetrar en él. No con las ballestas de los hombres de armas ni arro-

jándonos plomo hirviendo desde las saeteras, sino con la alfombra de *carrizo*, ó sea la hoja del pino, que en la cuesta casi vertical por donde trepábamos nos hacía resbalar y perder terreno á cada paso. Vencimos al fin la pendiente de la roca, y gateando por una brecha del adarve, á competencia con las lagartijas, nos colamos en el recinto de la fortaleza.

Serían las doce de la mañana. El sol, que nos había freído los sesos durante el último cuarto de hora, pareció eclipsarse; una sensación de frescura casi sepulcral nos sobrecogió de repente; una lechuza, ciega y deslumbrada, salió revoloteando, no sé si por la puerta ó la ventana del castillo; nos encontramos en un bosque, ó más bien en un callejón de magníficos laureles, y su balsámico aroma y el de la hiedra en flor nos hicieron prorrumpir en exclamaciones de alegría, porque el sitio era que ni soñado, y la naturaleza parecía complacerse en adornar con vegetación espléndida al combatiente feudal dormido, ó por mejor decir, encantado entre los laureles que acaso fecundizó con sangre. ®

Hace pocos días que ascendí á otro torreón, el de Monforte de Lemus, de románticas memorias, pero aquél se alza escueto y pelado en lo alto de la colina, sin que un solo festón de hiedra juguete y se enrosque alrededor de su ceñudo almenar. Á mis ojos el de Sobroso, vestido

de zarzadoras, retamas y hiedras, cuyo tronco es más grueso que el puño de un hombre, perfumado por la esencia que el fuego del sol arranca á sus frondosísimos laureles, tiene superior encanto.

Antes de trepar á las alturas de la barbacana, tendiéronse los manteles sobre la yerba, al pie del más derruido lienzo de pared. Por un momento habíamos creído que la Tradición, rindiéndose á la pesadumbre de la repleta banasta, se nos quedaba atrás y nos abandonaba á los horrores del hambre. Pero el docto portugués Machado, que en toda la expedición demostró laudable celo por las vituallas, en breve nos trajo á la vieja y á otra aldeana que le servía de Cirineo (pues la carga no era para una mujer sola, según vimos al desocupar la cesta). Y si tributamos sincero voto de gracias al Sr. Peinador por el sabroso jamón en dulce, los finos huevos hilados, los pollos, el legítimo Oporto y el dorado Jerez, aun creo que, acallados los primeros gritos del estómago—que con las aguas alcalinas suele gritar fuerte—le consagré mayor gratitud por habernos enviado aquella profética lechuzca, aquella Tradición que, sentada familiarmente cerca de mí, en el suelo, me contó las historias fantásticas de la torre.

La Tradición podrá frisar en los sesenta y pico; la boca desdentada; la tez seca, dorada y arru-

gadita como la manzana tabardilla que se conserva en madurero; la frente estrecha; las greñas rubicanas: la sonrisa entre inocente y socarrona; los ojos azul muy claro, blancos como ella dice, de una transparencia acuática. ¿Es candor ó malicia lo que brilla en el fondo de sus pupilas claras, cuando, después de referir una extraña conseja, inclina la cabeza y añade sentenciosamente.—Créanme, que es cierto?—Yo no lo sé: el alma del pueblo será siempre una esfinge. De cualquier modo, ahí va la versión castellana de dos ó tres cuentos que la Tradición afirmó como verdades de á puño.

Tenía ella un tío, el cual, siendo *rapaz* de cortos años, se atrevió un día, á la puesta del sol, á meterse, en busca de nidos, por el torreón de Sobroso. Al punto vió sentada en las almenas una doncella de singular hermosura, que peinaba su larga crencha rubia con un peine de oro (ni más ni menos que la *Loreley* de la antigua balada alemana.)

El rapaz se echó á temblar; la doncella le tranquilizó y díjole que le trajese *manzanas de San Juan* (parece que son ciertas manzanas tempraneras muy coloradas.) Cumplió el muchacho el encargo, y entonces la dama del áureo peine le llevó de la mano á unos palacios suntuosos, donde un descomunal gigantazo les salió al encuentro, dispuesto á tragarse de un boeado

al chico. Mas la doncella acudió á su defensa, y no sólo ordenó al jayán que no le hiciese el menor daño, sino que le llenó la *pucha* de relucientes monedas de oro, encargándole únicamente que *no pensase* en aquel tesoro que se llevaba. Bailando de gozo se alejó el muchacho con su sombrero atestado de riquezas, y aunque procuraba no pensar en ellas ni chispa, hacia la mitad del camino se le ocurrió involuntariamente la idea sencillísima de que, en lo sucesivo, no tendría necesidad de bajar al río Tea á pescar truchas para mantenerse. Y apenas hizo esta reflexión, notó que el sombrero no pesaba nada, y se lo encontró lleno de carbones.

Después de este chasco de familia, la Tradición nos habló de unos salones subterráneos que por bajo de los cimientos del castillo llegan al *Couto redondo*, un *castro* donde en el país afirman que existe una catedral de oro puro y un regular ejército de gigantes destinado á custodiarla. Pero la más romántica leyenda de Sobro es *Floralba*, la infiel esposa del viejo conde, que, abandonada por su seductor, ronda noche y día en torno del castillo donde fué castellana y señora en otro tiempo. El ultrajado esposo se muestra inflexible: alzáse chirriando el puente levadizo; ciérranse las poternas; los siervos, amenazados de muerte por el conde si dan hospedaje á la infeliz, atrancan también la puerta de sus

cabañas; cae la noche lenta y oscura, y *Floralba* espira de hambre, frío y dolor, al pie de la sombría mole. Desde entonces, hasta hoy mismo, al sonar la media noche en punto, *Floralba*, vestida de blanco, con el pelo flotante, gimiendo é implorando piedad, se aparece sobre la torre del Homenaje y llama en vano á los portones—que ya no existen—y á la vacía cuenca de las ventanas por donde libremente circula el helado viento nocturno.

Pensando en tales historias, que nada tienen que envidiar á las que aun se cuentan al borde del Rin, ascendimos por el interior del torreón, escalando desmoronados sillares, y agarrándonos á las matas de laurel, hasta la barbacana, y nos sentamos, teniendo á nuestros pies un mediano precipicio, tras de nuestras cabezas la torre del Homenaje, accesible sólo á los fantasmas, y en frente, á lo lejos, las sierras de Portugal, plumizas y azuladas, bien recortadas sobre el claro firmamento. Convinimos en que el castillo, del cual se refiere que fué presa de las llamas en remotos días, debe de haberse reconstruido en el siglo xv, hacia la época de la guerra de los *Hermanos*; porque sus piedras están labradas con suma regularidad y perfección, y no cabe forma más correcta y elegante que la de sus ventanas y poternas. Parece una admirable decoración de ópera; su mismo aspecto ruinoso contribuye á ello.

Al separarnos de tan hermoso cuadro, se nos había pasado por las mientes cierta idea que, á no ser por el reuma de algún expedicionario y otras pequeñas dificultades, sería óptima y redondearía la excursión. Tratábase de enviar al establecimiento por unas mantas, encender enorme y aromática fogata de ramas de laurel, y aguardar, á las doce de la noche, la aparición de *Floralba*... Puede que la blanca y arrepentida castellana no nos hiciese el gusto presentándose; mas de fijo que la luna, *Floralba* de nuestro planeta, á cosa de las once ya dibujaría en el cielo un airoso creciente, y á su luz y á la de la hoguera, el torreón adquiriría vida fantástica, y del valle se alzaría, entre argentina bruma, larga procesión de espíritus... En fin, el reuma es cosa desapacible, y á Mondariz, después de todo, no se viene para ganar alifafes, sino para curarlos.

Balneario de Mondariz; 24 de Septiembre de 1887.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## EL PAÍS DE LAS BENDITAS ÁNIMAS

Á D. Luis Martínez de Velasco.

**N**o vaya alguien á figurarse que las ánimas á que se refiere el encabezado de los presentes renglones somos los agüistas, por muy en pena que le traigan, á cada cual allá dentro, sus respectivos achaques hepáticos ó gástricos. Nada de eso. Los enfermos de Mondariz, al menos mientras dura el buen tiempo, son ánimas regocijadas, y al parecer más que á blindarse contra dolencias, vienen aquí á pegar cuatro brincos en el salón, beber excelente leche de vacas, y entonar *cantigas* sentimentales.

Al separarnos de tan hermoso cuadro, se nos había pasado por las mientes cierta idea que, á no ser por el reuma de algún expedicionario y otras pequeñas dificultades, sería óptima y redondearía la excursión. Tratábase de enviar al establecimiento por unas mantas, encender enorme y aromática fogata de ramas de laurel, y aguardar, á las doce de la noche, la aparición de *Floralba*... Puede que la blanca y arrepentida castellana no nos hiciese el gusto presentándose; mas de fijo que la luna, *Floralba* de nuestro planeta, á cosa de las once ya dibujaría en el cielo un airoso creciente, y á su luz y á la de la hoguera, el torreón adquiriría vida fantástica, y del valle se alzaría, entre argentina bruma, larga procesión de espíritus... En fin, el reuma es cosa desapacible, y á Mondariz, después de todo, no se viene para ganar alifafes, sino para curarlos.

Balneario de Mondariz; 24 de Septiembre de 1887.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## EL PAÍS DE LAS BENDITAS ÁNIMAS

Á D. Luis Martínez de Velasco.

**N**o vaya alguien á figurarse que las ánimas á que se refiere el encabezado de los presentes renglones somos los agüistas, por muy en pena que le traigan, á cada cual allá dentro, sus respectivos achaques hepáticos ó gástricos. Nada de eso. Los enfermos de Mondariz, al menos mientras dura el buen tiempo, son ánimas regocijadas, y al parecer más que á blindarse contra dolencias, vienen aquí á pegar cuatro brincos en el salón, beber excelente leche de vacas, y entonar *cantigas* sentimentales.

Aludo—y usted, D. Luis, lo habrá adivinado desde el primer instante—á los singulares monumentos religiosos que infestan este país (el verbo parecerá irreverente, pero es exacto;) monumentos ante los cuales nos hemos parado frecuentemente siempre con igual curiosidad y asombro: los retablos de Ánimas que aquí se encuentra uno, si no á la vuelta de cada esquina, porque calles no las hay, en toda encrucijada, al pie de tapias, chozas, tabernas y fuentes.

Ni usted, que posee tan delicado instinto artístico y tan bien entiende la hermostura peculiar de las cosas arcaicas, tradicionales y populares; ni yo, que estimo la devoción sencilla y me apasiono por cuanto representa visiblemente la fe cristiana, hemos podido reprimir alguna carcajada maliciosa al observar el invariable artificio y las trazas peregrinas de esos piadosos espantajos que he de describir, por sí el reverendo obispo de Túy, á quien beso respetuosamente la pastoral amatista, quiere fijar en ellos los ojos, cuando visite su diócesis, y poner mano en semejantes *fetiches*, más propios de tribu neozelandesa que de pueblo católico y racional.

Es siempre el retablo de Ánimas uno á modo de gran cartelón de piedra, de forma cuadrilonga, rematando en extraño copete, que domina un monigote destinado á representar á Nuestra Señora. Á sus pies una calavera humana, redon-

da como perilla de balcón, y con más dientes que un caimán; debajo, dos tibias cruzadas; más abajo todavía, un pajarraco con intenciones de figurar nada menos que la tercera persona de la Santísima Trinidad; y por último, en el centro del cartel, las verdaderas protagonistas del drama, las Ánimas benditas. Merecen párrafo aparte.

Generalmente es doble la hilera de Ánimas que ostenta cada retablo; la superior está en posición vertical, y se compone de tres Ánimas, ni una más, ni una menos; un obispo con mitra, un clérigo con bonete y un fraile con cerquillo; en estos distintivos se les conoce la profesión, pues no gastan otra prenda de ropa, aunque la honestidad queda á salvo con la vestidura de almazarronescas llamas que las envuelve. En la fila inferior de Ánimas hay dos del bello sexo y colocadas en posición horizontal, como sardina en banasta.

Cuéntase aquí que más de un chusco se permitió notar este invariable arreglo, y dijo á propósito de él cosas muy picantes, relacionando la permanencia en el Purgatorio de las almas de estado eclesiástico con la de *las otras*. Lo seguro es que ni por casualidad ocurre verse en los retablos un militar, un artesano, un rey, ó un tendero; nada, ¡eclesiásticos y mujeres solamente! ¿Es alarde de humildad? ¿Es arranque satírico?

En la *Danza de la muerte*, terrible epígrama de ultratumba que la Edad media legó al Renacimiento, figuraban papas, abades y ermitaños; pero también salían á danzar á compás de la guadaña, emperadores, barones, magistrados y capitanes. Aquí el Purgatorio distingue de clases sociales, aunque no de sexos, y sólo admite inquilinos con su cuenta y razón.

Del desempeño de estas esculturas no digo nada, porque prefiero cargar la mano en el elemento pictórico que avalora la obra del cincel. No entiendo, ni entenderé jamás cómo en esta tierra de dulce y cernida luz, de lejanías en que el alba y el ocaso adquieren medias tintas tan finas y cambiantes tan espléndidos; en esta tierra donde Dios, cuando pinta, se deja atrás á Claudio de Lorena y hace reales y efectivos los luminosos *rompimientos de gloria* del pintor de las Concepciones, puede el hombre tener tan perverso, depravado y hasta hidrófobo el sentido del color, que no cese de iluminar retablos de Ánimas, fachadas y campanarios de iglesias con rabiosos chafarrinones de ocre, siena, añil, cúrcuma y almazarrón.

¿De qué procederá semejante churriguerismo pictórico, que no se nota en el resto de Galicia? ¿Será debido á la proximidad de Portugal? Para arrojar sobre nuestros vecinos acusación semejante, yo tendría que pasar la frontera, internar-

me allende el Miño y cerciorarme de quién es el primero y el más criminal pintamonas, si los portugueses ó nosotros. Ahora sólo afirmo que el fenómeno del mal gusto en pintura decorativa reviste aquí carácter de epidemia. Por todas partes franjas azules, rosetones verdes, conchas amarillas, torres color de chocolate, dinteles rosados y marcos de puerta que chorrean bermellón. Los colores se aplican á gusto del pincel, sin ningun razón analógica. Un clérigo de un retablo ostenta el bonete de un tono azafranado; la mitra del obispo, en cambio, es sangrienta.

Cosa más singular aún; el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, tendido en el regazo de su Madre, ha sido embadurnado con matices de esmeralda sin duda para imitar el color livido que tienen los cadáveres; y gracias á esto y al primor de la escultura, parece un lagarto.—Á donde llega la intemperancia colorista de la devoción en estas aldeas, lo prueba un detalle, que indicaré valiéndome de los indispensables circunbquios. Hay en los templos multitud de exvotos de cera, pies, manos, brazos, piernas, cabezas, y además otros fragmentos del cuerpo humano menos fáciles de nombrar. Pues en todos ellos el verde, el rojo y el azul resaltan sobre la anarillez de la cera dibujando—aquí de la retórica—lo que fuera mejor dejar en blanco. Y yo pregunto, ¿si tendrán los cereros y los de-

votos de estas comarcas el ideal del *tatuage*, caro á los pueblos primitivos?

Es evidente que existe en esta tierra una perversion estética en lo relativo al color. El domingo, al entrar en la iglesia de Mondariz con ánimo de oír misa, me sorprendió el *ramo* dispuesto para la procesión. En mis *Marinas* el *ramo* ofrece una fisonomía céltica y bretona muy interesante: es una gruesa rama de castaño, nogal ó tejo, de donde cuelgan flores, escupularios, rosquillas y alguna cinta ó lazo de seda. Aquí, en el *ramo*—que no mide menos de tres varas de altura—no entra nada natural: el fondo lo componen hojas de papel ó cartón verde-manzana rabioso; encima de ellas, á guisa de mosaico, van incrustándose en disposición simétrica los más extravagantes adornos: plumeros y penachos, estampas de santos con marco de talco y lentejuela, flecos, galones, espejillos, relumbrones, oropeles, papel dorado; todo ello hace un efecto muy semejante al de esas ruedas llamadas *chromatropas*, con que suele finalizar el empalagoso espectáculo de los cuadros disolventes. Es una orgía de colores que chillan y se arañan y se dan de empelones lo mismo que las notas de una murga desafinada.

Volviendo á las benditas Ánimas, ¡vaya usted á reconocer en los famosos cartelones de los tres eclesiásticos y las dos madamas puestas de

través, el austero y magnífico dogma del Purgatorio, contado por el mayor de los épicos cristianos! ¡Vaya usted á pensar en las aguas regeneradoras de donde salió purificado Dante Alighieri á vista de estas profanas y horrendas piedras del rollo, á que permanecen sujetas todo el año, bajo el frío y el calor, cinco malaventuradas animillas!

Quien se interese aquí por el decoro religioso debe enarbolar, si no la demoledora piqueta, cuando menos el pico, y devolver á la piedra su color propio, que tan bien encubre las imperfecciones de la escultura. Abajo las iluminaciones, los churretazos de añil, la cromolitografía piadosa. Y en cuanto á los exvotos, ¡por Dios! ¡que sólo se cuelguen ante las sagradas imágenes aquellos que el pudor no obligue á volver cara á la pared!

Podrán objetarme que la gente aldeana y sencilla no advierte lo que la cortesana y maliciosa nota al punto. Mas es el caso que ahora, en la estación veraniega, con motivo del incremento que han tomado las aguas de Mondariz, acuden aquí muchas personazas, mucho gentío ilustrado, infinitos escritores, innumerables peces gordos; y aunque no suele darles por la piedad, todavía son almas que no se cierran nunca por completo á la emoción religiosa, y estos pecadores retablos sólo sirven para despertarles la

risita volteriana y el alzamiento de hombros desdenosillo.

¡La emoción religiosa, derivada de la contemplación artística, es tan bienhechora, tan digna de un espíritu abierto á la belleza! Francamente, don Luis, ¿no hay algo que nos eleva y nos hace mejores en espectáculos como aquel que nos ofrecieron *Los Canedos*, el conventillo franciscano deshabitado y derruido? Desde la cima de la torre, donde aun temblaba la vibración de la campana triste, veíamos todo el valle y la vega de Puenteareas flotando en el rosado vapor del última rayo solar; á nuestras espaldas, el bosque de pinos y alcornoques centenarios, cuyas copas formaban cortinas de verdura á la torre, y que, sin embargo, dominaba con la majestad de su grandeza, el soberano cedro del Libano, el del tronco que tres personas no pudimos abarcar, el del ramaje extendido como pabellón de una tienda, que apenas cabe en el recinto del vasto patio conventual, y hace soñar con viajes á Oriente, á las cimas de donde bajó la revelación y donde se consumó la redención del género humano. Y cuando descendimos de la torre y recorrimos el refectorio sin techo, en que aun se ve el púlpito de piedra desde el cual leían la vida del Santo Patriarca; cuando salimos á la terraza, rodeada de naranjos y alumbrada por vagos reflejos de luna, aquel silencio, aquella

soledad y recogimiento tan hermosos, aquel aroma de oración de que parecían impregnados los bosques y las piedras y hasta el ambiente del franciscano *desierto*, ¿qué eran sino impresión religiosa, de las más verdaderas y de las menos buscadas ni esperadas que se experimentan en la vida?

No cabe duda que en la manera de sentir y comprender la religión entra por mucho la preparación de las lecturas y del arte. ¿Quién sabe si para el labriego que atraviesa al anoecer la carretera polvorosa, el retablo de Ánimas con sus bonetes amarillos y sus mitras coloradas y sus Cristos verdes surte efectos semejantes al que á nosotros nos produjo el convento de *Los Canedos*, la última excursión del año de 1887 por tierra pontevedresa? (1)

Mondariz; 28 de Septiembre de 1887.



(1) Habiendo vuelto á Mondariz en el mes de Agosto de 1888, tuve el gusto de ver que los retablos de Ánimas han desaparecido. Yo preferiría que se sustituyesen con otro monumento análogo, pero bien labrado y que no moviese á risa, sino á devoción.



RIVAS DE SIL

I

LA MONTAÑA

*Á Benito Fernández Alonso y Arturo Vázquez.*

**A** las cinco de la madrugada, con una niebla pálida y fría que encapotaba el horizonte, más abrigados que para un viaje al Polo, y provistos de nuestros correspondientes *alpenstocks*, como si de escalar la Jungfrau se tratase, dejamos la fonda de Monforte y caímos, soñolientos, y desalentados sobre los cojines del departamento en que iríamos cautivos hasta la estación de Rivas de Sil.

¿Quién es el animoso explorador que no sien-

te un minuto, si acaba de trocar el lecho por la helada bruma del amanecer, alguna impresión pesimista? Confieso que entonces la atrevida expedición, tan seductora de víspera, se me representó llena de inconvenientes; lo que se dice sin pies ni cabeza. Mas como sé, por experiencia antigua, que pienso negro siempre que me veo obligada á madrugar, opté por dormir hasta San Esteban, segura de despertarme reconciliada con la aventura.

Lo cual sucedió, en efecto, apenas hube echado pie á tierra y consagrado la primer ojeada al paisaje. Barrida la niebla por los rayos del sol, que aun no había traspuesto la enhiesta montaña fronteriza, la atmósfera, todavía glacial, se mostraba radiosamente diáfana, y á nuestros pies, como raudal de derretido estaño, resbalaba el Sil muy hondo, muy hondo. Bajamos con las necesarias precauciones la rápida cuesta, y prorrumpimos en una exclamación que podía confundirse con un hurra, al divisar el puentecillo lanzado sobre la confluencia de los dos ríos, el Sil y el Cabe.

Mal año para el prosáico ingeniero que venga á sustituir el puente actual con otro muy seguro y muy ancho. ¡Dónde habrá cosa más linda y pintoresca que estas cortas tablas arrojadas de través sobre una viga, y que de un solo lado tienen, á guisa de pasamanos, varal delgadísimo;

este puente de tercer acto de *Dinorah*, que á la trepidación continua debida al furioso abrazo de los dos ríos, une el crujido más alarmante cuando el pie humano se apoya en él! Diríase que al pasarlo, más que sobre madera, se anda sobre las dos corrientes, las cuales se arremolinan, se quejan y braman, lo mismo que si las desposasen contra todo su talante y gusto.

Una vez salvado el puente, creí que no tendríamos más que ver con el agua; pero me equivoqué: todavía nos quedaba por pasar el Sil, y para ello se nos ofrecía, no uno de esos graciosos zuecos ó *dornas* que tan raro efecto producen vistos desde la ventanilla del vagón, sino una barca chata, grande, sin proa ni quilla, tripulada por mujeres que manejaban briosamente los remos contrapesados con piedras, y que en un momento sobrado corto nos condujeron á la otra margen.

Sobrado corto: yo hubiera querido que durase la travesía siquiera media hora. Tenía mucho de fantástico ir así, sin notar el más imperceptible movimiento en la barca, sin oír el golpe del remo, por la quieta planicie del río aurífero y misterioso, que corría no menos aletargado que el Leteo de los gentiles, sin que la doble hilera de montañas que lo dominaba permitiese llegar una hebra de sol á la superficie muda.

Al saltar de la barca dieron principio las fati-

gas de la ascensión—gratas fatigas para los que tenemos el pulmón sano.—Ya es hora de decir á donde nos encaminábamos por la montaña arriba, pues fuera de Galicia y aun dentro de ella, poca gente conoce el monasterio de San Esteban de Rivas de Sil, á pesar de lo bien que merece el conocimiento y la subida.

Desde los primeros siglos del cristianismo—acaso desde que los discípulos de Santiago el Mayor consolidaron la evangelización del país gallego—hubo en esta solitaria ladera del Sil un convento que según frase del sabio autor de la *España sagrada*, «sirvió de refugio á los que burlándose del mundo querían asegurar el cielo.» Con la invasión sarracena quedó deshabitado y se vino abajo, hasta que floreció su segunda época, la moderna, como si dijéramos, que empieza nada menos que en el reinado de Ordoño II—el que trasladó de Oviedo á León la monarquía hispana—allá en los primeros años del siglo x. Había entonces un insigne despreciador del mundo, y por lo visto, inteligente apreciador de los almos y deleitosos retiros, llamado Frankila (dejo al nombre su interesante fisonomía sueva), que debió de ser aquel mismo en cuya boca entraba y salía la paloma blanca. Este Frankila se llegó al rey Ordoño, que á la sazón estaba en el valle de *Varoncelo*, y por mediación del conde Gutier Menendiz, padre de San Rosendo,

pidióle que restaurase y dotase el convento de las márgenes del Sil. Así se hizo, dedicándolo al proto-mártir San Esteban; y es el que hoy dura, reconstruido varias veces, como todos los de la orden benedictina.

Á medida que trepamos por la montaña y nos hundimos en su hermoso y perfumado seno; á medida que el sol dispersa los girones de niebla que aun flotaban en los picos lejanos, y se bebe el rocío, y asoma como una patena acabadita de dorar, vertiendo fresca y nacarada lumbre, la imaginación se exalta y echa de menos—con la ardorosa *saudade* que inspira lo imposible—el tiempo en que la sandalia del justo Frankila hollaba este musgo virgen y resonaba sobre estos peñascales que durante tantos siglos conservan la impaciente actitud del bañista en punto de precipitarse al agua. La soberana alegría y paz del lugar se apoderan de nosotros, el aire purísimo nos embriaga, y el monte nos parece la escala del cielo.

Para quien ve esta montaña desde las ventanillas del tren, es una pendiente escueta y salvaje, en cuya cima, como nido de águila, con más trazas de castillo roquero que de santo cenobio, se irgine el monasterio. Para quien se interna en ella, es un jardín, un oasis, haciendo de arbustos floridos los magníficos castaños, cuyo olor embalsama la atmósfera mezclado con el de las

frondosas retamas y nces. El castaño no nace aquí recto y grave como en los *sotos*, sino que brota por donde puede y se agarra á lo primero que encuentra, y adopta la posición que le permite lo quebrado del terreno; alguno he visto salir de una roca colosal, sin que me fuese posible adivinar por dónde se buscaba la vida su raigambre. Raro es el castaño que conserva entero su tronco: casi todos están huecos, más que huecos, raídos, excavados, tostados y hechos carbón, ya por la codicia del leñador, ya por el capricho del pastorcillo que allí se refugia á asar su *magosto* de castaña; y la ancha copa cargada de fruto se sostiene únicamente en un pedazo de corteza. En muchos, para evitar que continúe el desastre, el cultivador amontona dentro de la cavidad del tronco piedras y tierra, resultando cada castaño con un murallón interior—peregrina mezcla de vegetal y edificio.

Repito que desde lejos no es fácil darse cuenta de la amenidad paradisíaca de esta cumbre. Creeríase que la subida por sus escarpados flancos representa un trabajo muy fatigoso, y que el calor del sol ha de derretir la mollera. Ni hay lugar á sentirlo. Los castaños sombrean el camino, no con la fastidiosa uniformidad de árboles plantados simétricamente al borde de una carretera, sino con libertad y oportunidad tan feliz, que ya se adelantan, ya se retiran, dejando descubiertos

trechos brevísimos como para hacer percibir mejor el beneficio de su rumoroso toldo. El camino es calzada construída por los monjes, pedregosa, irregular, pues cuando les era posible, aprovechaban la natural disposición de las rocas. Mil pintorescos accidentes le quitan toda monotonía: está sembrada de erizos y hoja de castaño: un líquen blanco como el armiño, suave y compacto como vellón de oveja, viste los grandes peñascos, que parecen sostenerse sin derroscarse sobre nuestras cabezas, gracias á un milagro de equilibrio; aquí un limpio riachuelo salta y se precipita en cascadas, coronado de grandes helechos; un poco más allá encontramos la fontana de los monjes, alta arqueta de piedra, revestida de plantas parásitas, de moho verduoso, sobre el cual se desliza el agua hilo á hilo, como las lágrimas por las mejillas del triste. La fuente no tiene caño; lo improvisamos introduciendo una hoja de castaño en la grieta por donde rezuma el agua, y bebemos con deleite del cristalino manantial.

No pudimos evitar el recuerdo de fray Luis de León, del poeta que tan melodiosamente canta los goces de la vida contemplativa en el *secreto seguro deleitoso* de una soledad parecida á la presente. ¡Quién pudiera, retrocediendo nueve siglos, ver el monte ripense cuando subían por él los monjes á su abadía y los anacoretas á sus

doce ermitas, desparramadas en la falda, donde se retiraban á mayores austeridades y á más estrecho trato con Dios! Á tiempo que yo discurría así, pasaba cerca de nosotros y nos daba «felicidades» el único ser humano que habíamos encontrado en el monte. Era un labrador viejo, alto y robusto, de singular fisonomía monástica (realzada por un puntiagudo gorro negro de calceña), y ojos como de ave nocturna, que se contraían en nervioso guiño al ver la luz. Le paramos, inquiriendo si estábamos cerca del monasterio, no más que por tener el gusto de hacerle hablar y un pretexto para preguntarle si había alcanzado la época de los monjes, antes que los exclaustrasen. ¡Sí la había alcanzado! Veinticuatro años tenía él entonces; ya podíamos sacar la cuenta de los que tendría ahora. Y recordaba, ¡vaya si recordaba! el convento hecho una gloria de Dios, con sus veintidos novicios, sus cuatro Padres Maestros que enseñaban *teología* y todas las *ciencias*, su *cillerero* (despensero) y el *Padre nuestro* (el abad) ¡¡que era!! (alzó los ojos al cielo para expresar el mérito del personaje). Le interrogamos acerca de la exclaustración, y sacudió la cabeza con ese misterioso ademán popular, que expresa sagacidad y desconfianza. Él no sabía... Cuando echaron á los frailes, decían que por causa de ellos andaba todo mal, que lo comían todo... y ahora se fueron, y el labrador

cada día más necesitado...—¡Pobres de nosotros! —añadió suspirando y mirando hacia la parte del monasterio.

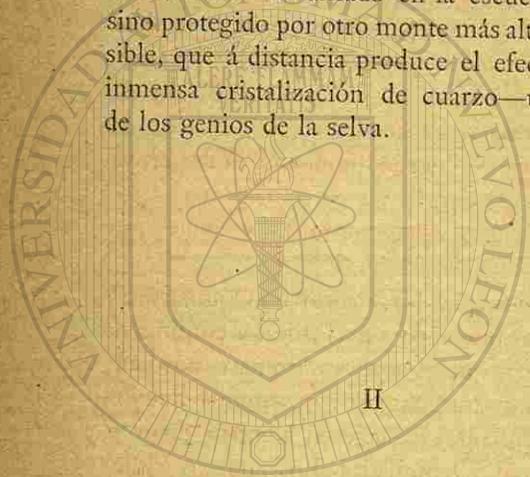
—Diga—murmuró socarronamente un compañero de expedición que deseaba oír al viejo, —¿es verdad que los monjes andaban por aquí tras de las mozas?

Cambió totalmente de expresión la singular cara del labriego: brillaron en ella, como llama de hoguera de sarmientos, la picardía y la malicia más redomadas, y guiñando con febril rapidez los ojos, exclamó en un tono humorístico y desengañado que no desdeñaría Don Ramón de Campoamor:

—Eh... jem... ¿qué quieren? Nadie es de paja... ¿No saben lo que le pasó á un arzobispo? Fué una moza á dar queja, que no ordenase á un *rapaz*, que había tenido con ella trato... Y dijole mismamente el arzobispo:—Chica, ¿fué mucho tiempo?—Y ella.—Señor, una vez nada más.—Conque una vez sola, ¿eh? ¡Pues eso también lo hiciera yo! ¡Márchate, que por eso no se me ha de quedar sin las órdenes!

Acabado apenas el cuentecillo, el semblante del viejo recobró sin transición su severidad semiascética, y señalando á unos grandes paredones, nos dijo que casi estábamos ya en el monasterio. Cierro que éste se veía sumamente cercano; pero otro tanto nos había parecido mil

veces durante las tres horas que llevábamos de subir, pues los zigues-zagues del camino nos lo mostraban, desde un principio, como al alcance de la mano—no aislado en la escueta cumbre, sino protegido por otro monte más alto é inaccesible, que á distancia produce el efecto de una inmensa cristalización de cuarzo—un palacio de los genios de la selva.



#### EL MONASTERIO

Es de saber que el señor cura de Rivas de Sil no ha evitado la suerte común de los párrocos de aldea en Galicia. Cierta mañana, á las nueve, en ocasión que salía de misar en la iglesia del monasterio, cuatro hombres enmascarados y bien armados de revólveres y puñales me lo trincaron al pobre señor, me lo empujaron á sus

habitaciones, obligándole á que él mismo llamase á la criada para que ésta abriese la puerta, y á renglón seguido me lo desbalijaron bonitamente, no sin darle algún trato que ni en Argel. Por ende el señor cura, que no es de la madera de aquel *nieto del Cid* cuya verídica historia merecería andar escrita por mejores manos que estas pecadoras, se ha quedado con un cacho de respetillo en el cuerpo (pónganse Vds. en su caso),

«y nunca admite embozados  
de su celda en los confines.»

Resolvimos, pues, acercarnos al monasterio con mucha cautela, para prevenir dos contingencias: primera, que el abad nos tomase por bandideros y nos santiguase á tiros; segunda, que los mastines vigilantes padeciesen idéntico error y nos acogiesen á dentelladas. Los sucesos vinieron á demostrarnos plenamente que, aun cuando abad y mastines están muy sobre aviso, saben distinguir la gente honrada de la que no lo es; pues si bien salieron á recibirnos, el señor cura empuñando una escopeta cargada, y los perros con gran algazara de ladridos, ni el primero dió señales de querer soltarnos un balazo, ni los segundos mantuvieron su actitud hostil cuando empezamos á arrojarles almendras garapiñadas, de que casualmente llevábamos un cucurucho lleno. Querían, eso sí, los leales canes manifes-

tar que no ignoraban ni descuidaban su obligación, y, por compromiso, se agrupaban en el rincón más apartado del claustro para ladronos desde allí con fingida cólera; pero cumplido este penoso deber, apresurábanse á acercarse moviendo la cola en busca de otra almendrita. Que no se enteren los ladrones: los guardianes de San Esteban de Rivas de Sil se domestican con almendras.

Dueños ya de visitar á nuestro sabor el vasto edificio, lo recorrimos por dentro y lo rodeamos por fuera. Interior y exteriormente, San Esteban es una mezcla caprichosa de épocas y estilos, como sucede á todos los monasterios de la Orden de San Benito; pues mientras los franciscanos, ligados á su dama y señora la Pobreza, viviendo de las limosmas que recogían, no introdujeron modificaciones en los primitivos edificios construidos del xiii al xiv, y por eso hoy se conservan los conventos de Menores tal cual se fundaron (en Orense existe uno hermosísimo), los benedictinos, dueños de pingües rentas, persuadidos de que debían dar trabajo y fomentar el desarrollo artístico, á cada paso reconstruían y adornaban sus casas con la suntuosidad propia de quien no sólo dispone de riquezas, sino de tiempo y espacio, y vive en épocas más apacibles que esta nuestra de hoy, que todo lo apresura y malogra.

Al exterior, la fachada principal, que da entrada á los claustros y á la iglesia, es de gusto barroco y bastante mezquina en sus proporciones: en cambio la parte de edificio que domina el río y las montañas, parece de los siglos xiv ó xv, y más que aspecto de monasterio ostenta el de romántico castillo ó sombría fortaleza. En el interior son aún más visibles los remiendos, las superposiciones y conglomerados de diferentes épocas arquitectónicas. Del monasterio románico elevado en el siglo x, á ruegos de Frankila, y al cual se retiraron dejando sus sillas los *nueve obispos santos*, cuyas nueve mitras campan en todos los escudos que blasonan estas paredes, no quedan sino pequeñísimos fragmentos—lo bastante para que lamentemos que no permanezca íntegro.—Del estilo llamado de transición del románico al gótico, se conservan las bellas ojivas de la iglesia, con destrozados restos de cristales de colores. De la opulencia y esplendor del gusto gótico florido ó *flanboyante* da testimonio un maravilloso claustro, (semejante en su parte exterior al célebre de San Juan de los Reyes) y otro, que en su género no le cede la palma, representa al Renacimiento con su elegancia y aticismo. Así han ido señalando todas las edades y todas las trasformaciones estéticas huellas de su paso en aquel solitario asilo, donde al parecer el hombre debía vivir como embelesa-

do ó arrobado en la ensoñadora y seductora calma de la naturaleza y dejar correr los años y los siglos sin que su paso introdujese variación alguna en aquella existencia tan serena, tan filosófica y racional en el fondo.

Tres son los fragmentos que recuerdan la época en que los *nueve obispos*, de nombres semibárbaros (Ansurio, Vimarasio, Gonzalo Osorio, Froalengo, Servando, Viliulfo, Pelagio, Adefonso y Pedro), arrastraban sus vestiduras recamadas de oro sobre los claustros de San Esteban. Son estos fragmentos algunos capiteles que se destacan bien de entre los restantes del claustro plateresco; una portadita inerustada en la iglesia y un curioso bajo-relieve en piedra, perfectamente conservado, empotrado en la pared del segundo cuerpo del claustro renaciente. Representa el Apostolado presidido por Cristo, y su forma recuerda algo la de un tríptico en que las hojas no pudiesen, al cerrarse, cubrir toda la altura del fondo.

En la iglesia no dejan de ofrecer interés las esculturas del retablo, si bien distan mucho de la esplendor y perfección de las de Celanova, por ejemplo. Entre estas esculturas he notado una singularidad, como de molde para que uno de esos arqueólogos empeñados en averiguar el por qué de todas las cosas se devane los sesos una regular temporada. Es el caso que á ambos

lados del sagrario, haciendo *pendant*, vense dos tableros que representan dos Flagelaciones—ambas de Cristo, según el abad afirma terminantemente.—En una de ellas, Cristo es fornido y membrudo jayán, á quien el escultor, contra la tradición universalmente adoptada, representa del todo calvo y lampiño: en la otra—detalle mucho más raro é increíble—Cristo, desnudo hasta la cintura que envuelve un paño femural, tiene las formas de una mórbida y bella mujer.

Á la verdad, y mal que le pese al señor cura, no puedo avenirme á que los dos tableros reproduzcan una misma escena de la Pasión. Debe de existir una santa mártir que haya sido azotada atándola á una columna, y esa será la heroína del segundo episodio; yo no recuerdo si alguna padeció este martirio; pero es imposible que sea de otro modo. Si no ¿qué explicación dar al irreverente y libertino capricho del escultor, y á la tolerancia de los monjes que admitieron y veneraron tan extravagante efigie?

Estos tableros y las sepulturas de los obispos son las curiosidades de la iglesia, pues la sillería del coro, del siglo xvii, no merece sino una rápida ojeada. Las altísimas ventanas ojivales y los lienzos del muro, revestidos por la humedad de extrañas arborecencias de color verdoso, hacen efecto melancólico, como de abandono y tristeza, impresión que se aumenta al recorrer el mo-

nasterio y ver sus pisos, donde en algunos no quedan sino las vigas y en otros las tablas sueltas y danzarinas, como las de cierto *Pazo de Límioso* que he descrito. Así, pisando sobre estas tablas que ellas solas se marchan á la lumbre, penetramos en una derruida celda, desde la cual se domina el agreste é incomparable panorama de las dos montañas, del río que las guarnece como una franja de diamantes, y del tunel, por cuya negra boca se introduce el tren con rugido y traqueteo de herida alimaña montés, como si le espantase la vista de estos apacibles muros y se ocultase aprisa. Allí, en el hueco de una ventana á donde en breve sólo podrán asomarse los lagartos y las aves, dejamos escritos con lápiz nuestros nombres, pensando que ya poca gente se permitirá el mismo gusto.

Solitario y pensativo está también el magnífico claustro del Renacimiento (yo creo que á esta época pertenece, aunque le faltan los característicos medallones), con su graciosa fuente que parece una umbélida y sus airoas columnatas, bajo las cuales sólo se pasean aquellos perros á quienes sedujimos con ardides de confitería, y unos cuantos cerdos negros, peludos, flacos y salvajes como jabalies. Á veces una paloma baja volando del alero en que sin duda anida, y se posa en un capitel, ó se detiene en el patio, inundado por el jaramago y la ortiga, colum-

piando la gentil cabeza y arrullando honda y voluptuosamente. Allí, en aquella soledad, su voz tiene la dolorosa vibración de un canto de tórtola.

Pero más solo, más inculto, más abandonado, más hermoso que ninguna parte del monasterio está el claustro gótico, llamado de los *Obispos*. En él nos paramos largo tiempo sin poder apartar la mirada ni desenredar el espíritu de aquel mágico lugar, que veo con todo su relieve ahora cerrando los ojos. Este claustro es la perla de San Estéban y una joya única en Galicia. La crestería dibuja sobre el fondo de zafiro del cielo una delicada randa de Flandes; las gárgolas compiten en originalidad con las célebres de Nuestra Señora de París, inmortalizada por Victor Hugo; los botareles son otras tantas agujas de calada filigrana que hacen del claustro un relicario de piedra; las columnas geminas que sostienen el cuerpo bajo y sus encantadores capiteles, sobre los cuales se desplegan los arcos en herradura, semejan doble fila de palmeras, unidas por las copas y adornadas con su fruto. Por encima de la prodigiosa obra de arte, la naturaleza, ese gran escenógrafo, ha tendido tan oportunos festones de hiedra, tan graciosos tallos de zarzamora, que la poesía del lugar se duplica y su colorido romanesco y misterioso domina el alma y los sentidos, embargándolos con la dulce

pena, la *morbidezza* exquisita de la contemplación. Estamos en el cuerpo alto, pero sobre nuestras cabezas no hay tejas; á veces falta la misma armazón del tejado y vemos el cielo y el espléndido sol de este radiante último día de otoño, que penetra al través del rico artesonado del siglo xviii, cuyos rosetones han ido pudriéndose lentamente la intemperie y la lluvia, y que se deshace ya...

Fué preciso comer, y lo realizamos con el robusto apetito que de consuno prestan la buena salud, la satisfacción de una jornada provechosa para el alma y para el cuerpo, el benéfico ejercicio y el aire montaños saturado de oxígeno y de emanaciones de aromosas plantas. En pobre choza, más arriba del monasterio, vive una vizcaína, casada con un labrador hijo del país, y esta buena mujer, que guisa con la habilidad y limpieza proverbiales en las hembras de su raza, nos aderezó sencillos pero apetitosos manjares, y hasta café, lujo asombroso en aquel desierto. Era también indispensable, antes que cayese la noche, emprender la bajada, desandar aquel pintoresco camino de peñascales y arbolado, y cruzar, ya casi de noche, el medroso puente bajo el cual rugía el agua con largo é histérico sollozo. Teníamos que esperar en la estación de San Esteban el paso del tren que había de conducirnos otra vez á Monforte.

Á propósito de la estación de San Esteban, no quiero omitir un inciso y un contraste. Encontramos en ella, no sé si por casualidad ó porque la fortuna quiso aquel día sernos completamente amiga, con un jefe de estación y unos empleados tan inverosímiles, que no sólo nos acogieron del modo más cortés, haciéndonos entrar á descansar en la estación y prodigándonos mil agasajos—sin importunidad ni pesadez, nótese esto—sino que con el mismo silencio, corrección y finura nos sacaron una botella de Jerez excelente, y créo que les daríamos gusto, si en vez de probar dos deditos, la hubiésemos apurado entera. Acordábame yo (y aquí viene el inciso) de aquellos caribes que ejercen la profesión de cocheros desde Salvatierra á Mondariz, y á quienes el general Primo de Rivera (aunque otra cosa le hayan contado al periódico *El Día*), sentó las costuras con razón sobrada, conduciéndose al mismo tiempo como caballero y cristiano, pues si supo hacer prender por pillo, bárbaro y desafortado al culpable, también supo encargarse del sustento de la esposa y los hijos, á fin de que no pagasen justos por pecadores.

Esta diferencia de conducta entre el cochero y el empleado de ferrocarril, la consideré como señal indeleble del papel civilizador que desempeñan las vías férreas, suavizando las costumbres y ayudando á la fraternidad de la raza humana,

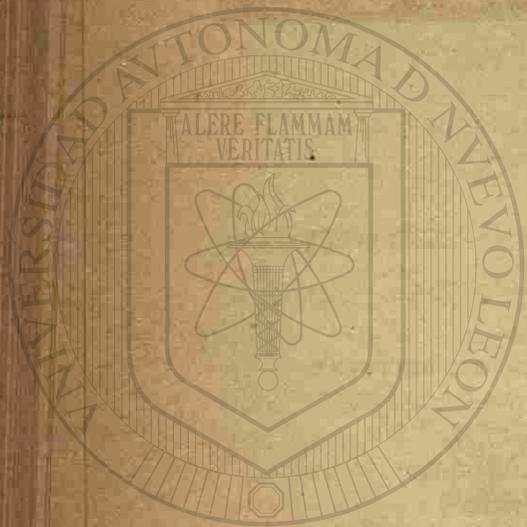
ó por lo menos al mutuo respeto que se deben los seres racionales.

Mientras esperábamos el convoy que venía de Orense, la oscuridad del cielo fué disipándose poco á poco; por la montaña, que en frente de nosotros se erguia enorme y negra, corrieron lucecillas y se oyeron voces humanas; el reflejo de la luna llena, que ascendía á la mitad del cielo, comenzó á iluminar el paisaje; de allí á poco rato el astro apareció, flotando en un mar de zafiro y arrojando sobre la corriente del Sil como un collar de trémulos discos de plata. El silencio era ya absoluto; sólo se escuchaba el río, exhalando su eterna queja. Involuntariamente prestábamos oído, por si en las fragosidades del monte sonaba el canto del extraño rui señor que según las con-sejas del país, únicamente en Rivas de Sil se encuentra: un pájaro traído de Oriente por los solitarios, que soltaron cuando se les intimó la ex-claustración, y que se ha reproducido allí sin salir de la zona de la montaña: ave canora si las hay, en cuya jaula es preciso suspender un trozo de paño encarnado que le alegre la vista y le recuerde acaso las cálidas y luminosas regiones de donde procede; ave, que por la dulzura de sus trinos y la poesía de su origen, recuerda aquel pájaro de las leyendas monásticas, cuyo canto embelesaba de tal modo al monje, que se le pa-san cien años en un minuto—el *malvis*, en su-

ma.—Pero el malvis no quiso darnos serenata aquella noche, y hasta que á lo lejos resonó el traqueo del tren que llegaba, no escuchamos más que la armonía del silencio.

La Coruña, 15 de Octubre de 1887.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## IMPRESIONES SANTIAGUESAS

UNA JOYA DEL ARTE RENACIENTE

**S**iempre descubro algo inédito, algo que me atraiga, interese y cautive en mis frecuentes excursiones a la monumental Santiago. Suelen ser vejisimas las novedades que me sorprenden, nuevas sólo para mí, que por primera vez las advierto: la moldura de una portada, el carácter de un altar, la expresión del rostro de una imagen, la lápida de un sepulcro. ¡Cuántas veces habré cruzado distraída ante los mismos objetos que ahora me embelesan y mueven acaso á evocar un período artístico ó histórico!

Mas la joya de arte de que hoy quiero hablaros, si me pareció nueva á mí, también ha venido recientemente á recamar la hierática vestidura de Compostela; esta antigua ciudad la posee hace poco tiempo, y aun no la ostenta del todo bruñida y esmaltada, aunque no tardará en tener cuantos realces necesite para lucir todo su esplendor (1.)

Paseando una tarde por las cercanías de Santiago, fui á parar al antiguo convento de San Lorenzo, que según la frase gráfica de Neira de Mosquera, se pierde, se hunde, y brumado por el corpulento ramaje de los árboles que nacieron en torno suyo, levanta su descarnada torre. Al bajar la escabrosa y agria cuesta que, naciendo en la alameda, desemboca en el camino desde donde ya la torre se divisa, pensaba yo en las vicisitudes del edificio, pues también las piedras tienen su historia y hado. En plena Edad media, comenzando el extraordinario siglo XIII, el siglo de las Órdenes mendicantes y del florecimiento escolástico, de Santo Tomás y de Dante Alighieri, un Prelado, de Sede zamorana y patria gallega, depuso la mitra, las ínfulas y el báculo, se acogió al apartamiento de una soledad pensativa, frondosa y callada, al Sudoeste de Compostela, y labró para asilo un pequeño eremitorio donde meditar y macerarse y vivir en comunión estrecha con la naturaleza y con Dios

que en ella resplandece (2.) No eran desusadas, sino muy frecuentes en aquella época, resoluciones semejantes á la de D. Martín Arias y á la del metropolitano Bernardo, cuyo bulto yacente de piedra contemplé no ha dos días en Santa María la Real de Sar. No sé que aspecto tendría el fundador de San Lorenzo, pero á fe que el Arzobispo que duerme bajo la bóveda de la románica Colegiata, hubo de ser hombre de acción y energía, á juzgar por el membrudo cuerpo, las fuertes manos y la faz bien barbada y varonilmente hermosa. Hijos de una edad de hierro, vivían aquellos Prelados en lucha con los ricos-hombres, los Reyes, los cabildos y los conventos; en su alma llevaban clavado el temor de que se frustrase la gran empresa nacional de la reconquista y los moros volviesen á llevarse las campanas de la catedral, ó de que la oleada sarracena salvase los límites de Europa y se desbordase por Sicilia, por Malta, por las tierras de Levante de nuestra Península, arrollando á la cristiandad entera. Esta angustia y perenne zozobra, esta incertidumbre, junta con el recelo del desvanecimiento que las grandezas producen; acaso alguna historia de esas que por entonces despertaban la conciencia y traían de la mano el remordimiento, solía impeler á sacudir la carga de la vida activa y recogerse al ya seguro puerto donde más es sereno el aire.

Retirado en la apacible cañada, y construída la ermitilla que puso bajo la advocación de aquel mártir aragonés Laurencio, diácono y tesorero de la Iglesia, tostado á fuego lento en la octava persecución sobre férrea parrilla, Don Martín Arias no tuvo al pronto otra compañía que la de tres Capellanes elegidos por él mismo; luego se le reunió nada menos que el Arzobispo de Santiago, Pedro Munio ó Muñiz, desterrado por el Papa Honorio III á aquella reclusión, por sospechoso de entregarse á la nigromancia, geomancia, sorteria y artes divinatorias, extraño delito con el cual era la Iglesia inflexible y del cual se disculpa hoy á todos cuantos fueron acusados de él, achacando su fama de magos al cultivo de las ciencias físicas, exactas y naturales, sin ver que acaso los mismos que las estudiaban no dejarían á veces de confundirlas con las ocultas (3.) De todas suertes, ya fuese Munio un gran físico y matemático cual el Papa Gerberto, ó un supersticioso y damnable brujo como Raimundo de Tárrega ó el Obispo Miguel de Urrea, baldón de que al parecer le limpia la historia, es lo cierto que él se estuvo retraído en el eremitorio lo que restaba de vida al fundador Arias. Y aparte del disgusto de verse acusado por delaciones acaso calumniosas ¿qué pena más benigna que la de morar en tan sosegado asilo, dulcemente melancólico, festoneado de olmos y

encinas que hacen deleitosa sombra al breve huerto, por el cual van culebreando numerosos arroyos y desde el cual podía el Arzobispo recluso oír el tañido de las campanas colgadas en los innumerables templos de su metrópoli?

De ordinario estos yermos, estos claústros aislados en que dos ó tres hombres se apartaban del mundo entero para entregarse á la contemplación, iban como moléculas solicitadas por misteriosa ley de afinidad espiritual á agregarse al cuerpo de alguna de las grandes Ordenes religiosas, entonces en su más fervoroso periodo. La necesidad de regularizar la vida y distribuir las horas; el deseo, poderosísimo en el alma humana, de sentirse en unión moral con numerosa grey, resolvían una fusión que, profanamente hablando, podríamos comparar al sentimiento que impulsa á las pequeñas fracciones políticas actuales á confluír al seno de un gran partido. La ermita de San Lorenzo, muerto Martín Arias, se convirtió en conventillo adjunto al legendario convento de Val de Dios, donde recientes aun los recuerdos del paso de Francisco de Asís, el milagroso penitente y peregrino italiano que lo fundara, se agrupaba ya numerosa comunidad de Menores. Transformóse, pues, en celda franciscana el retiro del Obispo desengañado, y á fines del siglo, uno de los frailes, hidalgo gallego de la mitológica es-

tirpe de los Mariños (4.) pidió á su deudo el Conde de Altamira tierras y feudos con que ensanchar y dotar el convento, petición muy justa, porque Mariño, al trocar el arnés por el sayal, cediera á su poderoso pariente todos sus feudos y dominios.

El convento creció, se pobló, tuvo huerta, bosques y praderías, y se extendió en aquél tranquilo vallecillo, sin dejar rastro en la memoria de los hombres. Ni la crónica, ni la historia, ni siquiera la leyenda le inscriben en sus fastos; guarda la eterna poesía de su misterio; y á imagen de la callada moradora del fondo del Océano, la madrepora estacionaria que en la serenidad de las grandes profundidades vive y muere ignorada, labrando sin embargo, lenta y silenciosa mundos y continentes fantásticos, así debió de construirse allí, en aquella calma perpetua, el puente que enlaza el alma humana con lo infinito.

Yo no he menester, cuando piso en el bosque las hojas secas, que me diga libro alguno que aquellos órganos muertos recogieron el carbónico del aire y devolvieron el puro oxígeno, buscaron amorosos el sol y bebieron sedientos el vapor de agua, dieron alcoba nupcial á las aves, sombra al caminante, verdor á la primavera y frescura al estío. Así, cuando llego á un rincón semejante al valle de San Lorenzo, don-

de sé que vivieron por espacio de largos siglos muchos hombres consagrados á la vida del espíritu, la fantasía me cuenta con magia superior lo que pensaron y sintieron: las luchas de la conciencia, los reprimidos ardores del corazón, las tormentas y paces del ánimo, el contemplar, el pelear, el rezar y el creer. Hasta en la amenidad del umbrío paisaje me parece que se notan reflejos de aquellas serenas miradas que se posaron en él como en un lago la luz remota de las estrellas.

Noto que me pierdo en digresiones de las que siempre me sugiere la vista de cualquier piedra que haya pertenecido á un convento; dejemos ya estas inveteradas manías.

Parece ocioso decir que el convento de San Lorenzo, al verificarse la exclaustación, corrió la suerte común. Permaneció mucho tiempo solo y olvidado: llenóse el huerto de malvas, zarzas y ortigas; mullió las piedras del edificio dorado líquen, y las tapizó verde yedra, y brotaron en las grietas los tazones de la umbélida y los rojizos tallos de la parietaria: enmudeció la voz de bronce del campanario, anidaron estorninos y vencejos en la torre muda; comenzó á degradarse el frontispicio.... En 1862 todavía un amigo mío halló en aquellas semi-ruínas al guardián y á dos legos de la dispersa comunidad que permanecían allí como náufragos en abandona-

do buque (5.) Después se rendirían al peso de los años.

No ha vuelto á verse entre aquel arbolado el hábito y la sandalia del fraile: pero no por eso permanece hoy deshabitado el antiguo eremitorio; lo restaura y repara una descendiente de los Altamiras, la Duquesa de Medina de las Torres. Reclamó esta ricahembra ante la ley los derechos que le otorga el patronato de su linaje, y volvió á sus manos el égido de San Lorenzo.

Lleva la Duquesa el nobilísimo apellido de Osorio y Moscoso, tan reverenciado en Galicia durante el periodo medio-eval. Aun se levantan imponentes los restos de las feudales torres de Altamira, acerca de cuyos subterráneos se refieren consejas medrosas. La sangre turbulenta y feroz de los grandes magnates gallegos se confunde en las venas de la Duquesa con la sangre bizarra, culta y artística de los Ayamontes, cuyo nombre recuerda la época más brillante de nuestra literatura, así como en el escudo que he visto en el zaguán de San Lorenzo aparecen las cabezas de lobo chorreando sangre, fiero y montés blasón de los Altamiras, al lado del toro, pagano emblema de la soberana casa de Borja. No me es posible considerar sin respetuoso interés los restos y reliquias de nuestra antigua y generosa nobleza, de esa nobleza que trabó con hierro y amasó con sangre los mate-

riales del edificio de la reconquista y de la unidad nacional, que prodigó su vida en Italia, en Flandes, en el Nuevo Mundo. Nobleza quizás la menos ambiciosa y díscola de Europa, no se mezcló sistemáticamente, cual la italiana, en asonadas populares, ni, como la francesa, preparó y justificó con su elegante cinismo las convulsiones políticas de la patria, ni recargó el peso de la cadena feudal remachándola á los pies del pueblo, como la alemana: nobleza que, acaso por exceso de abnegación pasiva, por atribuir escasa importancia á sus heroicos esfuerzos, por haberse eclipsado más de lo justo después de la victoria, dejándose condenar á la servidumbre áulica bajo la casa de Borbón, vino á hundirse en su actual decadencia y cesó de desempeñar en la nación el puesto y papel que le correspondían por sus grandes propiedades territoriales, su fuerza moral y la inteligencia de muchos de sus individuos. Aun sería tiempo de que las clases ilustres por sangre y tradición recobrasen amplia y legítima influencia, comparable á la que en Inglaterra ejercen; y contribuiría á este objeto que reinstalándose en sus antiguas viviendas, arrojasen de ellas á las lechuzas y los grajos, reparando los estragos del tiempo devastador y esparciesen — como esparcen humo las altas chimeneas — los beneficios de la cultura y el dinero de sus

rentas pingües en el país de cuyos frutos las cobran. Mayor bienestar reinaría en el suelo gallego á habitarlo los titulos y grandes de España que aquí tienen solar y veranean en país francés.

La Duquesa se ha propuesto transformar en amena casa de placer el viejo convento olvidado, que casi iba desmoronándose de tristeza. Hoy reina en él la animación de la actividad y del trabajo. Desde los carcomidos tablonos hasta las roídas y leprosas piedras, todo revive. La torre espera á regularizar su forma y coronarse de majestuosas almenas. Bajo el claustro, donde una inteligente restauración sustituye ya el antiestético cuerpo superior con otro orden de arcadas de granito iguales á las del inferior, florecen en tiestos lindas plantas de media estufa, tuberosas, primulas y gloxinias, cuya floración, exótica y moderna á la vez, contrasta extrañamente con los tupidos, recortados y austeros bojés del patio, cuyos dibujos representaban instrumentos de martirio. En el antiguo huerto conventual comienzan á tomar parte araucarias, magnolios y wellingtonias, que mañana formarán frondosos macizos sombreando el fino y terciopelado césped del parque. El verde azulado de los eucaliptos se recorta sobre la cortina de viejos olmos y castaños que limita el horizonte. Diligentes operarios preparan la

pajarera en que han de revolar pintadas aves; por una puerta entreabierta se ve la cochera, donde relucen las bruñidas hebillas de los atalajes y los colores vivos de lanzas y ruedas. La imaginación no puede menos de encontrar peregrino y doloroso contraste entre la gravedad contemplativa que parece haber quedado impresa en aquellos parajes y el lujo aristocrático que hoy los viste conforme á los recientes progresos de las artes de gozar. Pero al menos, si el conventillo desaparece, la iglesia renace con extraordinaria pompa.

En el edificio religioso, de pobre arquitectura, donde sólo un interesante pórtico ojival secundario revela lo que pudo ser antes de su infeliz reconstrucción en una época de mezquino gusto, se alza al presente una inestimable joya, el más rico altar de mármol que decora á Galicia y uno de los más primorosos que pueden verse en España. El recuerdo de Italia es lo primero que ocurre al pensamiento al contemplarle: de Italia, país en que el culto no dejó nunca de ostentar armonía en la forma y brillantez en el colorido; en que antes de la época que llaman Renacimiento, se rompieron los viejos moldes bizantinos, se estudiaron las proporciones y la naturaleza, y reinó clásica corrección en el arte. Ahora bien: precisamente al tiempo en que llegaban á su apogeo el Renacimiento

latino y la grandeza y poderío españoles; en aquellos días de oro, cumbre luminosa de nuestra historia; cuando al par uníamos á nuestros trofeos la roja granada, símbolo de unidad é independencia, y el doble hemisferio, emblema de que nuestras naves duplicaron el mundo, dos magnates españoles, el Marqués y la Marquesa de Ayamonte, ordenaron probablemente á un artista italiano (6) que labrase en purísimo mármol de Carrara la magnífica muestra del arte renaciente que ante mis ojos tengo. Colocáronla en el convento de San Francisco de Sevilla, y allí estuvo hasta que la desamortización dió motivo á que el convento fuese arrasado y las piezas del altar quedasen esparcidas y mutiladas por el suelo, como letras sueltas de alfabeto misterioso, hasta que hubo de recogerlas la descendiente de los fundadores para que, colocadas por su orden nuevamente, pronuncien otra vez divinas palabras.

No acertaría á hacer detallada descripción arquitectónica de obra tan bella. Quédese eso para la futura *Guía de Santiago*, si es que algún día esta ciudad, cuajada de monumentos y recuerdos, logra tener lo que tiene cualquier aldehuella de Suiza (7.) Á fin de que los lectores vean y disfruten, tengo en mi compañía al inspirado y realista escultor gallego, Isidoro Brocos: el dibujo de este artista, publicado en el número

20 de la *Ilustración Gallega y Asturiana*, servirá para dar á conocer la estructura y traza del altar de mármol. Yo sólo podré deciros la impresión que me causa el conjunto, cuya blancura se destaca sobre el rojo jaspe del fondo: hablaré de las tres figuras de bellos ángeles que allá en lo más alto dijérase que lamentan el dolor de la Divina Madre que sostiene en brazos á su Hijo; de los gentiles querubines del friso, cuyas alitas, no de rígido mármol, sino de cándida y leve pluma parecen; del soberbio relieve que representa el Camino de la Cruz, donde el desconocido poeta que entonó este himno de piedra, supo acercarse á uno de los modelos clásicos más puros, reproduciendo la actitud de los famosos caballos del Partenón; de la delicadísima, complicada y sin embargo ligera red de labor que cubre los fustes de las columnas, semejante á encaje tejido por mano de hadas; —fustes sobre los cuales, como la flor sobre el tallo, se abre el pomposo capitel;—de los rosetones que cuelgan, á manera de rosas mágicas, del entablamento; de los Apóstoles, Santos y Mártires que el cincel creó con admirable valentía y que aparecen como milicias del Cielo, como simbólica representación de la Iglesia, guarneciendo las hornacinas en derredor de la imagen de Cristo crucificado.

La impresión especial que produce el altar, es

la característica de las obras de la mejor época de fines del siglo xv; riqueza profusa de detalles que se detiene en el límite justo para no dañar á la pureza del estilo. Un paso más, y tocaríamos en la decadencia; pero el artista no dará ese paso: el gusto clásico, el sentido de la armonía le detienen. Entre tanta copia de adornos, la vista no busca en vano la línea, que se destaca nítida y airosa, á la manera que, bajo los ropajes opulentos de Ticiano y Veroneso, se percibe bien diseñada la forma del cuerpo humano. ¡Y cuán firme y seguro debía de ser el cincel que destacó de la piedra estos nerviosos y retorcidos follajes y volutas, estas quimeras y dragones de fantástico cuerpo, estos paños libres que parecen flotar, estas cabezas expresivas, todo con tal fertilidad de fantasía, que no hay columna ni rosetón cuyo trabajo sea igual al de otra, y aun en los capiteles se nota gran variedad!

Pero la impresión más profunda de cuantas recibí en San Lorenzo, no me la causó el rico altar, sino dos bultos de mármol que representan á los fundadores orando de hinojos. Sea que influye en ello el traje y peinado de la época, sea que mi imaginación se arroje fácilmente á reconstruir por un detalle una época toda, como el naturalista por una vértebra un extinguido organismo, ello es que el período más brillante de España, y sobre todo, los Reyes que

lo simbolizan y encarnan, surgen de la contemplación de estas estatuas orantes. Hasta se me figura que el fundador presenta singular semejanza con Fernando de Aragón, el Católico. El mismo perfil aguileño, la misma pronunciada barbilla, el mismo cuello fuerte y nervudo, la misma frente reflexiva y llena de inteligencia y perspicacia. Tal vez nace mi ilusión de la recortada melena que cae recta sobre el entrecejo y se ahueca abajo formando trova, peinado característico que hoy se conoce con el nombre de pelo á lo Villamediana. En suma, el Marqués de Ayamonte es un apuesto, noble y grave guerrero, no toseco ni feroz, como no lo eran en aquel cultísimo siglo los que andaban en el servicio de los Reyes. Sin duda tendrían ya entonces á gala los Zúñigas preciarse de doctos y discretos, como debió de preciarse aquel Marqués de Ayamonte, Virrey de Méjico y muy poeta, á quien cien años más tarde la musa de Góngora apellidó alta esperanza, gloria no sólo del Estado de Ayamonté, sino del de España, Marqués clarísimo, dos veces claro, por sangre y por entendimiento; Apolo español, con otros muchos encomios no menos conceptuosos y subidos de punto (8.) La estatua del Ayamonte que contemplo, es obra notable, no sólo por la energía, verdad y relieve de la cabeza, sino por el carácter que distingue también al altar, á saber:

el primor de los detalles. Está armado de todas armas, aunque con la cabeza descubierta, como es natural en su actitud de oración, y no parece sino verdadera malla de hierro su faldellín: con tal paciencia y exactitud está desempeñado. Descansan sus codos sobre blando cojín de terciopelo, y un paño recamado, de la misma tela, cae, formando pliegues, sobre el reclinatorio. Encima del corazón tiene el encaje donde sostenía el broquel. Así, en tan marcial arreo, ora hace más de tres siglos Don Francisco de Zúñiga y Guzmán, que murió un mes después de la memorable victoria de las armas españolas en Pavía.

Mirándole tan reposado y digno en su actitud, acordéme del vencedor de Cerinola, héroe de piedra de la inimitable leyenda de Becquer, *El beso*. Quien haya leído las fantásticas narraciones del poeta sevillano, recordará aquella en que un joven oficial del ejército invasor de Napoleón, obligado á alojarse y pasar la noche en la iglesia de un convento, se enamora perdidamente de una estatua orante de mujer hermosísima que allí encuentra; habla de ella á sus compañeros de guarnición, la pinta con vivos y mágicos colores: primero se burlan de tan extraño amor, pero después, movidos ya de curiosidad, deciden ir la noche siguiente á conocer á la dama de mármol que roba á su amigo el sentido. Acuden en efecto á la vieja iglesia, cuyo lóbrego recinto

ilumina la escasa claridad de una linterna. En el fondo del arco sepulcral ven á la dama, que á todos sorprende por su belleza maravillosa. Pero la iglesia está fría y húmeda; encienden para calentarse una gran fogata hecha con trozos de la rica sillería tallada del coro, se sientan al rededor de la lumbre, destapan botellas y corre el espumoso champaña trastornando los juicios: el grupo de militares se anima, unos cantan báquicas canciones, otros profanan con gritos y blasfemias la nave solitaria. Entretanto el capitán francés bebe como un desesperado, sin apartar los ojos de la estatua que, al rojizo resplandor del fuego, parece de carne, y dijérase que se ruboriza ante el sacrilego espectáculo. Los vapores de la embriaguez turban el cerebro del oficial, que, levantándose, va á ofrecer una copa de champaña al noble guerrero de piedra arrojado junto á la dama. Sus compañeros reprenden su osadía, y él, más exaltado cada vez, exclama contemplando la efigie de mujer: «Miradla, miradla. ¿Quereis más vida, quereis más realidad? Esa mujer de piedra parece incitarme con su fantástica hermosura. Un beso, sólo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume...» Y se dirige á la estatua con los brazos abiertos, como fuera de sí; pero en el mismo punto de tocarla cae al suelo, ensangrentado y deshecho el rostro. El inmóvil guerrero, alzando la mano, le

había derribado de una espantosa bofetada de su guantelete de piedra.

No es menos majestuoso, varonil y heroico en su reposo este guerrero que veo en San Lorenzo, que el que describió Gustavo Becquer, ni la hermosura fantástica y extraña de la Doña Elvira de Castañeda es inferior á la de Doña Leonor Manrique, cuyo busto estoy mirando. ¿Y por qué no ha de haber sido esta misma estatua la que inspiró al cantor de las oscuras golondrinas su leyenda? Esta estatua se encontraba en Sevilla: allí la vería Becquer mil veces; allí esta peregrina beldad, eternizada en el mármol, pudo haber fijado sus ojos, encendido su fantasía, arrebatado quizá su corazón en amor insensato y quimérico. Algunas señas de las que en la leyenda se dan, coinciden singularmente con las de la estatua de San Lorenzo, afianzando esta presunción, ni más ni menos fundada que otras muchas. La Doña Elvira de Castañeda, de Becquer, se hallaba en un convento, y convento era San Francisco, de donde fué traída Doña Leonor Manrique; la época es la misma: se trata de un guerrero, título de Castilla, que se halló en Cerinola y fué compañero de armas del Gran Capitán, señas todas aplicables á Don Francisco de Zúñiga; por último, ambas estatuas se destacaban, dice Becquer, en el fondo de un arco sepulcral de mármoles negros, y yo veo esparci-

das aquí las anchas losas de negro mármol recogidas en el convento, y sobre las cuales volverán á campear en breve las estatuas. Mas la prueba moral, poética, interior y para mí más que todas plena y clara de que son una misma la Doña Elvira del poeta y la Doña Leonor que contemplo, la encuentro en la admirable identidad de impresión que me produjo esta estatua al mirarla, y la narración de Becquer al leerla. Apenas hube fijado mis ojos en la estatua, me asaltaron vagas pero hondas reminiscencias de las que el mismo Becquer expresa en uno de sus delicadísimos versos, diciendo:

Yo no sé si ese mundo de visiones  
vive fuera ó va dentro de nosotros,  
pero sé que conozco á muchas gentes  
á quienes no conozco!

Sin haberla conocido jamás, en efecto, conocía yo muy bien—en el mundo de visiones evocado por aquella musa soñadora, que en tan afortunado consorcio une al Norte con el Mediodía,—á Doña Leonor Manrique. No podía engañarme, ni confundir con otro alguno «su rostro ovalado, en donde se ve impreso el sello de una leve y espiritual demacración, sus armoniosas facciones llenas de una suave y melancólica dulzura, su intensa palidez, las purísimas líneas de su contorno esbelto, su ademán

»reposado y noble.....» Si, no es vano y caprichoso delirio de la imaginación; realmente existió y tengo ante mí el tipo de perfecta hermosura, la beldad que inflamó el alma de Becquer. El mármol en que está tallada es finísimo y transparente alabastro, y el tiempo, comunicándole leve tinte amarilloso, semejante á la eburnea palidez del rostro de las reclusas, ayuda á la tenaz ilusión que se niega á creer del todo inerte la piedra, y le presta la vida incomprensible y extraña, infundida por el soplo creador del arte, vida que no se explica, pero se siente, sobre todo—añade el poeta sevillano con un rasgo de humorismo—después de haber bebido un poco. Doña Leonor Manrique, que á juzgar por su estatua debió en realidad de ser la mujer más notable de su siglo, está de rodillas (9.) bizarramente ataviada: largo brial con corpiño de púdico y redondo escote, recamado de franja de bordado que lo rodea, descendiendo por entre los honestos senos y se abre sobre plegada camiseta de tela con ricas randas y menuda y escarolada gola: anchas mangas perdidas, abiertas sobre las interiores de lino, sujetas de trecho en trecho por gentiles lazadas; ceñidor de seda con borlas de oro pendiendo sobre la falda; soberbio collar de margaritas y diamantes alternados, en cuyo centro cuelga una hermosa perla en figura de calabaza; gran cadena de oro filigranado con primo-

roso joyel en el centro; rosario de gordas cuentas á la cintura; sortijas con grueso brillante en los índices de las unidas manos. Mas con ser tan rico el tocado de la estatua, apenas se echa de ver su primoroso lujo: no son estos detalles los que primero se nota, como sucede con las recargadas estatuas de la época de Felipe IV. Al contrario, la impresión que produce es la de una sencillez suprema, de una idealidad que flota por cima del realismo de la minuciosa ejecución. Lo que fija la mirada es el largo velo y tocas que, á despecho de la rigidez del mármol, parece que ondulan; la nobleza y gracia del delicado cuerpo; las torneadas manos, mutiladas en mal hora; la garganta castisima, surgiendo del plegado cabezón de la camiseta como fresca azucena de entre el follaje; y sobre todo, la cabeza, la divina cabeza, la frente, semejante á una concha de nácar, sobre que forma vagas y suavísimas ondas, medio deshechas, el cabello, las puras facciones, la dulce melancolía de la expresión, el óvalo del cándido contorno, la misteriosa sonrisa que entreabre la flor de los labios..... Es, digo yo, sin poder olvidarme de Becquer, una verdadera dama castellana, que por un milagro de la escultura parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que aun permanece, en cuerpo y alma, de hinojos sobre la losa que la cubre, inmóvil, con las manos juntas, en

ademán suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

La Duquesa me da el facsímile de la firma de la dama de mármol, que dice así (10):

*«las manos de Vtra. magestad besa Doña Leonor manrique (11.)»*

Brocos, como artista, simpatiza con mi entusiasmo y boceta rápidamente un dibujo de la cabeza de la estatua que guardo en mi cartera; y poco después, cumplido nuestro deseo, nos despedimos de aquel lugar, que será muy luego punto de romería para cuantos amen en Galicia el arte. La Duquesa, que ha fletado un buque para transportar á Galicia este retablo, y gasta cuantiosas sumas en su restauración é instalación, merece bien de esta tierra, bien de los artistas, y aun de los soñadores que quieran recordar á Becquer y olvidar un instante la nuda realidad.

## NOTAS

(1) Este artículo tiene ya ocho años de fecha. Hoy está terminado el engaste de la joya.

(2) Reproduzco el privilegio de fundación dado por Alfonso X, que se halla en el «Teatro eclesiástico de las iglesias de España» de Gil González Dávila, y ha sido publicado por mi difunto amigo D. Ramón Segade Campoamor en su artículo «El Convento de San Lorenzo» (número 23, año IV de la *Revista de Galicia*) del cual están tomados algunos datos de mi trabajo.

«Ego Adefonsus, Dei gratia, Legionis Rex, una cum filiis meis, per hanc cartam perpetuus volituram, concedo, et confirmo Ecclesie Sancti Laurentii, quam Dominus Martinus, Zamorensis Episcopus Compostella edificavit, omnia que tam de patrimonio vestro, quam donationis, vel emptionis, vel alio quocumque modo adquisita eadem Ecclesie contulisti, vel in futurum conferetis. Facta carta apud Zamoram. Ann. 1216.»

(3) Se basa esta conjetura en el estudio que hace Menéndez Pelayo sobre artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España. (*Historia de los Heterodoxos españoles.*)

(4) Es conocida y hasta popular en Galicia la tradición fabulosa que hace proceder á los Mariños de la unión de un caballero gallego y una sirena ó monstruo femenino salido de los mares.

(5) El Sr. Segade Campoamor (artículo ya citado.)

ademán suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

La Duquesa me da el facsímile de la firma de la dama de mármol, que dice así (10):

*«las manos de Vtra. magestad besa Doña Leonor manrique (11).»*

Brocos, como artista, simpatiza con mi entusiasmo y boceta rápidamente un dibujo de la cabeza de la estatua que guardo en mi cartera; y poco después, cumplido nuestro deseo, nos despedimos de aquel lugar, que será muy luego punto de romería para cuantos amen en Galicia el arte. La Duquesa, que ha fletado un buque para transportar á Galicia este retablo, y gasta cuantiosas sumas en su restauración é instalación, merece bien de esta tierra, bien de los artistas, y aun de los soñadores que quieran recordar á Becquer y olvidar un instante la nuda realidad.

## NOTAS

(1) Este artículo tiene ya ocho años de fecha. Hoy está terminado el engaste de la joya.

(2) Reproduzco el privilegio de fundación dado por Alfonso X, que se halla en el «Teatro eclesiástico de las iglesias de España» de Gil González Dávila, y ha sido publicado por mi difunto amigo D. Ramón Segade Campoamor en su artículo «El Convento de San Lorenzo» (número 23, año IV de la *Revista de Galicia*) del cual están tomados algunos datos de mi trabajo.

«Ego Adefonsus, Dei gratia, Legionis Rex, una cum filiis meis, per hanc cartam perpetuus volituram, concedo, et confirmo Ecclesie Sancti Laurentii, quam Dominus Martinus, Zamorensis Episcopus Compostella edificavit, omnia que tam de patrimonio vestro, quam donationis, vel emptionis, vel alio quocumque modo adquisita e idem Ecclesie contulisti, vel in futurum conferetis. Facta carta apud Zamoram. Ann. 1216.»

(3) Se basa esta conjetura en el estudio que hace Menéndez Pelayo sobre artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España. (*Historia de los Heterodoxos españoles.*)

(4) Es conocida y hasta popular en Galicia la tradición fabulosa que hace proceder á los Mariños de la unión de un caballero gallego y una sirena ó monstruo femenino salido de los mares.

(5) El Sr. Segade Campoamor (artículo ya citado.)

(6) Con la mejor voluntad, la Duquesa de Medina no ha podido proporcionarme dato ninguno, ni ella los posee, acerca del origen y circunstancias en que fué labrado, traído, inaugurado, etc., el retablo, ó enterramiento que hoy es retablo, cuya vista me dictó este artículo. Posteriormente he consultado los *Anales de Sevilla*, de Ortiz de Zúñiga; la *Sevilla pintoresca*, de D. José Amador de los Ríos, y otras obras sobre el mismo asunto, sin rastrear en ellas noticia alguna.

(7) Escritos y comenzados á publicar estos artículos, llegó á mis manos una *Guía de Santiago*, pero muy compendiosa y reducidísima. Puede consultarse con gran provecho y enseñanza el libro de los Sres. D. José Fernández Sánchez y D. Francisco Freire Barreiro, titulado *Santiago, Jerusalem, Roma*, Diario de una peregrinación.

(8) He aquí uno de los sonetos encomiásticos de D. Luis de Góngora y Argote á que aludo:

AL MARQUÉS DE AYAMONTE.

Alta esperanza, gloria del Estado  
No solo de Ayamonte, más de España,  
Si quien me da su lira no me engaña  
A más os tiene el cielo destinado.  
De vuestra lama oirá el clarín dorado  
Emulo ya del sol, cuando el mar baña  
Que trompas hasta aquí han sido de caña  
Las que memorias han solicitado.  
Alma al tiempo dará, vida á la historia  
Vuestro nombre inmortal, ¡oh digno esposo  
De beldad soberana y peregrina!  
Corónense estos muros ya de gloria  
Que serán cuna y nido generoso  
De sucesión real, sino divina.

Pónese este otro por parecernos curioso, ya que en él se conmemora la existencia de una verdadera Academia literaria en la casa de los Ayamontes:

Á LOS POETAS DE LA CASA DEL MARQUÉS  
DE AYAMONTE.

Cisnes del Guadiana, á sus riberas  
Llegué y á vuestra dulce compañía,

Cuya suave métrica armonía  
Desata montes y reduce hieiras;  
No á escuchar vuestras voces lisongeras,  
Sino al segundo ilustrador del día  
Consagrarle la humilde musa mía  
Que cantó burlas y eterniza veras;  
Al Apolo de España, al de Ayamonte  
Culto honor. Si labraren vuestras plumas  
Digna corona á su gloriosa frente,  
Flores á vuestro estilo dará el monte,  
Candor á vuestros versos las espumas  
De Helicon darán y de su fuente.

(9) Inscripción de la lápida sepulcral de Doña Leonor Manrique:

aquí iace la mui ilustre señora leonor manrique y de castro marqsa de aiamonte hja del mui ilustre señor don pedro manrique dyq de naira i de la mui ilvstre señora doña gyiomar de castro dyqsa de naiara muger del mvi ilvstre señor don francisco cvñiga y de gvzman, marqs de aiamonte.

(10) En la *Ilustración Gallega y Asturiana*, donde por primera vez aparecieron estos artículos, se publicó también reproducción exacta del facsimile.

(11) Archivo de Simancas, 10 de Marzo de 1880.— Copia exacta tomada por Bernardo Barreiro de V. V.





MARINEDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

**Q**UIEN no la conozca todavía lo bastante por la descripción de *La Tribuna*, venga conmigo, y emprenda el viaje desde Betanzos por el ferrocarril, seguro de que, excepto el trecho de Barcelona á Villanueva y Geltrú, en España no habrá encontrado más pintoresco serpenteo de vía á orillas de una costa. Imponente, romántico, *saudoso*, el trayecto que separa á Monforte de Orense: aquí el carácter distintivo del paisaje es la gracia.

Al avistarse ya Marineda, no es dable reprimir una exclamación de entusiasmo. Se llega de noche; las luces del caserío señalan como

inmensa hoz de oro sobre la extensión de la serena bahía, mientras el faro guiña su pupila de lumbre. Creeríase que aquella diadema de faroles de clarísimo gas ciñe la frente de una metrópoli de doscientos mil habitantes lo menos. Casi nadie omite decir que Marineda, al verla acercarse desde las ventanillas del vagón, «engaña.»

No sé á punto fijo á cuanto asciende la población de Marineda, según el censo, el Nomenclator ó el Anuario estadístico. Calculando á ojo de buen cubero, se me figura que tendrá de treinta y seis á treinta y ocho mil habitantes. Lo que aseguro es que esta población se halla dividida en secciones ó zonas aisladas y sin lazo común, y que de esta falta de unidad se resienten todas las empresas en que Marineda compromete su crédito como ciudad y como cabeza del país galaico.

Los píos lectores de todos mis libros en general y de *La Tribuna* en particular, recordarán que el páramo de Solares no divide á Marineda sólo en lo físico, sino en lo moral también. Al Barrio de Arriba ha quedado confinado lo que la gente llama *aristocracia*, ó sean los elementos conservadores marinedinos, y alguno revolucionario, pero de ocultos. Los seis ú ocho caserones blasonados que posee la ciudad, en el Barrio de Arriba han de buscarse. En él se gua-

rece asimismo la gente de curia, al calorcillo de la Audiencia territorial, que vive en excelente vecindad con la Capitanía general del distrito. En él se refugian indistintamente los Jesuitas, las Hermanitas de los Pobres, y las logias masonicas; en él se alzan, tristes, húmedos y solitarios, conventos é iglesias. En él procuran habitar las personas sedentarias, desengañadas y recogidas, enemigas de barullos. En él se celebran las tertulias caseras finas y los bailes de tono. En él no hay tiendas. El mismo silencio, angostura, soledad y torcimiento de las calles del Barrio de Arriba, respira yo no sé qué atmósfera de distinción. No mancha su pavimento el rastro que deja el trabajo comercial: á veces la hierba brota por entre las junturas del empedrado, y, desde que el sereno asoma por las boca-calles con su capotón pardo, su linterna y su chuzo feudal, solo los gatos, los *místicos gatos*, como Baudelaire les llamó, proyectan su silueta embrujada sobre las tapias de las callejuelas desiertas.

Poca más animación de día. Algún canónigo de manteos y tejilla corta, con rumbo á la Colegiata; algún abogado amarillento de tez, desaliñado de ropa, encorvado por el bufete; alguna devota encogida, de velo á la cara; algún familión empavesado que baja hacia Solares á lucir en el otro barrio sus trapitos de cristia-

nar y á *pagar visitas*; algún oficial aburrido de ir haciendo el pavo real con el uniforme de gala, porque hay besamano y es el natalicio ó el cumpleaños de cualquier infante..... tales son las principales figuras que adornan y pueblan las calles y recovecos de mi distrito. Pues en medio de tanta soledad y quietud, yo le tengo afición invencible, y lo mismo sucede á cuantos viven algún tiempo en este viejo barrio. Si no poseyese en él casa propia, y hubiese de mudarme allá á la Pescadería, sería para mí una contradicción verdadera. Que allí las calles son anchas: en cambio son bien estrechos los pasillos y los portales y los dormitorios y todo. Que allí las calles son llanas: en cambio las escaleras son pinas, y tantas, que hacen echar los bofes. Que allí tiene Vd. el comercio: así están de sucios los callejones y así huele tanto á petróleo y aguardiente de caña ciertos días. Que allí sale Vd. y enseguida encuentra gente: para eso mi calle se puede atravesar á las doce de la mañana, de bata y en chinelas, sin escandalizar á nadie, ni aun á las dos ó tres casas blasonadas á quienes les da todavía por echarla de farfantonas.

Esta es la Marineda vetusta, la Marineda de la defensa contra *el inglés*, la Marineda donde, al deshacer un lienzo de pared medianera, encontramos todavía incrustadas balas de las culebrinas y morteros del Draque. Á su calma, á su aletarga-

miento, estoy hecha ya, y cuando regreso del activo París ó del disipado Madrid, me place esta infusión en la tranquilidad del viejo pueblo nativo. Entonces me explico á Pereda y su cariñazo por Santander, si bien entiendo que semejantes cariños son de los que crecen con la ausencia.

La naturaleza humana necesita el cambio: es una perogrullada irrefutable, cuya demostración encontramos en cada periodo y cada fase de nuestra vida. De contemplar siempre los mismos objetos, pasear en el mismo recinto, y comer el mismo manjar, ya es universal proverbio que se engendra el hastío, y más aun, una especie de irritación malévola y sorda. El agua estancada se corrompe. Así yo, pasando en Marineda temporadas seguidas de tres y cuatro años, llegué á ser injusta con tan linda ciudad. No incurrí en el error de negar su evidentísima superioridad en muchos puntos, al compararla con otras más ricas y pobladas, Valladolid por ejemplo; pero mi imaginación se empeñaba en descubrir aquí elementos de melancolía que acaso eran fingidos por mis nervios. Hay que tomar en cuenta, para excusarme, la situación especial de mi vivienda. Las dos ventanas del estudio miran á la bahía, limitada por una barrera de montañas: y en invierno, mis ojos tropiezan siempre con el agua plomiza ó verdosa, que se encabrita sacudiendo furiosamente las embarcaciones menudas, refle-

jando la desolación del celaje negruzco, y exhaliando un cántico ronco y triste, cuyas últimas ondulaciones hacen retemblar los cristales y á veces el aposento. Verdad que por el otro lado, donde está el cuarto-tocador, orientado al naciente, la virazón marítima calla y no se oye más que el goteo argentino de la lluvia en los cristales. Pero se ve—tan cerca que se me viene encima, que me parece estarla tocando, y entre una piña de tejados, bohardillas y chimeneas—la fachada gótica de la iglesia de Santiago; vista muy adecuada para producirme esa emoción especial que me causan los monumentos de otras épocas, y que á la larga, llega á ser dolorosa. Entre las piedras mal unidas rompen á veces unas matas vivaces de silvestres alelies; pero raro es que apenas abren sus ojos amarillos no los mande arrancar el buen párroco, celoso del ornato de la fachada. Y ésta se queda monda y lironda, gris y pálida, con su cornisa cuarteada por el peso de los años, su pórtico de arco apuntado, señalando ya la ojiva, y sus dos santos de piedra que sostienen el arco y se miran inmóviles, siempre desde la misma distancia, á guisa de almas enamoradas que no pueden jamás reunirse..... De la iglesia me viene tempranito el alegre clamoreo de las campanas llamando á misa; pero otras oigo perfectamente el oficio de difuntos, y el toque de agonía.

Así, entre este mar gemidor y esta portada que convida á ensueños nebulosos y fantásticos, he pasado algunos años de mi vida, pareciéndome cosa triste Marinada. Hoy, cuanto más viajo, más justicia le rindo. El desaseo y tosquedad del interior de Castilla; el estado de atraso común á toda España, exceptuando á Cataluña y sin exceptuar á Madrid, me autorizan para afirmar que Marinada, con su comercio, su industria, su clemencia de costumbres, su voluntad honrada, ha conseguido un puesto de honor, y está en situación de ascender más. En la escala de la civilización hispana yo colocaría las zonas por este orden:—*Cataluña*.—*Las Vascongadas*.—*Galicia*;—y de la cultura gallega, Marinada puede reclamar para sí buena parte. No lo debe á la línea férrea: el tren, como aquí dice gráficamente el pueblo, sólo vino á llevarse las merluzas. Marinada era lo mismo antes de que por sus campiñas cruzase silbando «la rauda locomotora.» Tenía el mar, el mar civilizador, el sagrado Océano.....

El Barrio de Abajo, ó sea la Pescadería, fué, como lo indica su nombre, hijo del mar. Una vieja mendiga que conocí y cuya edad subía algo de los noventa, recordaba haber visto la calle hoy segunda en importancia de Marinada, compuesta exclusivamente de casas terrizas de un solo piso, viviendas de pescadores. Entonces se veneraba en la vieja capilla de los mareantes,

el cuadro del Santísimo Cristo de los Afligidos, que no recomiendo á los aficionados á las bellas artes, pero sí á los devotos, porque es de los que piden padrenuestros; entonces todavía se llevaban allí, como exvoto, proas de barcos y en ofrenda altos y amarillos cirios: hoy la gente de mar ha ido retirándose á los barrios extramuros, y hay que asomarse al muelle ó salir hasta donde tenía su vivienda la cigarrera Amparo, para encontrar tipos de bronceada tez, sotabarba hirsuta, gorro catalán y zuecos de palo, ó sardine-ras descalzas de pie y pierna, roncás, con su carpancho en equilibrio sobre las greñas. Marineda es menos Marineda á cada paso, y los azares marítimos ceden el puesto á las especulaciones industriales. En los suburbios marinedinos abunda ya ese tipo hijo de nuestra edad, el obrero. En el Barrio de Abajo se acumulan los elementos innovadores, evolucionistas.—Allí tienen sus locales las sociedades de recreo y los casinos; allí, el teatro; allí, los lujosísimos cafés; allí, las imprentas y redacciones de la mayor parte de la prensa local; allí, el gran paseo y los jardines robados á la bahía; allí, en suma, bulle y fermenta todo cuanto en Marineda puede fermentar y bullir. Allí es donde la gente asegura que una ventana es un *coche parado*, y una galería ó cierro de cristales un *quitapesares* y una *distracción preciosa*.

De niña, salir al Barrio de Abajo era para mí inexplicable placer. Llegaba el cajón con los *encargos de Madrid*, y á estrenarlos y lucirlos en el Barrio de Abajo, dando vueltas en el paseo de las Filas, que adornaban bustos desnari-gados de héroes y de pechugonas emperatrices. Creo que entre estas figuraba Pentesilea, reina de las Amazonas. ¿Por qué azares de la suerte había venido esta buena señora á adornar con su carirredonda estampa el paseo de mi pueblo? No lo sé, ni creo fácil averiguarlo. Dejando aparte tan delicado problema, diré que el girar bajo un sol abrasador, al arrimo de Pentesilea y otros personajes del mismo jaez, en las Filas, era la gran distracción de la Marineda de mis primeros años. Allí se atrapaban fiebres, eso sí, y alguna que otra congestión; pero la gente no por eso se arredraba ni dejaba de concurrir. Yo, sin embargo, á veces me cansaba de aquel angosto callejón, deseado sitios más libres; más espacio, más campo: entonces no sabía decir *más naturaleza*: pero lo decía mi instinto. Entusiásmábame coger conchas en la playa de Riazor; beber agua fresquísimas en el cerro de Santa Margarita; recorrer la Olmeda, admirando desde ella la curva delicada y briosa de la bahía; y, por último, jugar en el melancólico *square* de mi barrio, desnudo de vegetación, dominando las olas bramadoras, flanquea-

do por un hospital y un cuartel, y adornado con un sepulcro.

¡Allí sí que hacía de las suyas el viento! En aquel jardín alto, colgado entre peñas, como nido de ave marina, la fantasía de un Carlos Dickens hubiera podido anotar nuevas y distintas inflexiones, ya lúgubres, ya estridentes y amargas, del cruel viento Nordeste, el viento de la queja y de la mofa. Marineda, en mi niñez, era un navío en cuyos cordajes y arboladura no cesaba de engolfarse, de silbar, de rugir, la furiosa ventolera. Había sitios por donde era absolutamente imposible transitar en horas y días dados: boquetes donde el hálito de un millar de gigantes barría al incauto que en ellos se aventuraba. El mar, loco de espanto, escupía los barcos á la costa; volaban chimeneas y aun tejados enteros; hasta se cuenta que voló un procurador, quedando medio hecho tortilla. Hoy, con las nuevas edificaciones y las obras del puerto, los vendabales han disminuído y se goza de cierta seguridad relativa, no estando comprendidos en ella los paraguas, sombreros, manteos, sayas y otras prendas difíciles de manejar cuando sopla Eolo.

Al caer la tarde, este desatado ventarrón se aplaca, y las noches de Marineda son menos crudas ó siquiera más apacibles que sus días. Se me figura que por eso el anochecer es la hora

predilecta en que salen á la calle los moradores. Gente maliciosa insinúa que la afición al paseo nocturno se funda en cálculos mezquinos de calzado y otras prendas de indumentaria; yo lo niego, porque las marinedinas son de las mujeres mejor pergeñadas, calzadas y compuestas que he visto, y se arreglan y prenden con gusto especial; no admito pues que la nocturnidad del paseo aquí obedezca á los motivos que valieron su popularidad al de la *Chinela* en el Ferrol, sino sencillamente á que la hora es más grata. Encendido el excelente y brillante gas, aplacado el viento y en calma la bahía, que copia sobre sus ondas trémulas las luces prolongadas en rieles misteriosos, mientras en los buques surtos en el puerto se columpia el farol de color, pendiente de la verga de mesana, y la roja luz del espolón señala atrevidamente el rumbo á la inmensidad, la noche es bonita y dulce, y la brisa marina dilata los pulmones. Á semejantes horas, Marineda se parece bastante á Trieste.

En mi niñez, recuerdo que Marinedaapestaba mucho: el vaho fétido de las algas en descomposición la envolvía por todas partes. Desde que se ganó al mar el terreno del Parque, ha mejorado de ambiente, aunque no realice todavía el ideal de la mujer de bien, que «ni ha de oler mal, ni ha de oler bien». Ciertamente que ninguna ciudad nos huele á gloria á los campesinos de afición,

que además somos algo sibaritas y tenemos muy sensible la pituitaria. Peor huele Madrid, al menos en ciertos barrios. Marineda los posee de aire bastante puro.

¿Y ese comercio marinedino, qué tal anda? oigo que me pregunta algún aficionado á las cuestiones que llaman prácticas y serias. ¡Ah! con dolor lo declaro: lo que llevo de vida basta para haber conocido dos fases de él, tan distintas como en literatura la escuela clásica y la escuela romántica. Si aquí no se ha iniciado aun aquel mortífero combate entre el comercio en grande escala y el pequeño, que tan de mano maestra describió Zola en *Au bonheur des dames*, al menos sobrevino una nueva generación que echó á pique á la antigua, de la cual todavía subsisten algunos ejemplares. Esta antigua, que es la de mis primeros años, representaba muy á lo vivo el carácter peninsular, refractario al ejercicio de vender ya desde el tiempo de la invasión cartaginesa, y revestido, como el erizo de sus puas, de cierta fiereza y brusquedad incompatibles con el mañoso trueque venal. La clase de tenderos antiguos de que voy hablando, era, según se considere, tan cerril ó tan hidalga, que en algunos establecimientos no entraba la gente sin encomendarse á todos los santos de la corte celestial implorando valor. Los datos afectivos tenían influjo, y se cultivaba la amistad del ten-

dero no sólo para que le recibiese á uno benignamente, sino también para pagar á once reales la vara de franela que á los extraños les costaba catorce. Y había aquello de «basta que sea para usted» y lo otro de «pues no faltaba más: ¡á un parroquiano que lo tenemos por aquí, á todas horas! Ya le miramos como de la familia.» En efecto, el parroquiano hacía tertulia en la tienda, comentando las noticias interiores y exteriores; y en tanto que el establecimiento estaba convertido en casino, pobre del inocente comprador que en él caía, á importunar nada más. Aun sin tertulia, el tendero prefería al prosáico tragin de vender, el azucarado sosiego de la trastienda, donde leía, si era neo, *La Esperanza*, y sino, *La Iberia* ó la *Discusión*, de zapatillas, de bufanda en invierno y en mangas de camisa en el verano.

Si llegaba algún marchante, salía á recibirle con el gorrete calado, las barbas de una quinceña, el continente fosco, la mirada glacial é inquisidora, diciendo más claramente que si lo articulase:— «¿Á qué mal rayo vendrá este tipo, para molestarme á mí?»—Después sacaba el género, como si se sacase las telas del corazón; y ¡ay del incauto marchante si se permitía despreciar el género ó tasarlo más bajo de lo pedido! «Este terciopelo..... se me figura que tiene..... un poquito de algodón.» «Veinte años llevo vendiéndolo y es usted la primer persona que me

lo dice.» «Pero mire Vd.: ¿no vé Vd. la trama?» «Para ver eso se necesitan los ojos..... de ciertas gentes: Terciopelos como éste no habrá usted gastado muchos.» «Oiga Vd.: yo gasto siempre cosas buenas.» «Ya, ya se conoce (con ironía sangrienta.)» «Hable Vd. con un poquito más de buen modo.» «Estoy en mi casa-habitación y puedo hablar como me dé la gana; si no le acomoda á Vd.....» (gesto expresivo hacia la puerta.) El comprador ó compradora sale de estampía: un cuarto de hora después llega otro y paga la pena del mal humor causado por el primer debate. «¿Tiene Vd. almillas de punto?» «Ya se ve que sí» — responde sin mirar á la nueva víctima. — «¿No había de tener almillas de punto?» «Pues sáqueme Vd. algunas.» «¿De qué precio las quiere Vd.?» «Hombre, ¿qué sé yo? veámoslas, y según sea la clase.....» Entonces, con el más profundo y reconcentrado desdén, el tendero arroja un paquete de elásticas batisimas, rayadas, de las que gastan los *lulos* del muelle. «Esto será lo que Vd. pide.....» «Caracoles..... ¡no! Estas son muy malas, muy toscas.....» «¿Malas? Eso va en gustos; hay quien las alaba muchísimo.» «En fin, yo las deseo mejores.» «Más caras dirá Vd.: porque sobre lo de mejores.....» «Bueno, pues más caras.» Desaparece el primer paquete (el tendero antiguo no comprende dejar dos géneros á la vez sobre el

mostrador) y aparece otro: almillas del algodón catalán más barato, claro como una red, y aunque con más pretensiones, no mejor que el primero. «Pero hombre..... ¡caracoles! Aun se me figura que son peores estas.» «Lo que á mí se me figura es que Vd. no trae ganas de comprar, sino de que perdamos el tiempo.» «Pero es que tales cosas me saca Vd...» «Usted dirá lo que había de sacarle.» El angustiado comprador pasea la vista por la tienda y divisa, allí, casi al alcance de su mano, unas ricas almillas inglesas, sueltas y finas, que parecen de seda por lo brillantes y hermosas. Entonces ya no se reprime. «Pero ¿y aquéllas, santo de Dios, y aquéllas? ¿Por qué no presentó Vd. aquellas desde luego?» El tendero le mide de alto abajo con ojeada sardónica. «Porque..... esa clase..... tan escogida..... no sirve para Vd.» Aquí ya el marchante huye, por no cometer un homicidio.

Tal era el comerciante antiguo en sus ratos de mal humor: en cambio, cuando se le cogía de buena data, deshaciase en efusiones cariñosísimas. Se enternecía al pedirle el comprador tres cuartas de paño negro, recordando el que diez años antes le había vendido «para el luto de su señora mamá.» Preguntaba por las noticias que corrían, el estado de los negocios, los adelantos de los chiquitines, los achaques de la *parienta*; proponía gangas, retales baratísimos;

entregaba lo comprado con sonrisa afectuosa; rehusaba cortesmesmente el importe, ó amenazaba en broma con «enviar el apremio á casa;» y coronaba sus favores tendiendo la mano, por encima del mostrador, al marchante.

Hoy todo ha cambiado. La artificiosa Francia, con sus blanduras y sus engañosas y sus artes de esprimir bolsas, vino á borrar este tipo tan caracterizado del celtíbero, que no nació ¡voto vá! para horteta. Ya detrás de los mostradores se ven cabezas descubiertas y atusadas, barbas aliñadas con brillantina, sonrisas de miel ó cortesías muy tiesas al estilo británico; ya el delantero se inunda de telas, las cuales sabe muy bien el vendedor desenvolver, plegar, darles la clásica uñada y el inevitable papirotazo, á fin de que la luz del gas juegue en los pliegues cambiantes del raso y de la felpa; ya todo el mundo puede entrar en un establecimiento sin temor á que le arañen ó le tuteen; ya el regateo disminuye, y no se oye tanto el «¡Qué malo es usted! No he visto hombre más carero.....» con otros lugares comunes del ajuste tradicional; ya los lotes de retales se llaman *salidas*, y en el escaparate lucen enormes cristales abiselados, y se agrupan con coquetería los objetos, á imitación de los seductores *italages* parisienses; ya encima de algunos artículos (muy poquitos aun) se lee en números claros el precio; ya las tiendas

no huelen al guisote ó á la fritanga que en la trastienda se dispone, ni se cierran á las horas de comer, ni se baja á ellas por dos escalones, ni..... Basta de detalles, que nadie habrá olvidado en Marinada como eran las tiendas primitivas, ni es tan firme el progreso que no duren aun bastantes para señal, ni se han perdido totalmente los añejos resabios.

¿Y la industria? ¿Y las fábricas, refinerías, sierras al vapor, dorados, etc? No soy partidaria de engañarme á mi misma: las fábricas no me gustan, y como no me gustan, apenas las visito. Lo poco que las he frecuentado bastó á convencerme de que no las entiendo. No debemos falsificar nuestra naturaleza, ni torcer nuestra corriente dedicándonos á lo que no dicta suavemente la inclinación natural. Mándenme recorrer cien iglesias viejas, destartaladas, oscuras, ó cien museos y colecciones artísticas poco importantes, ó cien aldehuelas pobres, miserables, solitarias, y no me metan, por Dios, una hora en una fábrica de hilados y tegidos, con aquel polvillo cotonáceo que se atraviesa en la garganta y debe de producir irritaciones en la laringe; con aquel nauseabundo olor á aceite; con aquel calor intolerable; con aquel ruido que rompe el cráneo. Las máquinas me inspiran no sé que repulsión vaga, y cuando veo el motor que estira y encoge su zanca de gigante, un malestar indefinible se

apodera de mí. Con la razón, me alegraría mucho de que Marineda se cubriese de fábricas, siempre que no tuviese yo que recorrerlas. Mi discreta amiga la condesa de Campo-Alange, que en gloria esté, solía decirme con su deliciosa espontaneidad: «No tengo la casilla de los versos.» Á mí me falta la de las fábricas.

Marineda debe fomentar ¿quién lo duda? el desarrollo fabril, procurarse la vida de la industria y también la actividad del veraneo. Las Provincias vascongadas siempre vencerán en esto á las gallegas, porque están tocando con Francia, porque la dinastía tiene interés en halagarlas, y porque están ya preparadas para recibir huéspedes; pero al menos, dentro de Galicia, Marineda merece más visitas de las que recibe. Todo se lo llevan Pontevedra y Vigo. Verdad que Marineda es el Finisterre de la línea férrea: los viajes, de Madrid aquí, mucho más costosos que por el otro itinerario: ni rebajas de precios, ni billetes de ida y vuelta, ni viajes circulares; in-comunicación con el resto del país galaico, y con Portugal: para ir á Compostela, seis horas de una diligencia que parece un capricho de Goya y que vuelca con desgracias personales cada trimestre: para ir á Oporto, dos días. Además, el viajero de ultrapuertos que llega á Marineda no sabe que hacerse, ni donde meterse, ni á qué dedicarse: las fiestas nunca tienen época fija, ni

se sabe como van á estar, ni en que han de consistir, ni siquiera si las habrá: á veces resultan lucidas, pero no las presencia más que la gente de casa: Marineda no conoce el reclamo, ni se da maña para atraer. En verano, los marinedinos descansan: San Sebastián es un pueblo de posaderos: Marineda de *gentlemen* que se van á sus quintas, y no se cuidan de si el forastero sale contento ó renegando. Marineda, cuyo destino y porvenir es ser un encantador punto de baños y veraneo, no se ha penetrado aún de esta verdad, y se empeña en vivir de sí misma, realizando un fenómeno de *autofagia*. Entre este error, y la poca unión de sus elementos, desde hace algunos años su prosperidad no aumenta, y su comercio decae.

Vive Marineda en eterna pugna con su vecina Compostela, ciudad más unida y más hábil para defenderse. Orgullosa de sus monumentos artísticos, Compostela no se resigna á ser la segunda, á verse eclipsada por un burgo de humildes pescadores, donde sólo una vieja colegiata de Templarios y un par de pórticos más ó menos carcomidos representan el Arte y la Historia. El rencor de Compostela contra Marineda, pasión levítica al fin, es hondo y tenaz, aunque disimulado; Marineda, más desprevenida y bonachona, no pierde los estribos sino en ocasiones dadas, cuando algún rasguño fuerte le saca

sangre. Por estas rencillas no enlaza todavía el tren á las dos primeras ciudades galaicas, con daño común, pues la unidad de sentimiento regional, por encima de las quisquillas locales, es lo que da verdadera fuerza, hoy que los gobiernos sólo complacen y sirven á los pueblos en razón directa de lo que les temen.

El tesoro que luce Marineda con ufanía, lo que le alivia la dentera de la famosa plaza monumental compostelana, es su célebre Torre, el faro, cuyo origen, según anticuarios muy doctos, se pierde en las tinieblas de edades, para Galicia, rigurosamente prehistóricas, y según otros, procede de la dominación latina. ¡Triste é interesante camino el que conduce al pie del vetusto centinela de los mares! Guarnécenle de una parte terrenos peñascosos, en cuyas pardas y amarillentas fisuras cayó un puñado de tierra vegetal, y germinaron aliagas picantes, pálidos cardos, encendidas amapolas y, merced á un cultivo afanosísimo, desmedradas legumbres y misereras patatas. De la otra parte se extiende la brava costa, el pensativo Cementerio y su capilla desierta, pronta á repetir con singular poder acústico las palabras que en queda voz se pronuncien en los ángulos del peristilo; y á derecha é izquierda del camino se encuentran, al pronto, casas, que van haciéndose más pobres hasta rematar en exiguos ranchos, á cuyas puertas se revuelca,

entre el polvo de la vía pública, un enjambre de chicuelos, frescos como la aurora y sucios como muladares. Pero á medida que avanzamos hacia la Torre, ascendiendo por la cuesta que guía al promontorio en que el severo vigía descansa, van faltando habitaciones humanas, y nos quedamos solos, solos con las tapias del Camposanto, con las montañas que sombrías se alzan en el horizonte, con el faro que ya nos flecha su mirada de fuego, con el Océano que muge y asalta la ribera rompiéndose en las rocas y escupiendo su argentada espuma al cielo nebuloso. Á los silbidos del viento desencadenado, al perenne bramido de las olas, suele unirse en pavoroso acorde el eco del cañoneo en que se ejercita la batería de salvas: eco que trae á la mente la imagen de batallas navales, de buques en peligro, armonizándose bien con la aterradora música de la resaca y del vendabal.

Allá en los cimientos de la torre, es fama que enterró Hércules su clava y con ella la cabeza ensangrentada de Gerión su enemigo. ¿Cuál será la verdadera historia del venerando monumento? Ante ciertos edificios en que la leyenda labra su nido fantástico, no apetezco nunca datos evidentes, y me entregó á un sentimiento no siempre originado de la belleza del objeto que miro, sino más bien del cuadro en que mi fantasía lo encierra..... Quien no posee ó no ejercita esta fa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HEYES"  
Año 1954 FEBRERO, MEXICO

cultad, se pierde un goce de los más delicados que existen en el mundo.

Las dos veces que con intervalo de años subí la escalera de caracol que se enrosca por el interior del faro (no sin pensar, con el malagueño Molina, que no tuvo consejo quien deshizo la escalinata exterior, que ofrecería pintoresco y sorprendente golpe de vista al ascender) tocáronme dos tardes diferentísimas, pero á cual más seductora para quien se embelesa con perspectivas y contemplaciones naturales. Era la primera tarde una del mes de Mayo, templada, apacible y majestuosa: plegara las alas el viento, y ni las amapolas del camino oscilaban por otra causa sino por la propia pesadumbre de sus rojas cabecitas, mal sustentadas sobre los delgados tallos. Cuando llegué á la plataforma en que una magnífica linterna con planchas giratorias sustituye ventajosamente al espejo encantado en que cuentan se reflejaban las naos enemigas á distancia de diez leguas, trasponía el sol la montaña de San Pedro, soltando doradas hebras de su espirante luz sobre la móvil extensión del mar. Éste yacía en calma y apenas una leve cinta de plata orlaba los negros escollos. Al iluminarse el faro, en los gruesos cristales de la linterna y en su armazón metálica vióse de pronto un centelleo, que multiplicado por la refracción, ofreció el espectáculo de un palacio

de gnomos, hecho de facetas de diamante, que irisaban rojos, azules, violáceos y anaranjados tornasoles. La segunda tarde que visité la Torre, fué aquella que no se ha borrado jamás de la memoria de Castro y Serrano, elegante autor de la *Novela del Egipto*. Si la contase él, con el cómico estilo que lo hizo un día en casa del librero Fe á Núñez de Arce, sería un plato delicioso para el lector. Hay que oírle como refiere aquella desatinada carrera al galope de cuatro jacas, en que creyó llegada su última hora, y en que el ruido del huracán no le permitía ni articular la pregunta — «¿Cuándo nos estrellamos aquí?»

Acaso el más venerando monumento que honraba á Marinada, exceptuando éste, de la Torre, fuese el portillo en mal hora destruido por la piqueta, desde el cual, según añeja tradición, consumó María Pita su célebre hazaña. Bajo el arco que formaba aquella poterna no pasé yo nunca en mi niñez sin que me sobrecogiera religioso temor, que no era infundido por el prestigio de la renombrada heroína, sino por un rostro ó faz de Jesucristo que, á la luz de mustio farolillo, se ofrecía allí á la devoción de los fieles. Poco recuerdo la santa efigie, ni el recinto que la guardaba, siendo tiernísima mi edad cuando se procedió al funesto derribo. El que dotado de inteligencia y celo escudriñase los archivos de

Marineda, que guardan sin duda documentos inéditos y preciosos acerca de María Pita y del papel de libertadora del pueblo que desempeñó, lograría acaso hacerse dueño de los materiales indispensables para un interesantísimo estudio acerca de un punto curioso de la historia gallega. Es opinión general en el día, que las composiciones históricas, para ser verdaderas, han de basarse en infinidad de monografías que cada una aclare ó desentrañe un importante hecho ó momento de la historia; sin este arbitrio tiénesse por imposible que el historiador pueda explorar por sí solo tan inmenso campo; y como quiera que aún andan escasas las utilísimas monografías, á que crezca su número consagran vigiliass y tiempo los que aman la ciencia histórica, haciendo de albañiles para el edificio en que comprenden no es posible que todavía haya arquitecto. Si deparase Dios á Marineda algún discreto erudito que investigase lo referente al periodo de María Pita, segura estoy de que nos daría por fruto de su trabajo una figura histórico-popular en extremo interesante, muy diversa de la convencional María Pita que aparece en dramas y loas; una María Pita de carne y hueso, que en vez de declamar enfáticamente, viviese y hablase como genuina gallega del siglo xvi: una María Pita no con casco ni coraza, ni montante, sino destocada, revueltas las trenzas, en baldas

y en jubón, pintoresca en su lenguaje, desenfada y varonil como ella lo era seguramente; semejante, en fin, al delicioso tipo de la cántabra de energía, musculatura y corazón fuerte, que el maestro Tirso nos pintó en su Mari-Hernández.

Ya no va quedando en pie lienzo alguno de las valientes murallas que soportaron el bombardeo y el incendio inglés. Marineda rompe su cinturón para que floten los pliegues abigarrados del caserío: abdica como plaza fuerte, ya que con la artillería moderna no puede serlo. Á tiempo que escribo estas páginas, el baluarte de Puerta Real, que aun se mantenía erguido produciendo en noches de luna singular efecto, alfombra la tierra con sus escombros. Y es de notar que si Marineda, cuando casualmente piensa en sus trofeos militares, ve al enemigo bajo forma de hijo de la Gran Bretaña, los ingleses, que ya echaron en olvido, como es natural, todo lo referente al ataque y defensa marinedinos y las aventuras de Drake y Norris para acordarse de guerras más recientes, en que se aliaron á España, llegan generalmente á la capital de Galicia con aquel respeto con que llegamos á lugares que despiertan gloriosos recuerdos y honrosísimas memorias; y se les ha visto ir como en romería al sepulcro de Moore, su compatriota, y al emplazamiento del campo de batalla de Elviña.

á donde los conducían unos mansos y derrengados asnillos que perennemente estacionaban á la entrada del barrio de Santa Lucía, esperando con ejemplar resignación que llegase un prójimo reclamando sus servicios. Este género de bagajes, descendientes de las acémilas de las tropas extranjeras en la época en que fué muerto Moore, también ha sido barrido por la oleada de la civilización moderna. Los coches y los omnibus se multiplican; el ferrocarril cruza muchos de los pueblecillos á que antes se iba borricalmente; el lugar en que jumentos y alquiladores aguardaban cachazudos á que les saliese un parroquiano, se dividirá en solares y aumentará aquel floreciente arrabal ya cuajado de construcciones nuevas y rápidamente creadas. De suerte que el alquilador, con su chaleco de panilla atravesado en la espalda por un compás de paño escarlata, con su faja enrollada sin pizea de garbo, con su pantalón de campana remendado en las rodillas, con sus caderas que ya descoyuntó para aprender el paso gimnástico de andadura, con su cigarro detrás de la oreja que apaga y enciende á cada caída del rucio, con su vara de mimbre ó de taray, y su sombrero de fieltro con borlas, derribado hacia atrás para que descubra la guedeja que orna la frente, es un tipo llamado á desaparecer en plazo más ó menos corto. ¡No es poco lo que ya ha decaído! Veinte años há

próximamente, era todavía, el alquilador, complemento obligado de toda gira ó pick-nick. Entre las provisiones y fiambres dispuestas para la merienda, contábanse siempre la tortilla y el vino clarete destinados á los alquiladores; y apenas rayaba en los cielos la rosada luz matutina, alquiladores y borricos, con alegre tumulto, acudían á despertar á los perezosos expedicionarios. No se oía sino el menudo trotecillo asnal, que con eco metálico resonaba en las losas de la calle; el vivo repiqueteo de los cascabeles, y los jarre! ¡soooo! modulados en tonos diversos. Pasábanse de ordinario tres cuartos de hora antes que la gente se acomodase en sus respectivas monturas: á una se le corría el albardón hasta la cola, á la otra se le marchaba por las orejas, y todas, indefectiblemente todas, al sentir en los lomos el peso del jinete, vacilaban, doblaban las corvas, enviándole por lo regular á medir el suelo. Ello paraba en risas y algazara, subiéndole de punto el buen humor de la comitiva. Estableciase durante la jornada una amigable comunicación entre parroquianos y alquiladores; repasaban éstos, para solaz de aquéllos, todos los cuentos y chascarrillos de su no muy selecto repertorio: siendo de advertir que cada alquilador era una gacetilla ó crónica, pues á nadie desconocían, ni ignoraban la vida y milagros de santo alguno. Los parroquianos—particularmente

si pertenecían al bello sexo—se mostraban por extremo afables y cariñosos con los espoliques, influyendo en esto el temor de que alguna maña del jumento, para ellos ignota y sólo del alquilador conocida, los condenase á besar el polvo de la carretera ó los guijarros de los caminos hondos. Y los borricos ¡qué sueltos, retozones y correteadores cuesta abajo! ¡qué mustios, tercicos y remisos cuesta arriba!

En estos tiempos va sustituyendo á la cabalgadura de Sancho el ríper. Así es que las romerías y excursiones á los alrededores no revisten el carácter especial de antaño.

Pocas veces presenta Marineda aspecto tan curioso como los días de mercado, señaladamente en la serena estación otoñal en que escribo estas páginas. Labriegos y labriegas inundan la ciudad, trayendo en sus cestas los frutos del establo, del corral y de la huerta. Son de ver las pintadas gallinas, las palomas asustadizas, la legumbre húmeda aún del fresco rocío de la mañana, que resbala en aljófares por las satinadas hojas de repollo y escarola, ó hace brillar como coral pulido los rojos tomates. Dejan los labriegos á las placeras su sana y apetitosa carga, y derrámanse por calles y callejuelas en busca de artículos de primera necesidad y otros superfluos. Yo les veo mil veces en el lugar llamado Campo de la Leña (y también de la Horca) pa-

rarse fascinados por alguna bujería que se vende en las barracas. Apenas comienza el ajuste, es de notar la maña que para el regateo despliega el campesino, y la habilidad casi judaica con que el vendedor le acorralla, tejiendo mañosamente la red en que al cabo han de ir á prenderse los cuartos que con amor acaricia la mano callosa del marchante. Recorren los aldeanos el vasto y sucio bazar, cuyas cubiertas son las copas de los árboles, y pasean sus sinuosas calles—cuyas aceras forman montones de ropa vieja y trapos—con el andar torpe del campesino cuando viste el traje dominguero. Tan ágil se ve al labriego en la heredad, con sus calzones de lienzo y su arremangada camisa, como entablillado y embutido con sus arreos majos de paño y terciopelo. Forman sus piernas y brazos ángulo con el tronco, á guisa de piernas y brazos de pelele ó figurón relleno de paja. Las mujeres, que por naturaleza saben aliñarse, hacen mucho mejor efecto cuando sacan también el fondo del cofre: su cara recién lavada, sin mudas ni afeitos, trigüeña y gazmónilla, su porte honesto y acompasado, sus pañuelos de vivos tonos que parecen ramos de flores silvestres, realzan la hermosura de las que son bellas y aun disimulan la zahareña fealdad de aquéllas á quienes Hebe negó sus dones. Libres de la cesta en que portearon las morenas patatas ó el dorado melón, van dos á dos ó tres

á tres por las calles vecinas á la plaza de abastos. Cada escaparate es una magia, un hechizo cada percal estampado, un filtro cada gorro de recién nacido ornado de flores de trapo, lentejuelas de plata y airones rojos. Para ellas Marineda es seductor abismo que las atrae, y donde desean caer, convirtiéndose en cigarreras, ó en criadas de servicio. ¡Es la Vila!

Hoy no digo más de la herculina Marineda; ya consumiré otro turno. Quisiera ser nada menos que un Dante..... en primer lugar, por serlo; y en segundo, por inmortalizar «el lindo redil donde dormí cuando corderillo.»



#### ¿IDIOMA Ó DIALECTO?

**P**RETENSIONES nobiliarias no las tienen solamente las familias, sino también los pueblos, y estas pretensiones las descubren cuando está en juego la estimación de su habla. Por eso muchos escritores de nuestra tierra, entre ellos mi respetable amigo el Sr. la Iglesia (D. Antonio,) no pueden sufrir ver aplicado al gallego el nombre de *dialecto*, y hoscos y doloridos reclaman para él el dictado de *idioma*. Á nadie debe sorprender tan vidriosa delicadeza, si recordamos las glorias que reclamaba el vascuence, de haber sido hablado por nuestros primeros padres en el paraíso terrenal; y, con

á tres por las calles vecinas á la plaza de abastos. Cada escaparate es una magia, un hechizo cada percal estampado, un filtro cada gorro de recién nacido ornado de flores de trapo, lentejuelas de plata y airones rojos. Para ellas Marineda es seductor abismo que las atrae, y donde desean caer, convirtiéndose en cigarreras, ó en criadas de servicio. ¡Es la Vila!

Hoy no digo más de la herculina Marineda; ya consumiré otro turno. Quisiera ser nada menos que un Dante..... en primer lugar, por serlo; y en segundo, por inmortalizar «el lindo redil donde dormí cuando corderillo.»



#### ¿IDIOMA Ó DIALECTO?

**P**RETENSIONES nobiliarias no las tienen solamente las familias, sino también los pueblos, y estas pretensiones las descubren cuando está en juego la estimación de su habla. Por eso muchos escritores de nuestra tierra, entre ellos mi respetable amigo el Sr. la Iglesia (D. Antonio,) no pueden sufrir ver aplicado al gallego el nombre de *dialecto*, y hoscos y doloridos reclaman para él el dictado de *idioma*. Á nadie debe sorprender tan vidriosa delicadeza, si recordamos las glorias que reclamaba el vascuence, de haber sido hablado por nuestros primeros padres en el paraíso terrenal; y, con

más seriedad y más aparato científico, el empeño del sabio filólogo Raynouard, magistralmente impugnado por Augusto Guillermo Schlegel, de demostrar que del siglo VI al IX toda Francia hablaba en provenzal, y que del mismo provenzal se derivan el francés, el italiano, el portugués y el español.

Para traer á terreno despejado este problema, acerca del cual se puede discutir diez años seguidos derrochando erudición sin sacar en limpio gran cosa; para uso sobre todo de las personas ajenas á estudios filológicos, pero amantes del país y de la vieja habla, y capaces de creer, viendo cuanto se trabaja á fin de probar que Galicia tiene un idioma propiamente dicho, que sería humillante para ella no tenerlo, intentaré resumir en pocas páginas, con claridad que raye en transparencia, el fondo de la cuestión.

Ante todo, ¿qué significa la palabra *dialecto*? Según los diccionarios, lengua que tiene con otras un origen común, aunque se diferencie de ellas en las desinencias y en la sintaxis. Admitido lo cual, ya no es posible dudar ni un minuto que el gallego sea dialecto real y efectivo; pero con serlo no se le bajan poco ni mucho los humos, porque en igual categoría están comprendidos los que universalmente llamamos idiomas. En efecto, el castellano, el italiano, el francés, tienen origen común y son todos dialectos

del latín. Sonlo igualmente el portugués, el romano y el valaco. Y el latín á su vez, ¿qué es ante la filología? Uno de los muchos dialectos hablados por las tribus arias moradoras del territorio latino. ¿Será más encumbrada la alcurnia del griego? Tampoco, ni la del sánscrito; pues ambos, como el latín, proceden de una lengua primitiva, de la cual descende la numerosa y opulenta familia de los lenguajes indo-europeos.

Dibujemos rápidamente este árbol genealógico, cuyas ramificaciones, gracias á la sagacidad de nuestro Hervás y á los perseverantes esfuerzos de Bopp, Kuhn, Grimm y otros muchos sabios, son ya bien conocidas. Comparado el sánscrito con el griego y el latín, y demostrado que estos tres magníficos lenguajes proceden de la misma lengua antigua y perdida ya, se ha visto que igual origen tienen las lenguas célticas, las teutónicas, las eslavas y las persas: de modo que así el zendo como el esclavón, así el parsi como el caledoniano, todos, retraídos á su raíz común, son dialectos de esa misteriosa lengua, hablada, durante la noche de los tiempos, por una tribu de arios, que allá en una elevada meseta del Asia Central se dedicaban á las faenas agrícolas; pues la raza ariana es de todas las humanas la que mejor obedeció al precepto divino de regar la tierra con el sudor de su frente.

Por este lado juzgo evidente que el gallego no escapa de ser dialecto, lo cual en nada le deprime; pero, como disto mucho de inferir á sus pagniristas extremos la ofensa de que ignoren cosas tan sabidas y vulgares, entiendo que cuando protestan contra el nombre de *dialecto*, lo que rechazan es la idea de *patué*, (voz castellana, tomada de la francesa *patois*, que aquí no ha hecho fortuna porque casi nadie la emplea, pero que es indispensable para las presentes aclaraciones.) Ahora bien: ¿qué debe entenderse por un *patué*? Según los léxicos, un habla grosera y corrompida, como usada por gentes de baja condición y en lugares aislados y atrasados; en suma, una jerga villanesca; mas esta definición, tratándose del gallego, la rechazo por injuriosa, y prefiero otra más ingeniosa y más equitativa, la de Sainte Beuve, que al estudiar, á propósito del peluquero-poeta Jazmín, la decadencia del provenzal, esa habla de temprana florecencia, ahogada en sangre de sus cultivadores, y decir como pasó al estado de *patué*, añade: «Yo llamo *patué* á una lengua antigua que vino á menos, ó á una lengua muy joven que aun no ha podido formarse.»

El primer concepto es exactamente aplicable al gallego, y expresa muy bien su destino. El gallego es una lengua antigua venida á menos; como el provenzal, formóse precozmente; como

el provenzal, madrugó en prestarse al cultivo y á las galas de la poesía lírica; como el provenzal, fué lengua de trovadores, decidores y juglares; como el provenzal—aunque con menos violencia—las vicisitudes políticas la hirieron en un momento crítico de su desarrollo, cuando cabalmente tomaba vuelo y preveleía la destinada á ser lengua nacional española. En suma, el gallego es un romance, igual en su nacimiento á los otros en que el latín se descompuso, traído luego al estado de *patué* por el mutismo de la literatura y la fuerza de las circunstancias históricas, y renaciente en las letras desde la segunda mitad del siglo xix. De aquí, bien mirado, resulta que las cuestiones de precedencia entre romances son ociosas, y baldío el empeño de derivar los unos de los otros. Filológicamente, ningún romance procede de otro romance: todos ellos son corrupciones fonéticas y renovaciones dialectales del latín, quien á su vez lo es de esa venerable lengua, madre común del griego, latín y sánscrito; y ésta—si nos determinamos á sepultarnos más todavía en la oscura síma de los tiempos primitivos—será un dialecto de la lengua originaria, fuente y manantial de todas las lenguas, donde brotan unidos para separarse después los tres ríos caudalosos de los idiomas indo-europeos, semíticos y turaníes.

He aquí como, ante la lingüística, no tiene

nada de afrentoso el nombre de dialecto, ya que bien mirado, *dialectos* son todos los lenguajes del mundo; ni el de patué, ya que sólo expresa un estado accidental y fortuito de una lengua; lo que llamaríamos en lenguaje escolástico una modalidad. Pero la palabra *dialecto* tiene otro sentido, el que le dan las ciencias históricas; y á la luz de estas ciencias, dialecto es el gallego igualmente.

En el sentido político y social, juzgo ocioso demostrarlo, porque sería como si me pusiese á probar muy detenidamente que Madrid es la capital de España. Repito que la distinción entre *dialectos* y *lenguas nacionales* es artificiosa y no toca á la esencia, sino á la forma de los lenguajes: no obstante, la ley divina que rige el curso de los acontecimientos históricos, ley de progreso y de benéfica transformación cuando la miramos con ojos serenos, influye también en la victoria de una lengua sobre las demás, en territorios que tienen destinos y fines comunes. Acertadamente opina Max Muller que la lengua de Roma no hubiera sido la misma si, en vez de los patricios, hubiesen triunfado los plebeyos en el duelo á muerte de Mario y Sila; y nosotros los españoles, que empleamos un romance formado con la alteración del latín ¿qué hablaríamos, si en lugar de destruir Roma á Cartago, sufriese Roma el yugo de su africana rival? De fijo un idioma púnico.

Lengua nacional es tan sólo, en el sentido político, la que logra prevalecer é imponerse á una nación; y las demás que en ella se hablen, dialectos. Estos idiomas nacionales llevan en sí elementos de fuerza, resistencia y vida, que siquiera no procedan de íntima virtud, y se deban á circunstancias exteriores, alcanzan á asegurarles fecundidad, longevidad y carrera próspera y brillante. No importa que, como el latín, pasen al estado de lenguas muertas, porque, roto su molde clásico, sobreviven en formas innumerables, adoptadas por naciones poderosas. Del latín saldrán los hermosos romances, mientras los idiomas de las razas políticamente subyugadas, cual la céltica, perecerán en algún rincón desierto, extinguiéndose, como el patué de Cornualla, en labios de una aldeana vieja.

Las unidades nacionales, al formarse, propenden á establecer la identidad de lengua, eligiendo entre sus dialectos: así sucedió en Francia con el de *oïl*, en Italia con el toscano, en España con el castellano; y si para la filología no hay clases, y el informe aullido del insular oceánico es tan digno de estudio como la lengua de Eolia que produjo las poesías de Safo y Alceo, para el historiador, el crítico y el artista, los idiomas adquieren muy distinto valor y quilates cuando son el verbo de una civilización luminosa, cuando en ellos resonaron arengas de oradores y

grandes capitanes, himnos de excelsos poetas, ó altas verdades filosóficas; y para el miembro de una nacionalidad compacta y fuerte, son inseparables los recuerdos de su historia y el idioma en que los aprende y celebra. Donde no hay instituciones ni lazo nacional, también las lenguas son móviles é inconsistentes, como la arena del desierto bajo el pie del nómada. Entre las tribus salvajes, dos ó tres generaciones cambian por completo una lengua, y entre los griegos y latinos se hace de mármol por la cultura literaria, rico fruto de la nacionalidad. Bien lo expresaba á principios del siglo XVII el filólogo lusitano Nunes de Leão, cuando decía que la lengua portuguesa, igual en un principio á la gallega, se le aventajó después por haber en Portugal una corte. Cotejando el gallego con el castellano, podemos adoptar sin vacilación el sentir de Littré respecto á los dialectos franceses, que «no son» — dice — «desmembraciones de otra lengua francesa existente, sino que en puridad son anteriores á la lengua francesa, ó para aclararlo más todavía, la lengua francesa actual es uno de estos dialectos, que ganó, por circunstancias extrínsecas y políticas, la primacía entre los restantes.»

Tengo para mí que, entendida esta sencillísima explicación de la procedencia de los idiomas, y aceptada como se aceptan los hechos

generales, que no está en mano del individuo negar ni suprimir, cesarían muchas prevenciones, apologías y disputas, y se reduciría á su justo valor la demostración de la antigüedad de un lenguaje que ha venido á ser, andando los tiempos, el patuê de Galicia. Nada influye en la preponderancia definitiva de una lengua su antigüedad, antes es dato negativo muchas veces; ni aun su estabilidad, pues es ley en ellas la variación hasta cuando subsisten, y según dijo bellamente Mayans, «son las lenguas como los ríos, que porque conservan muy de antiguo sus nombres, se tienen por unos mismos; pero el agua que por sus cauces está ahora corriendo, no es la misma que pasó.» Los que llamamos romances, son de ayer; tienen, en su estado actual, bien fresca la ejecutoria; y sin embargo reinan indiscutidos, mientras el latín en su forma clásica es una momia de idioma, embalsamada, sepultada en magnífico mausoleo, pero al cabo, momia. Si Galicia quisiese remontarse á los orígenes en materias filológicas, tendría que saltar más allá del romance, é investigar cuál pudo ser su idioma anterior á la romanización de la Península; aquél que *ululaban* los guerreros galáicos; el lenguaje de aquella raza cuya profunda huella lleva en las costumbres, en el carácter y en el tipo étnico. ¿Cómo sería la lengua de esa raza? ¿Pertenebió á los idiomas flexionales ó á los

aglutinativos? ¿Fue con seguridad céltica? ¿Sería algo análogo al kimri ó algo semejante al vizcaíno? ¿Por qué desapareció?

Hoy el gallego posee, como el catalán y el provenzal, una nueva literatura propia; pero á diferencia de estos dos romances meridionales, el gallego no lo hablan los que lo escriben. Esta anomalía curiosa hace que, para los nacidos en tierra galaica, llegue á ser ambigua y difícil la recta interpretación de aquella elocuente cláusula de Juan de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas*: «Todos los hombres somos más obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que la que nos es pegadiza y que aprendemos en los libros.»



## CORRECCIÓN Y POSTDATA

AL DISCURSO SOBRE «LA POESÍA REGIONAL GALLEGA.»



**P**OR tarde que conozcamos los propios yerros, siempre es ocasión de aprovechar la de confesarlos, sin disminuir en nada su magnitud, y, se sobreentiende, con firme propósito de la enmienda. Lo peor es errar mediante ignorancia invencible. De este modo habré errado mucho; pero cuando menos, al errar del otro, tengo prevenido el explícito reconocimiento del pecado, y hasta el de las circunstancias agravantes. Pedir que me deje en el tintero las atenuantes, sería imponerme un estoicismo de que no me reconozco capaz.

aglutinativos? ¿Fue con seguridad céltica? ¿Sería algo análogo al kimri ó algo semejante al vizcaíno? ¿Por qué desapareció?

Hoy el gallego posee, como el catalán y el provenzal, una nueva literatura propia; pero á diferencia de estos dos romances meridionales, el gallego no lo hablan los que lo escriben. Esta anomalía curiosa hace que, para los nacidos en tierra galaica, llegue á ser ambigua y difícil la recta interpretación de aquella elocuente cláusula de Juan de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas*: «Todos los hombres somos más obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que la que nos es pegadiza y que aprendemos en los libros.»



## CORRECCIÓN Y POSTDATA

AL DISCURSO SOBRE «LA POESÍA REGIONAL GALLEGA.»



**P**OR tarde que conozcamos los propios yerros, siempre es ocasión de aprovechar la de confesarlos, sin disminuir en nada su magnitud, y, se sobreentiende, con firme propósito de la enmienda. Lo peor es errar mediante ignorancia invencible. De este modo habré errado mucho; pero cuando menos, al errar del otro, tengo prevenido el explícito reconocimiento del pecado, y hasta el de las circunstancias agravantes. Pedir que me deje en el tintero las atenuantes, sería imponerme un estoicismo de que no me reconozco capaz.

El Discurso sobre «La Poesía regional gallega» fué escrito con gran premura, robando el tiempo á otros trabajos emprendidos, y á indispensables deberes sociales. Teniendo, por forzosa imposición del asunto, que decir algo de la literatura y del renacimiento catalán, y no siéndome posible consultar los textos uno por uno, me serví de la erudita Introducción que á su versión francesa de *La Atlántida* ha puesto mi amigo el inteligente hispanófilo Alberto Savine. Y aun esta misma Introducción — y aquí está lo fuerte de mi pecado — hube de leerla tan aprisa y tan mal, que saqué en limpio, de uno de sus párrafos, el atribuir á Francisco Pelayo Briz una poesía de Víctor Balaguer.

La falta es tanto menos excusable, cuanto que las obras de Víctor Balaguer, con dedicatoria de mano del autor, ocupan lugar en los estantes de mi biblioteca desde hace diez años. Y no deduzca la malicia que dejo sin abrir los tomos que me regalán: todas las personas que asistieron, hacia 1881 y 1882, á ciertas veladas literarias con que entreteníamos las largas noches del invierno marinedino, recordarán oírme recitar versos catalanes de Balaguer, entre los cuales hay algunos que me parecen preciosos y que hasta sé de memoria. Y ese de los *Cuatro pals de sanch*, que ahora atribuí á Pelayo Briz, fué uno de los que anduvieron en juego. ¡Ah, la memoria!

Ó por mejor decir: ¡Ah, mi memoria! De cera á veces para archivar nimiedades ó cosas anti-páticas; de acero para conservar esa carga inútil,.... y de agua para dejar borrarse la ondulación de lo que más convendría tener presente. Dicen que es achaque de todo el mundo lamentar deficiencias en la memoria y nunca en el entendimiento: ¿pues cómo no, si los errores del juicio, con más ó menos sofistería, siempre son defendibles, y la equivocación patente, grosera, innegable, el cargo probado, es el que nace de flaqueza de memoria? Un concienzudo escritor francés, Walckenaer, consagró doce años de su vida y cinco volúmenes de su prosa á trazar la biografía y comentar los escritos de Madama de Sevigné. La muerte interrumpió esta obra de romanos; que si no se muere, aun está escribiendo ahora Walckenaer sobre el asunto. Pues bien, en el tomo III le pillaron en la distracción de situar la tierra *des Rochers* á un cuarto de legua de Vitre y no á legua y media como está en efecto. «¡Y yo!» — decía él con amargura — «que para no equivocarme medí esta distancia en el mapa de Cassini!»

En fin, aun después de cometido el *lapsus* en la lectura pública del Discurso (donde pasó inadvertido, y no me extraña) pude haberlo enmendado al verificar esa cariñosa y detenida revisión que ningún orador suele omitir cuando

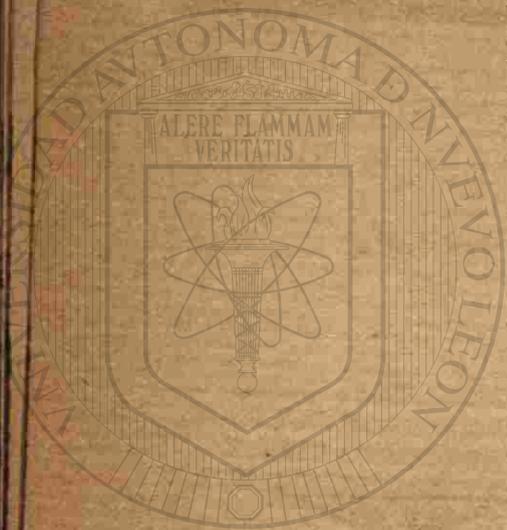
sus obras van á la prensa: revisión de la cual salen á veces, que no las conocerá el padre que las engendró. Por desgracia, en este Discurso, que fué mi primer lectura, pagué la novatada del escrúpulo, no permitiéndome borrar ni una cláusula, ni un concepto, de lo leído ante aquel auditorio cuyo indecible entusiasmo nunca olvidaré. Para evitar la tentación de tachar, limar y pulir, hasta hui de releer los borradores. Mucho influyó en esta línea de conducta el haber llegado á mi noticia que uno de los poetas regionales gallegos, tratados con benevolencia en el Discurso, se dedicaba á escribir libelos contra mí, por lo cual me pareció que variando alguna parte de la oración, daría lugar á que se creyesen también modificados ó cercenados mis elogios, cosa que no me estaria bien; y gracias á esta consideración un tanto quijotesca, miré el Discurso, escrito en el aire por mi voz, como si estuviese grabado en placas de bronce.

Ya sé que corregir una equivocación material no era alterar la esencia del Discurso, y repito que sólo puedo alegar, estas malas disculpas en abono de mi falta. Ojalá fuese la única y la última. Sólo conozco un medio seguro de no errar, y es no escribir nada, bien como el que no juega no está en peligro de perder un céntimo. Yo echo por otro camino: cuando me equivoco en cualquier terreno, le tomo querencia, vuelvo á

él y lo estudio mejor. Si Dios me da vida y salud (como dicen nuestros aldeanos) pagaré á la literatura catalana, todo lo espléndidamente que mis medios consientan, la deuda de esta errata, y de la ligereza y rapidez con que la desfloré en momentos apremiantes.

18 de Septiembre de 1888.





## ÍNDICE

|                                                                                                                                                                                                             | <u>Página.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| PRÓLOGO.....                                                                                                                                                                                                | VII            |
| LA POESÍA REGIONAL GALLEGA. (Discurso presidencial, leído en la Velada que, para honrar la memoria de Rosalía Castro, ha celebrado el Liceo de Artesanos de la Coruña, el día 2 de Septiembre de 1885)..... | 1              |
| EL OLOR DE LA TIERRA. (Valentín Lamas Carvajal.)                                                                                                                                                            | 53             |
| LUZ DE LUNA. (Eduardo Pondal).....                                                                                                                                                                          | 73             |
| VIDES Y ROSAS. (Benito Losada).....                                                                                                                                                                         | 93             |
| EL CANCIONERO POPULAR GALLEGO.....                                                                                                                                                                          | 113            |
| FEIJÓO Y SU SIGLO. (Discurso presidencial, leído en el Certamen literario que, para solemnizar la erección de la estatua de Feijóo, ha celebrado la ciudad de Orense, el día 10 de Septiembre de 1887)..... | 141            |
| LA CASA SOLARIEGA DEL PADRE FEIJÓO.....                                                                                                                                                                     | 219            |
| UNA VISITA A SAN ROSENDO Y SU MONASTERIO, EN CELANOVA.....                                                                                                                                                  | 229            |
| EL CASTILLO DE SOBROSO.....                                                                                                                                                                                 | 255            |
| EL PAÍS DE LAS BENDITAS ÁNIMAS.....                                                                                                                                                                         | 265            |

|                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| RIVAS DE SIL.....                                                            | 275 |
| IMPRESIONES SANTIAGUESAS. (Una joya del arte re-<br>naciente).....           | 297 |
| MARINEDA.....                                                                | 323 |
| ¿IDIOMA O DIALECTO?.....                                                     | 353 |
| CORRECCIÓN Y POSTDATA AL DISCURSO SOBRE «LA<br>POESÍA REGIONAL GALLEGA»..... | 363 |



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

